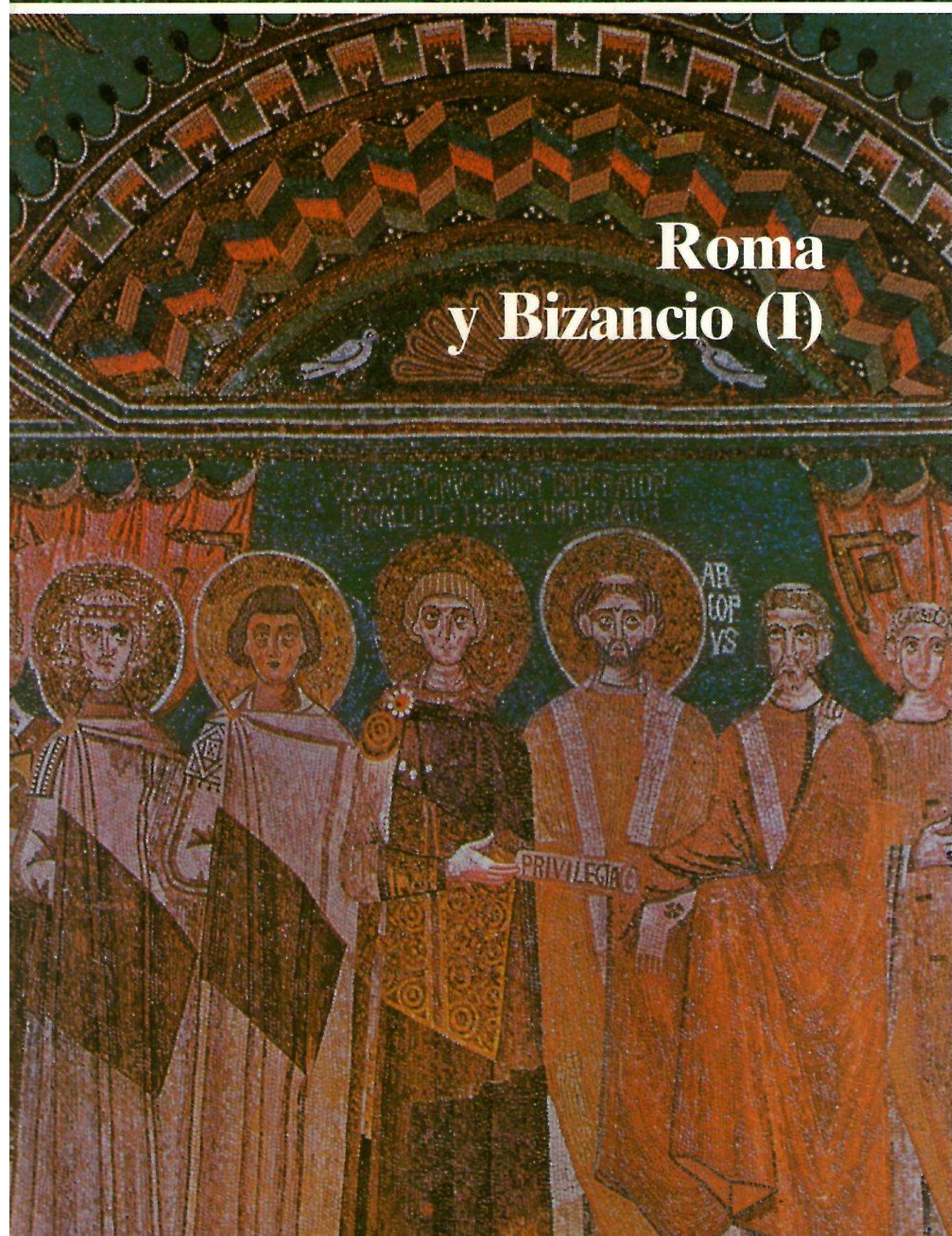
# ORIGENES DEL HOMBRE




## Roma y Bizancio (I)

67

folio

# Roma y Bizancio (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

# Roma y Bizancio (I)

folio

**Dirección editorial:** Julián Viñuales Solé
**Autores:** Clive Foss y Paul Magdalino
**Asesores:** Sir John Boardman, Basil Gray y David Oates

**Coordinador de la colección:** Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
**Coordinación técnica:** Pilar Mora
**Diseño cubierta:** STV Disseny
**Traducción:** Immaculada López Casado

**Publicado por:**
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., (15-1-1996)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0135-2 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
*Printed in Spain*

# Contenido

## VOLUMEN I

Introducción .......... 7

Cuadro cronológico .......... 8

**Capítulo primero**
**El descubrimiento de Bizancio** .......... 9

**Capítulo segundo**
**El crepúsculo del Imperio Romano** .......... 24

Haciendas y villas .......... 44

**Capítulo tercero**
**Los monumentos de fines de la antigüedad** .......... 53

La ciudad de Éfeso .......... 80

# Introducción

Durante más de mil años la ciudad de Constantinopla fue una de las maravillas del mundo con su puerto lleno de mercaderes llegados de todas partes, sus suntuosos edificios y sus riquezas sobrecogedoras. La ciudad era la capital de un imperio igualmente fabuloso –durante la mayor parte de la Edad Media el estado más grande, más rico y mejor organizado de Europa– que gozaba del prestigio debido a un heredero de los romanos y que contaba con vastos recursos procedentes de impuestos regulares y de un comercio intenso. Cuando Constantino el Grande fundó la ciudad en el año 330 d.C., sus dominios abarcaban todo el Mediterráneo y Europa occidental. Cuando cayó frente a los turcos, 1.100 años más tarde, su poderío se hallaba prácticamente circunscrito a sus muros. Describiremos esta larga y conmovedora historia, examinando no sólo los acontecimientos y las gentes, sino también los monumentos característicos de su civilización. Empezaremos a principios del siglo III d.C. con el vasto y floreciente imperio y seguiremos su suerte hasta la caída de Constantinopla en 1453. Nos centraremos siempre en las tierras bajo control imperial, de tal manera que el área geográfica tratada se va reduciendo paulatinamente, pero las civilizaciones independientes que surgieron de las ruinas de Roma van más allá del propósito de este libro.

El período del que nos ocuparemos se divide en dos partes desiguales: finales de la antigüedad, desde el siglo III al VII y la época bizantina, que acaba con la caída de Constantinopla. El primer período es la continuación del Imperio Romano: un estado mundial basado en una civilización urbana, con instituciones y cultura clásica comunes, que admitían una rica y pintoresca variedad local. Fue una época que demostró su prosperidad y poderío en la construcción de un amplio abanico de edificios monumentales públicos y privados. El período bizantino vio cambios fundamentales a medida que el estado se adaptaba a las nuevas realidades de las invasiones bárbaras y de la reducción de sus dominios. La sociedad adoptó nuevas formas, claramente reflejadas en los castillos, iglesias y palacios que continuaron predominando hasta el final.

En el capítulo introductorio consideramos cómo el imperio del este captó la atención de los europeos modernos, que continuaban el proceso de los viajeros coleccionistas de antigüedades del Renacimiento. El interés de los eruditos por los bizantinos, que no había cesado desde el siglo XVII, alcanzó su punto álgido en el trabajo de Edward Gibbon, cuyo desdeño elocuente por aquel período creó una profunda impresión. En el siglo XIX, los historiadores de la arquitectura y del arte cristianos descubrieron un mundo nuevo en el Asia Menor y en las provincias orientales, al mismo tiempo que la nueva ciencia de la arqueología empezaba a reflejar la transición del mundo antiguo al bizantino.

Este largo esfuerzo de investigación ha dado como resultado que tengamos una idea bastante clara de aquellos períodos, que examinamos en los capítulos 2, 3 y 4. Presentamos en primer lugar la historia de finales de la antigüedad, empezando con la muerte de Septimio Severo en el año 211 d.C., cuando el imperio estaba en su apogeo, siguiendo con los desastres del siglo III, hasta las reformas fundamentales de Diocleciano y Constantino, que dio como resultado un estado absolutista, cristiano, con sede en los países del este de habla griega. El período vio el colapso del dominio romano en occidente –erróneamente llamado «la caída del Imperio Romano»– y el ambicioso intento de Justiniano por recuperar las provincias perdidas. Incluimos un esbozo de las condiciones sociales y económicas, pero tendremos poco que decir de la historia literaria o eclesiástica. Un examen de los monumentos de finales de la antigüedad mostrará la variedad de formas de vida en el imperio, desde los techos de paja de Gran Bretaña hasta los monasterios del desierto egipcio, viendo, al mismo tiempo, la considerable uniformidad de la cultura.

En el capítulo 4 nos ocupamos del período bizantino, con sus victorias sobre árabes y eslavos y el peligro interno de la controversia iconoclasta. Las victorias dieron origen a los días gloriosos de la dinastía macedonia, cuando las armas bizantinas avanzaron sobre Roma y Tierra Santa, únicamente para resultar en un colapso precipitado ante los turcos, en una recuperación parcial bajo los Comnenos y posteriormente en el desastre de la Cuarta Cruzada, que creó temporalmente un imperio latino en lugar del bizantino. Si bien Constantinopla fue recapturada, los bizantinos nunca recuperaron su fortaleza y el estado se desintegró lentamente.

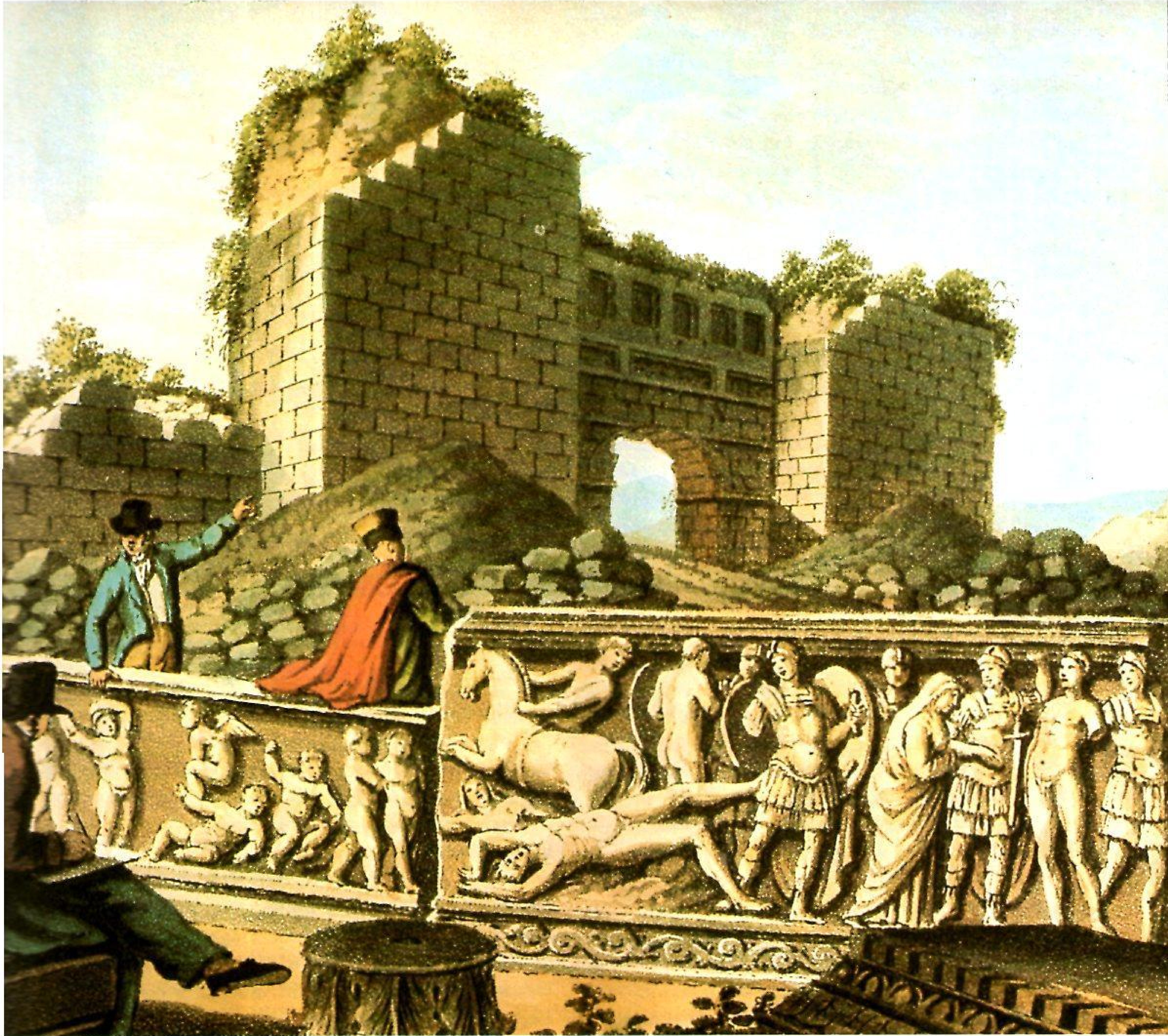
El estado bizantino estaba dominado por la religión. En el capítulo 5 consideraremos el papel vital de la iglesia ortodoxa, sus orígenes y las diferencias con el cristianismo latino, sus relaciones con el estado, su lugar en la vida del pueblo, su liturgia y la importancia de sus monjes y monasterios. Debido a que todo el arte bizantino superviviente es religioso, estarán también presentes los iconos y la iconografía y las relaciones del arte con la religión. Concluimos preguntando cuáles fueron las realizaciones de la civilización bizantina y qué valor tienen para el mundo actual, identificando las diversas corrientes culturales que formaban la sociedad e ilustrando la supervivencia del ideal bizantino.

# Cuadro cronológico

| EMPERADORES | | ACONTECIMIENTOS | |
|---|---|---|---|
| (Se han omitido los emperadores no mencionados en el texto) d.C. | | | |
| 193-211 | Septimio Severo | | |
| 211-217 | Caracalla | | |
| 222-235 | Severo Alejandro | 227 | Fundación de la dinastía sasánida en Persia |
| 235-238 | Maximino | | |
| 244-249 | Filipo «el Árabe» | | |
| 249-251 | Decio | 251 | El ejército romano destruido por los godos |
| 253-260 | Valeriano | | |
| 259-268 | Póstumo (en Galia) | 260 | Valeriano capturado por los persas |
| 260-268 | Galieno | | |
| 267-272 | Zenobia | 259-273 | «Imperio Gálico» |
| 268-270 | Claudio el Gótico | | |
| 270-275 | Aureliano | | |
| 276-282 | Probo | | |
| 282-283 | Caro | | |
| 283-284 | Numeriano | | |
| 284-305 | Diocleciano | | |
| 287-293 | Carausio (en Gran Bretaña) | | |
| 286-305 | Maximiano | | |
| 293-306 | Constancio I | | |
| 293-311 | Galerio | 303-313 | La Gran Persecución |
| 306-312 | Majencio | 312 | Batalla del puente Milvio, «conversión» de Constantino |
| 306-337 | Constantino el Grande | | |
| | | 325 | Concilio de Nicea |
| | | 330 | Fundación de Constantinopla |
| 337-361 | Constancio II | | |
| 361-363 | Julián el Apóstata | | |
| 364-375 | Valentiniano I | | |
| 364-378 | Valente | | |
| 367-383 | Graciano | | |
| 379-395 | Teodosio | 378 | Batalla de Adrianópolis |
| 383-388 | Magno Máximo (en Gran Bretaña) | | |
| **EN OCCIDENTE** | | | |
| 395-423 | Honorio | 406 | Invasión germana de Galia |
| 407-411 | Constantino III (en Gran Bretaña) | 410 | Roma capturada por Alarico |
| 421 | Constancio III | 429-431 | Los vándalos conquistan África |
| 425-455 | Valentiniano III | 430 | Muerte de san Agustín |
| 475-476 | Rómulo Augústulo, último emperador de occidente | 445-453 | Invasiones de Atila el huno |
| | | 455 | Roma saqueada por los vándalos |
| **EN ORIENTE** | | | |
| 395-408 | Arcadio | | |
| 408-450 | Teodosio II | | |
| 474-491 | Zenón | | |
| 491-518 | Anastasio | | |
| 527-565 | Justiniano | 529 | Codificación de la ley romana |
| | | 532-537 | Construcción de Santa Sofía |
| | | 533-554 | Reconquista de África, Sicilia e Italia |
| | | 542 | La gran peste |
| | | 568 | Italia invadida por los lombardos |

| EMPERADORES | | ACONTECIMIENTOS | |
|---|---|---|---|
| 582-602 | Mauricio | 589-628 | Cósroes II emperador de Persia |
| 602-610 | Focas | | |
| 610-641 | Heraclio | 602-628 | Gran Guerra entre Roma y Persia; Grecia y los Balcanes invadidos por ávaros y eslavos |
| 641-668 | Constante II | 634-642 | Conquista árabe de Siria, Palestina y Egipto |
| 668-685 | Constantino IV | | |
| 685-695; 705-711 | Justiniano II | 673-678 | Primer ataque árabe a Constantinopla |
| | | 698 | Cartago cae ante los árabes |
| 717-741 | León III | 717-718 | Asedio árabe de Constantinopla |
| | | 726 | Comienza la controversia iconoclasta |
| 741-775 | Constantino V | 751 | Ravena cae ante los lombardos |
| 775-780 | León IV | | |
| 780-797 | Constantino VI | 753 | Concilio iconoclasta |
| 797-802 | Irene | 800 | Coronación de Carlomagno |
| 802-811 | Nicéforo | 811 | El ejército bizantino aplastado por los búlgaros |
| 813-820 | León V | | |
| 820-829 | Miguel de Armorion | Empieza el segundo período iconoclasta | |
| 829-842 | Teófilo | 822-824 | Rebelión de Tomás el Eslavo |
| 842-867 | Miguel III | 826 | Creta cae ante los árabes |
| | | 827-878 | Sicilia cae ante los árabes |
| | | 843 | Restablecimiento de los iconos |
| | | 856-867; 877-886 | Patriarcado de Focio |
| | | 860 | Primer ataque ruso a Constantinopla |
| 867-886 | Basilio I | 863 | Victoria sobre los árabes; empieza la ofensiva bizantina en occidente |
| 886-912 | León VI | | |
| 913-959 | Constantino VII Porfirogéneta | 875-902 | Reconquistas bizantinas en Italia y Sicilia |
| 919-944 | Romano Lecapeno | | |
| 963-969 | Nicéforo Focas | | |
| 969-976 | Juan Tzimiscés | 961 | Reconquista de Creta |
| 963-1025 | Basilio II | 996-1018 | Reconquista de Bulgaria |
| 1042-1054 | Constantino IX Monómaco | 1071 | Batalla de Manzikert |
| | | | Bari cae ante los normandos |
| 1067-1071 | Romano IV | 1096 | Primera Cruzada |
| 1081-1118 | Alejo I | | |
| 1118-1043 | Juan II | 1204 | Cuarta Cruzada; captura de Constantinopla |
| 1143-1180 | Manuel I | | |
| 1182-1185 | Andrónico I | 1204-1261 | Imperio latino de Constantinopla; imperio de Nicea |
| 1185-1195 | Isaac II Ángelo | | |
| 1195-1203 | Alejo III | | |
| 1204-1222 | Teodoro Lascaris | 1204-1340 | Despotismo en Epiro |
| 1222-1254 | Juan III Vatatzés | 1204-1461 | Imperio de Trebisonda |
| 1258-1282 | Miguel VIII Paleólogo | 1261 | Recaptura de Constantinopla |
| 1282-1328 | Andrónico II | | |
| 1328-1341 | Andrónico III | 1288-1326 | Osman fundador de la dinastía otomana |
| 1341-1391 | Juan V | | |
| 1347-1354 | Juan VI Cantacuzeno | 1354 | Los turcos pasan a Europa |
| 1391-1425 | Manuel I | 1362-1389 | Murad I, sultán turco |
| 1425-1448 | Juan VIII | 1389-1402 | Bayezid I, sultán turco |
| 1449-1453 | Constantino XI | 1402 | Campaña de Tamerlane en Asia Menor |
| | | 1421-1451 | Murad II, sultán |
| | | 1451-1481 | Muhammad II, sultán |
| | | 1453 | Caída de Constantinopla |
| | | 1460 | Caída de Mistra |
| | | 1461 | Caída de Trebisonda |

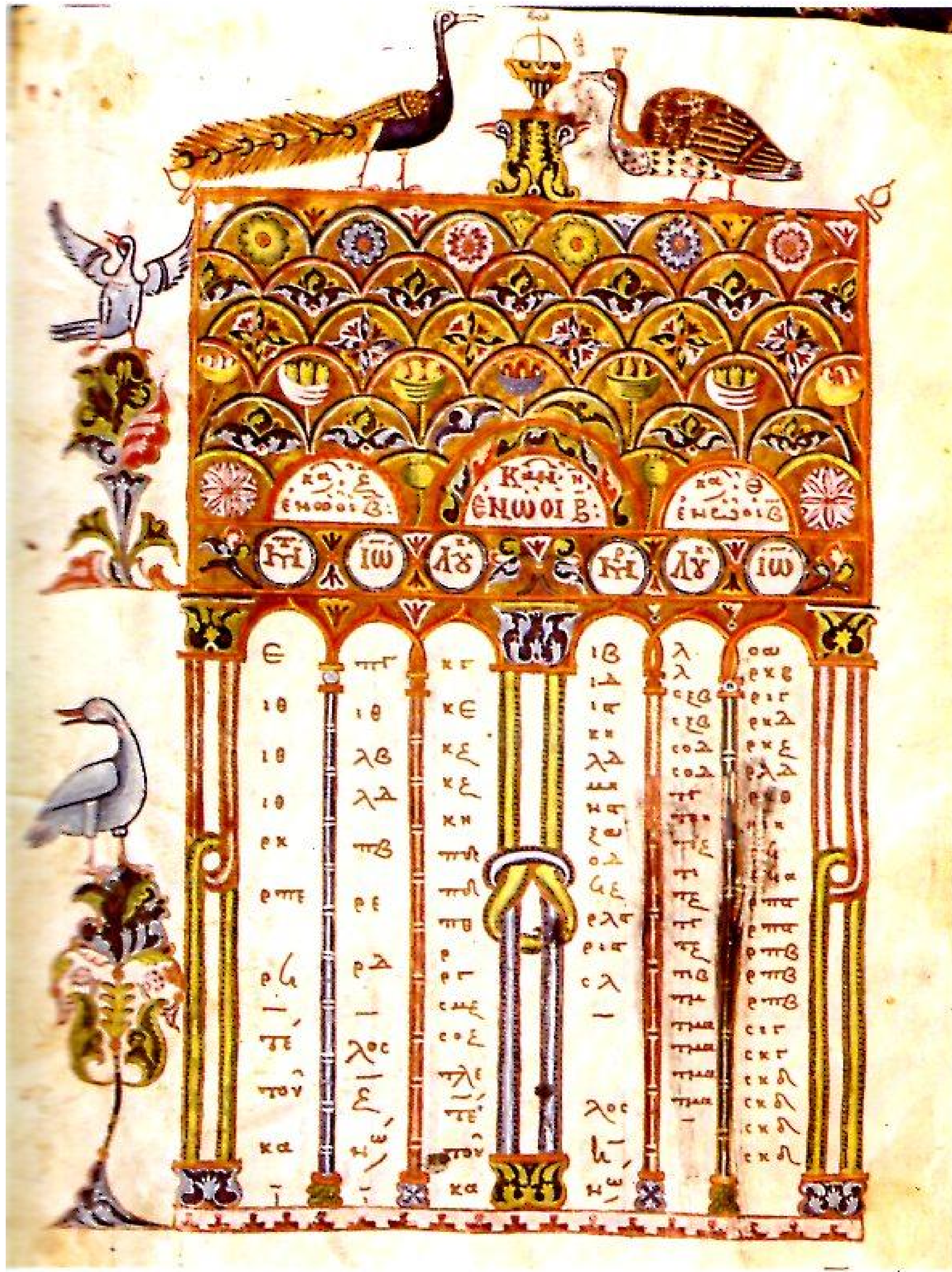
# Capítulo primero: El descubrimiento de Bizancio



Puerta de la basílica de San Juan, Éfeso. Grabado de E. G. Meyer: *Una ciudad de los Balcanes* (1809).




**El Renacimiento: viajeros y anticuarios.** El Renacimiento italiano de los siglos XIV y XV, precursor del Renacimiento europeo de los siglos XVI y XVII, se caracterizó por la obsesión de los anticuarios por el mundo grecorromano. Ello solo no era suficiente para estimular el interés por el Imperio Bizantino, una sociedad que había sobrevivido hasta mediados del siglo XV y, por lo tanto, al menos para la mayor parte de hombres del Renacimiento, pertenecía a la historia reciente. Pero creó una demanda por las cosas que Bizancio había conservado de la antigüedad. Los bizantinos cultos eran apreciados en las cortes europeas como profesores de griego y en el primer rapto de entusiasmo por las cuestiones helénicas se buscaban los textos bizantinos junto con los clásicos. Al mismo tiempo, los occidentales que viajaban por tierras griegas eran más conscientes de la necesidad de prestar atención a los restos materiales de civilizaciones pasadas. A este respecto, el pionero fue Ciriaco d'Ancona, un mercader que en sus viajes de negocios al Egeo a principios del siglo XV se divertía copiando inscripciones y coleccionando manuscritos y monedas. Hacia el siglo XVII casi ningún viajero que se desplazase a Oriente Medio dejaba de buscar antiguas ruinas y de apoderarse de cuantos recuerdos pudiese llevar consigo. La mayoría procedían indiscriminadamente respecto a los objetos que robaban. Si bien la moda eran las estatuas clásicas, el embajador inglés en la corte del sultán en Constantinopla en el siglo XVII, sir Thomas Roe, pretendía incluso llevarse la Golden Gate, la puerta ceremonial de mármol por la que entraban en la ciudad los emperadores de Bizancio. Incluso dos siglos más tarde, en la época de lord Elgin, un teniente de navío británico, Adolphus Slade, soñaba con llevarse de Tesalónica «el púlpito en el cual san Pablo predicaba a los tesalonios... Está formado por un bloque de mármol serpentino y consta de tres escalones y una plataforma el parapeto de la cual llega a la rodilla... Se vería mucho mejor en Londres y me atrevo a decir que el sultán lo daría a un embajador, si se lo pi-



*Arriba:* Tablas de cánones del monte Athos. Códice 356 de Dionisio (1585).

*Página anterior:* El mundo de finales de la Edad Antigua.

diese. Después, una recompensa de poca importancia al pachá y el obispo griego de Salónica haría que lo embarcasen sin que la gente se opusiera».

Por lo que se sabe de Bizancio, los objetos más importantes sacados de Oriente Medio son manuscritos y los más codiciados eran los de autores antiguos, aunque éstos podían estar complementados con comentarios bizantinos y escritura de imitación. Los trabajos sobre leyes, teología y medicina eran valorados por su información. Teniendo en cuenta que la mayor parte de manuscritos estaban destinados a bibliotecas reales y principescas, había mucha demanda de libros prestigiosos: códices ricamente ilustrados, bellamente escritos o evidentemente muy antiguos. La mayor coleccionista fue la monarquía francesa que gozaba de gran prestigio en la corte otomana desde mediados del siglo XVI. Los agentes franceses consiguieron llevarse 600 códices del Serrallo, en el cual Muhammad II, conquistador de Constantinopla había depositado muchos libros que habían pertenecido con anterioridad a la biblioteca imperial. De una forma menos espectacular otros viajeros, trabajando para gobiernos europeos o por cuenta propia, se llevaron manuscritos de monasterios de todo el territorio griego. La tradición continuó hasta finales del siglo XIX, cuando tanto los monasterios como los gobiernos se convencieron de la necesidad de acabar con ello. Casi el último, posiblemente el más honorable y ciertamente el más atractivo cazador de manuscritos fue el inglés Robert Curzon. Comentaba de un libro que había encontrado en la biblioteca de Stavroniketa, en el monte Athos: «Era en cuarto, del siglo diez u once y un tomo impecable y estos antipáticos monjes prefirieron quedárselo en vez de dármelo, que es lo que debieran haber hecho.»

Casi todos los viajeros cultos que fueron a Oriente Medio en los siglos XVI y XVII, hicieron un relato de sus viajes. Pocos de ellos tienen ahora algún valor para los historiadores de la época antigua o medieval. Los viajes por el Imperio Otomano eran peligrosos y restringidos y los extranjeros debían limitarse a ir por caminos trillados, principalmente los que conducían a Constantinopla. Por lo tanto, hay muchas descripciones de Corfú, Zakynthos, Creta, Rodas, Quíos, Esmirna, Gallípoli, Heraclea, Filipópolis y Adrianópolis; más bien pocas de Tesalónica, Atenas y las tierras del interior del Egeo o del Asia Menor y casi ninguna de tierras adentro de Grecia o Anatolia. Todo era objeto de curiosidad y, cuando escribían sus diarios o memorias los viajeros no tenían otro criterio de selección o análisis que el que les imponía su inteligencia innata. En Constantinopla se sentían adecuadamente impresionados por los grandes monumentos del período cristiano –Santa Sofía, las columnas triunfales, el «Palacio de Constantino» (Tekfur Saray), las murallas y las cisternas– pero mostraban poco interés por las muchas iglesias menores bizantinas. De Monconys, que describió el monasterio del Pantocrátor y la decoración de frescos y de mosaicos que podían verse en el antiguo refectorio del monasterio de Peribleptos, fue una excepción notable. A pesar de ello, la voluminosa literatura de estos caballeros del Renacimiento es un progreso comparado con el silencio observado por sus precursores medievales, los mercaderes venecianos y genoveses. El género de documental de interés turístico que crearon gracias a su pasión por observar y anotar, continuó siendo, hasta mediados del siglo XIX, el principal medio para la publicación de conocimientos arqueológicos.



Iglesia de la Antifonitis dedicada a la Santísima Virgen. Siglo XII, cerca de San Ambrosio, al norte de Chipre.

**Religión: la Reforma y la Contrarreforma.** Durante la Edad Media, la religión constituyó uno de los principales motivos para desplazarse al Mediterráneo oriental. Los lugares sagrados de Palestina eran la meta deseada de cualquier peregrino cristiano y, cuando los visitaban, los europeos occidentales entraban en contacto con muchos restos de Bizancio. Los viajes no sólo se hacían a través de las islas griegas –principalmente Creta y Chipre– sino que casi todos los lugares sagrados estaban administrados por monjes griegos. Los peregrinos que tenían una idea fija eran escasos después del siglo XV. En cambio, el cristiano occidental, ya fuese católico o protestante, se veía profundamente afectado por las asociaciones bíblicas o patrísticas de los palacios que visitaba. Los comerciantes europeos tenían grandes almacenes en Esmirna y una de las excursiones habituales que podían hacerse desde allí era una vuelta por las Siete Iglesias del Apocalipsis. En estos desplazamientos, el viajero prestaba especial atención a las antigüedades cristianas visibles todavía. Las iglesias bizantinas de Nicea (Iznik) y Calcedonia (Kadiköy) eran motivo de comentarios especiales a causa de los concilios ecuménicos que se habían desarrollado en aquellos lugares, mientras que Éfeso, Tesalónica y Atenas destacaban por la actividad misionera de san Pablo.

La hostilidad occidental hacia la iglesia ortodoxa griega era profunda, pero los conflictos religiosos que dividían a protestantes y católicos hizo que los occidentales se volviesen hacia los ortodoxos en busca de ayuda moral. Al final, ninguna de las partes encontró lo que buscaba, pero en el proceso se examinaron cuidadosamente las instituciones religiosas y las formas de culto bizantinas. Los protestantes se interesaron pronto, en parte porque la iglesia ortodoxa se oponía a Roma y en parte porque la liturgia griega y el Nuevo Testamento estaban estrechamente relacionados, lingüísticamente, con la iglesia antigua. Fue un discípulo de Philip Melancthon, el colega humanista de Lutero, quien publicó las primeras ediciones impresas de los cronistas bizantinos. Incluso los improperios protestantes podían ser informativos. Debemos el siguiente relato, hecho por el doctor John Covel, capellán inglés en Constantinopla a finales del siglo XVII, al disgusto del autor por los muchos elementos «papistas» en el culto griego:

«[En Heraclea, en Tracia] quedan todavía, en total, 40 iglesias griegas aunque (como en cualquier otra parte), sólo merece ese nombre la Metropole, un edificio de estilo antiguo y aspecto singular. Tiene una cúpula y varias medias cúpulas, como Santa Sofía.»

«Dentro de la metrópolis se pueden apreciar las altas piedras del sepulcro de santa Gluceria, el cual se dice que fue rescatado del monasterio, que se elevaba firmemente, pero quedó en ruinas y la mayor parte cayó al mar. Es de puro mármol blanco, de un pie de grosor, bellamente labrado en los bordes, con una corona en la cabeza y dos capiteles a los pies. En la cabeza hay cortado un hoyo en forma de arco, en donde se dice que descansaba la cabeza; al lado de éste hay otro hueco que parece un platillo y al pie hay otro hueco pequeño, de donde se dice que brotaba continuamente óleo sagrado. Todo el hueco en forma de arco estaba recubierto de una capa de oro, todavía quedan los clavos que la sujetaban. Les aseguro que, en conjunto, es la obra de arte más curiosa que se puede encontrar en Grecia de factura moderna. En la parte superior, entre el arco y el pie, había una inscripción, en verso yámbico impuro. Figuraba en caracteres modernos, muy difíciles de leer, y el final de cada verso estaba escrito bajo la parte anterior, en letras mucho más pequeñas. Creo firmemente que, en conjunto, se trata de una obra frailuna, que utilizaban los monjes como una estratage-

ma dejando que fluyese óleo, o un líquido similar, en algunas ocasiones, para que se produjese un milagro a los ojos de los crédulos.»

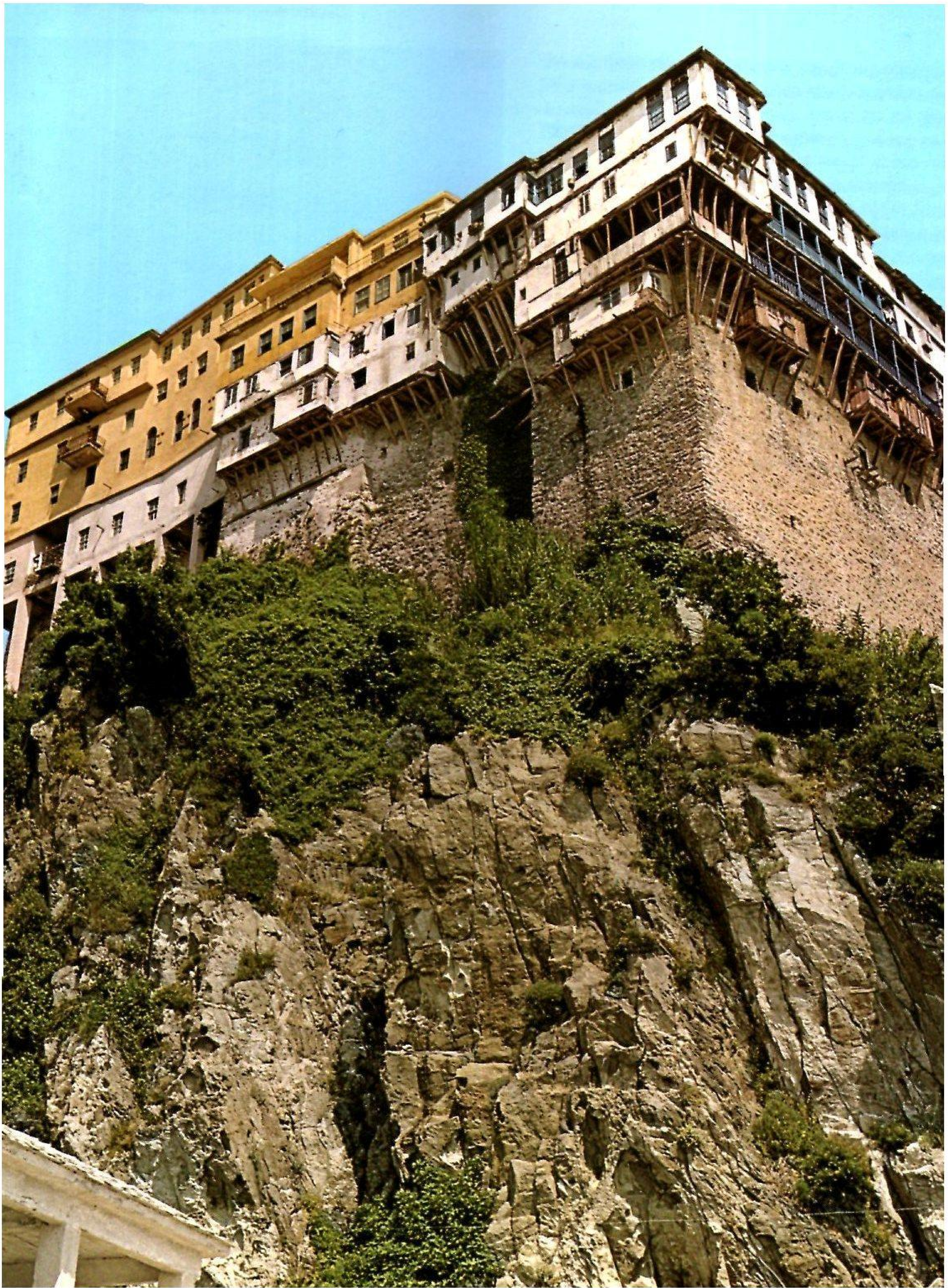
Los católicos romanos se sentían igualmente decepcionados con la Iglesia griega la cual, perversamente según ellos, se sometía a cualquier grado de humillación a manos del sultán en vez de escuchar a los misioneros católicos o aceptar la tutela de un monarca católico. Sin embargo, sin duda tenían mucho más en común católicos y ortodoxos que ortodoxos y protestantes y, en su intento por encontrar una base sólida para su afición de ser la iglesia universal, Roma se aproximó más a una comprensión intelectual, ya que no espiritual, del legado religioso bizantino. La jerarquía romana dedicó grandes recursos intelectuales a justificar las tradiciones que había puesto en duda la Reforma. En el proceso de justificación, se facilitó ampliamente a los eruditos el acceso a estas tradiciones, ya que se hizo un intento sistemático para publicar materiales básicos como actas conciliares, vidas de santos y textos litúrgicos, de forma sosegada y crítica. Buena parte del material bizantino incluido representaba, de hecho, la herencia común de las Iglesias oriental y occidental, pero también se prestó atención a la Iglesia bizantina del período del cisma. De especial significación fue el trabajo de los conversos griegos del siglo XVI, *Alemannus* y *Allatius*.




Charles du Fresne du Cange (1610-1688), posiblemente el mayor bizantinista de todos los tiempos.

**El «Ancien Régime».** Los eruditos católicos que efectuaron estudios bizantinos en el siglo XVII –ya fuesen jesuitas, dominicos, benedictinos o seglares–, eran todos franceses. Y no fue por accidente. Después de la instauración del catolicismo como la religión oficial en Francia (1598), y con la decadencia progresiva de España, la monarquía francesa asumió naturalmente el papel de defensor político del papado. Los dos grandes regentes franceses de la primera mitad del siglo eran cardenales y Luis XIV (1648-1715) incluyó la erradicación del protestantismo entre sus grandes designios. Pero hubo otro factor que hizo del «gran siglo» de Francia un período significativo en el desarrollo de los estudios bizantinos. Se trataba de la conexión fundamental entre el humanismo renacentista y el culto a la monarquía. A pesar de los elementos «progresistas» del Renacimiento –la emergencia de lo individual y la pasión por el conocimiento seglar– el arte y la erudición dependían del mecenazgo de reyes y príncipes. Los monarcas utilizaban a los filólogos clásicos para glorificar su imagen mediante la palabra escrita, de forma similar a como empleaban pintores y músicos. Esto colocaba al humanista en un papel similar al de los retóricos de las cortes bizantinas e iba dirigido a un público culto que no era indiferente del todo a la literatura bizantina. Un monarca del Renacimiento podía aprender mucho del culto imperial bizantino y, a juzgar por la enorme cantidad de manuscritos del último tratado bizantino sobre ceremonial cortesano, el *De Officiis*, copiado en Europa durante los siglos XVI y XVII, este trabajo pudo haber influido considerablemente en la creación de la pompa y mística que culminó en el Versalles de Luis XIV. Cualesquiera que fuesen los antecedentes ideológicos directos del «Ancien Régime» francés, éste era, en su apogeo del siglo XVII, una sociedad en la que probablemente se consideraba a Bizancio sujeto respetable de investigación anticuaria.

Fue en la Francia de Luis XIV en la que vivió y escribió el más antiguo, y posiblemente el mayor, bizantinista de todos los tiempos: Charles du Fresne du Cange (1610-1688). Du Cange dejó una historia del Imperio



Latino de Constantinopla, un estudio de las últimas familias imperiales romanas y bizantinas, un largo ensayo sobre la topografía de Constantinopla y glosarios del latín medieval y del griego. Las conclusiones de Du Cange fueron tan correctas como era posible con el material de que disponían los estudiosos de la época. Sus libros, especialmente los glosarios, son todavía libros de consulta básicos y su enfoque de la prosopografía (relación de personalidades con acontecimientos) y de la topografía, ha sido seguido por escritores modernos. Apenas menos impresionante que el propio hombre, fue el medio intelectual en que se formó y que puso los instrumentos y materiales de investigación a su disposición. Por lo que respecta a la topografía de Constantinopla, estuvo en deuda, especialmente, con un libro publicado un siglo antes por Pierre Gilles (Gyllius), un zoólogo que Francisco I había enviado a la corte de Suleiman el Magnífico, y que hizo un intento exhaustivo por reconstruir el trazado de la ciudad romana y bizantina.

**El Siglo de las Luces.** Debido a su utilización del término «bizantino» y de la recopilación de un diccionario de griego degradado, Du Cange dejó claro que la sociedad que estaba estudiando no era ni griega pura ni romana pura. Y, sin embargo, ni él ni ningún contemporáneo suyo trató de definir qué fue lo que hizo tan característica la civilización bizantina o cuándo se produjo la ruptura con la antigüedad. Los occidentales de los siglos XVI y XVII heredaron de la Edad Media la idea de que Bizancio había perdido el derecho a ser considerado el Imperio Cristiano Romano a causa del cisma eclesiástico y que había declinado y caído a resultas de sus pecados: como explicaba un viajero isabelino, Constantinopla «sufrió diversas suertes durante muchos años bajo los emperadores griegos, de tal manera que a causa de sus desgracias fue decayendo poco a poco». Por otra parte, no se podía negar que los «griegos» habían gobernado ininterrumpidamente desde los emperadores Constantino y Justiniano, a los que occidente siempre se había sentido orgulloso de proclamar como propios. El argumento medieval de que el papa romano tenía el derecho de asumir la autoridad perdida por el emperador fue cada vez menos convincente, a partir del siglo XV, cuando se descubrió que el *Donation of Constantine* (el documento por el cual se suponía que Constantino había cedido su soberanía al papa Silvestre I) era una falsificación y los protestantes, naturalmente, rechazaron como improcedente la pretensión papal.

*Página anterior:* Monasterio de Dionisio en el monte Athos. Fundado a mediados del siglo XIV.



Edward Gibbon (1737–1794), historiador de la *Decadencia y Caída del Imperio Romano.*

Era también un hecho que Bizancio había preservado los conocimientos que habían hecho posible el humanismo renacentista. Por lo tanto, era inevitable que las ideas sobre la decadencia de Roma y la posición de Bizancio fuesen un tanto confusas. Las opiniones de los occidentales sobre las consecuciones culturales bizantinas eran bastante inconsistentes. Si lo consideraban algo reciente, se sentían ofendidos, como escribía Aubry de la Mottraye sobre el monte Athos, que visitó en 1699: «Las iglesias adjuntas a estos monasterios sobrepasan todas las de los griegos por lo que se refiere a su construcción y a sus pinturas; las imágenes son obra de moscovitas y griegos extranjeros *que han aprendido de la Europa civilizada el gusto y comprensión de este bello arte.*» Pero aunque se pudiese pensar de Bizancio que era una civilización perdida, se consideraba respetable. George Sandys escribió en 1615 que Santa Sofía «excede... cualquier estructura arquitectónica de todo el universo... El techo es compacto y está adornado con dibujos hechos con *mosaico*, una forma de trabajo antigua, compuesta de pequeños cuadrados de mármol, dorados y coloreados, de acuerdo con el lugar

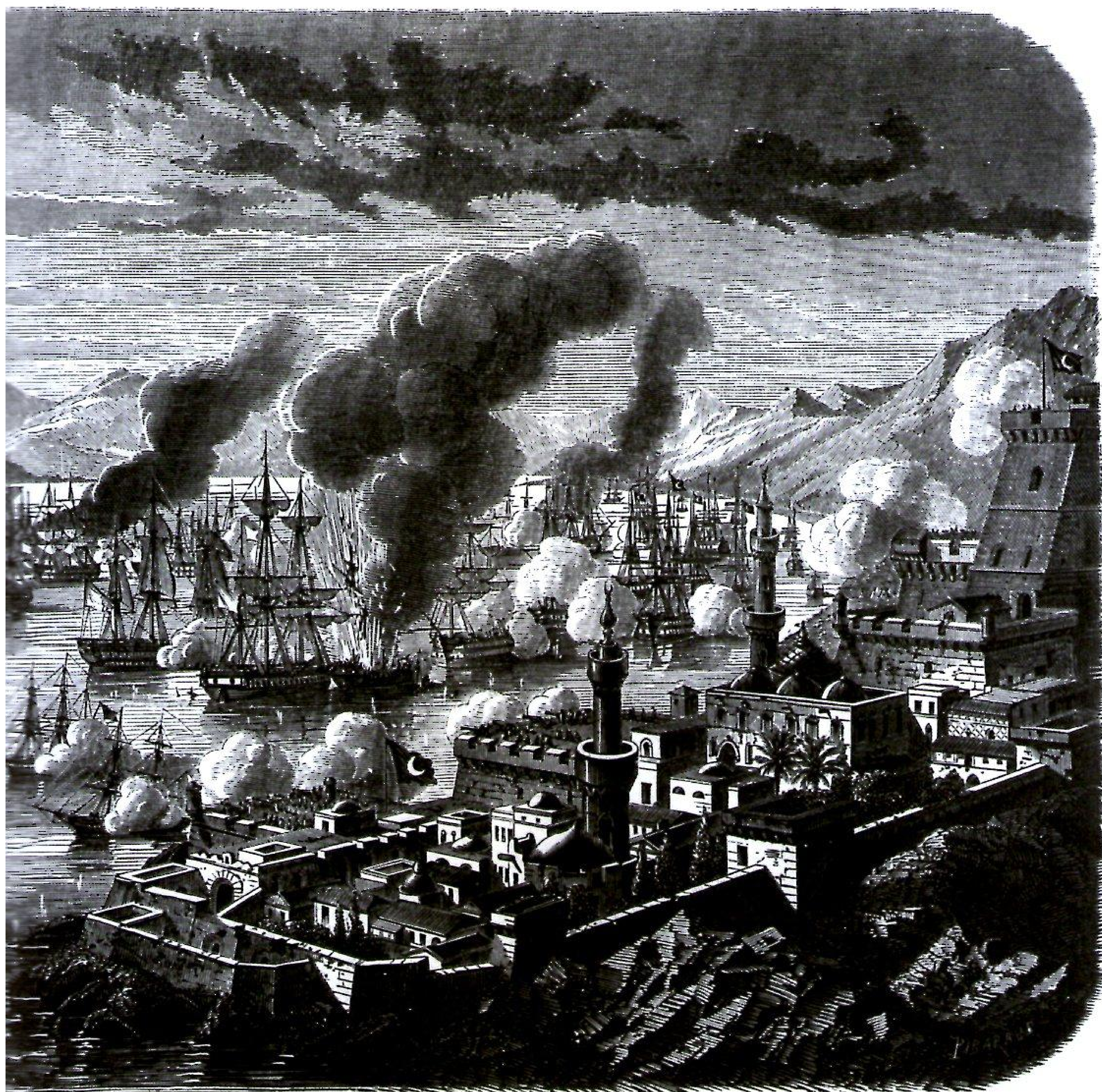
que debían ocupar en la figura o el motivo, que quedan unidos, como si estuviesen estampados en relieve y que producen una sensación cautivadora de majestuosidad... las imágenes (de una habilidad admirable y en número infinito)...». Como todos los viajeros del oeste, Sandys encontró que el nivel cultural de los griegos era bajo, pero lo atribuyó a la dominación otomana: «Una nación tan sobresaliente en su día que sus preceptos y ejemplos permanecen todavía como cánones aceptados para dirigir la mente que proclama la virtud... Pero ahora su cultura se ha convertido, me parece a mí, en ignorancia afectada (ya que no tienen escuelas), su libertad en esclavitud satisfecha *ya que junto con la pérdida del imperio han perdido el juicio.*»

Pero, protestantes de carácter duro como el doctor Covel, el clima intelectual del siglo XVII era tal que podía conceder a los bizantinos el beneficio de la duda. La explicación siguiente que hace Jacob Spon de una tradición popular en Tebas, ilustra bien la mezcla de escepticismo y respeto con que los contemporáneos consideraban las formas de pensamiento bizantino supervivientes: «Un sepulcro de mármol, que dicen que es de San Lucas, en una iglesia que le está dedicada. Pero leemos en él un epitafio pagano de un cierto *Nedymus*, en bellos versos, en los que no se menciona para nada a san Lucas. El sacerdote local nos explicó que un noble local había depositado el cuerpo de san Lucas en aquel sarcófago, pero a fin de no exponerlo al ardor indiscreto de los enemigos de la cristiandad, añadió el epitafio de uno de sus hijos. Esta explicación no nos satisfizo. Pero se me ocurre, para no contradecir completamente su tradición, que podía tratarse del mismo san Lucas el Ermitaño, del cual ya he hablado, que pudo haber sido enterrado en primer lugar en la tumba de este pagano, que se encontró vacía y que quizás, cuando se hubo construido el convento de San Lucas, lo trasladaron allí.»

Sin lugar a dudas, los intelectuales europeos necesitaban una nueva perspectiva bajo la cual enfocar la decadencia del Imperio Romano: una perspectiva que pudiese reconciliar su sentido de éxito y optimismo con el concepto renacentista de la decadencia de la edad de oro de la antigüedad clásica y mostrar cómo esta decadencia subyacía no sólo en el «barbarismo» del oeste, sino también en la continuidad del imperio en el este. Esta perspectiva fue creada por el movimiento intelectual del siglo XVIII conocido como la Ilustración, que fue esencialmente una reacción francesa contra el oscurantismo, el tradicionalismo y el autoritarismo del Ancien Régime. Esto, se preconizaba, mantenía a los hombres encadenados a la Edad Media (un concepto creado entonces por primera vez), si



Batalla de Navarino (20 de octubre de 1827), el combate naval decisivo de la Guerra de la Independencia griega contra Turquía. La flota aliada de británicos, franceses y rusos estaba al mando del almirante Edward Codrington.

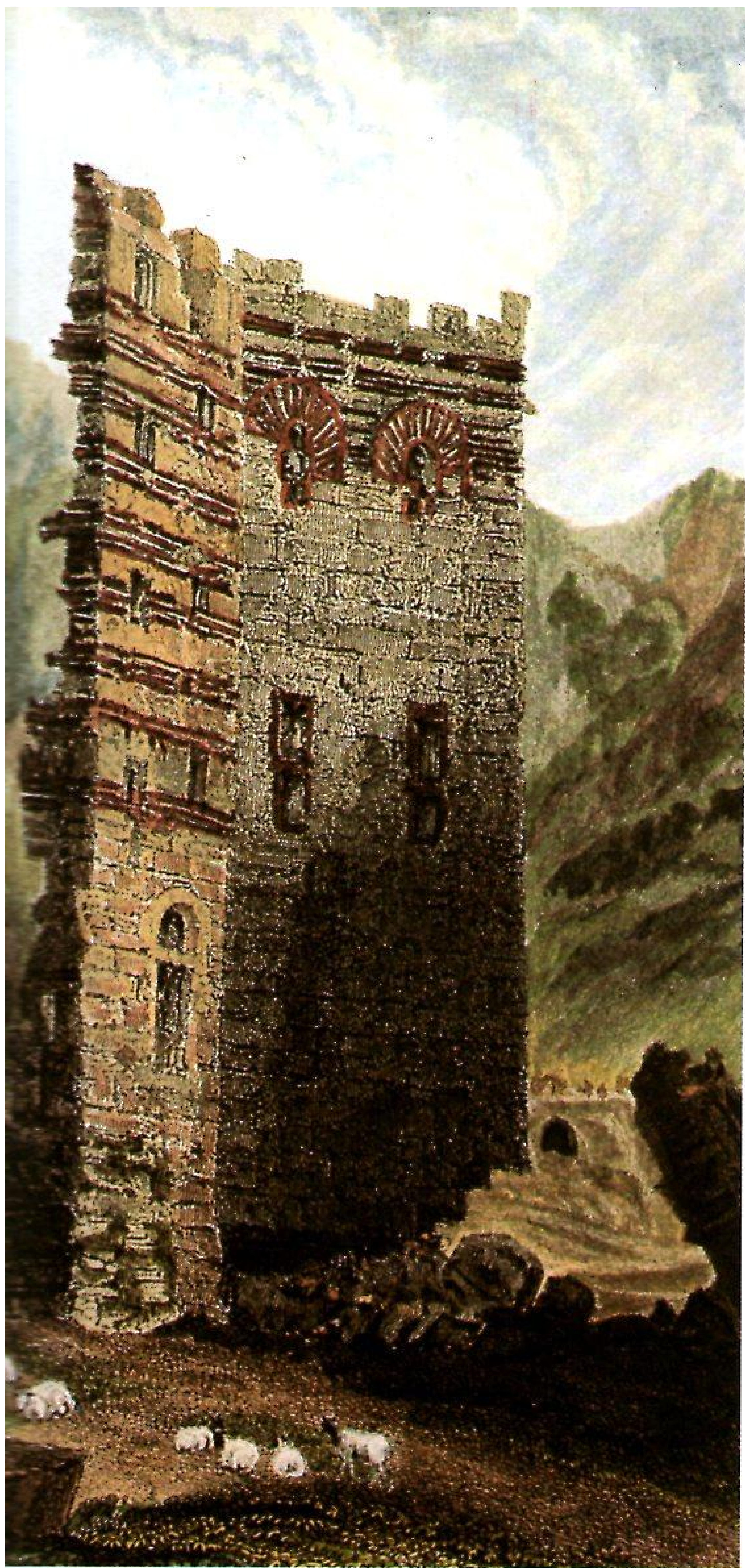


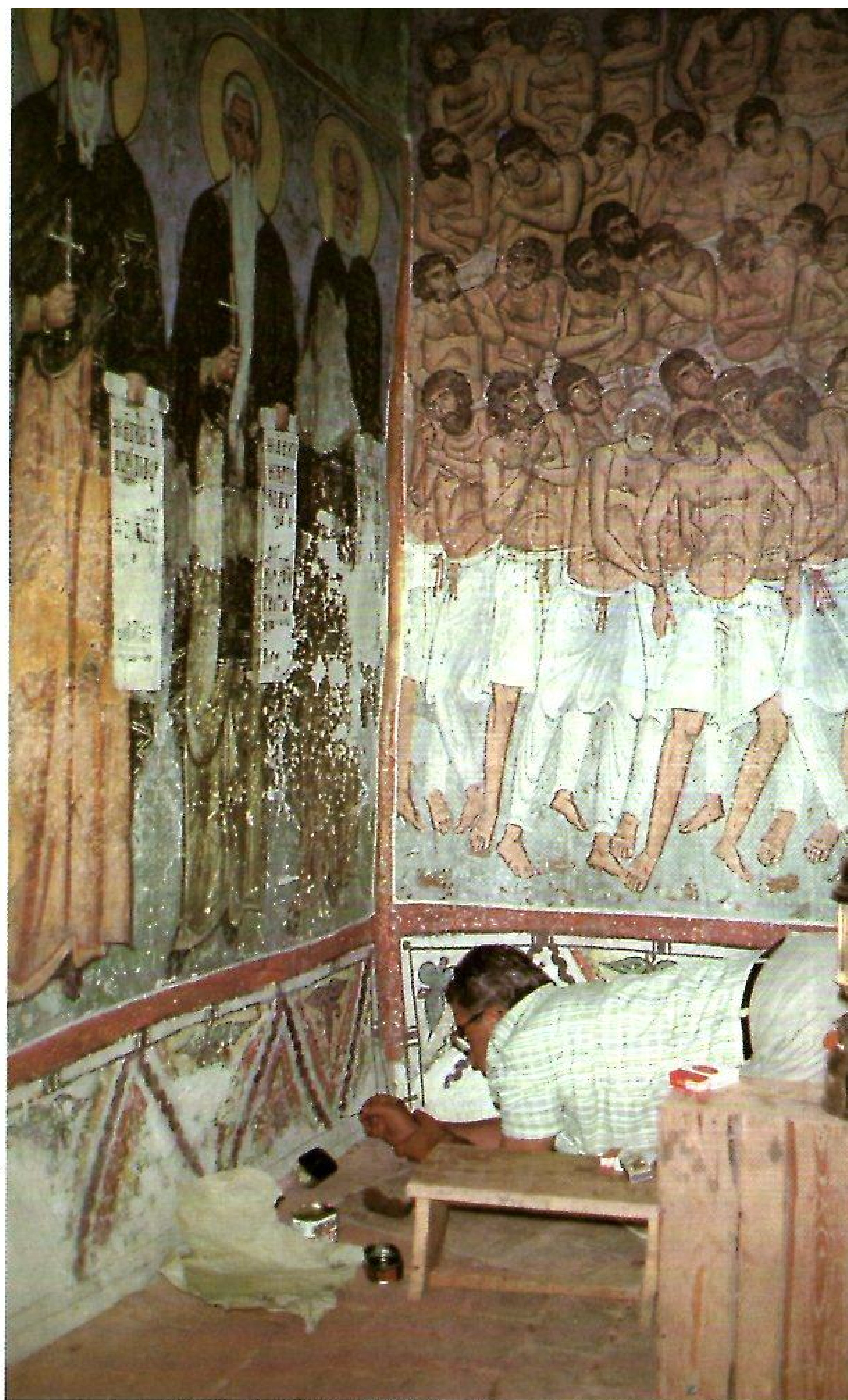
bien el progreso de la ciencia y los gobiernos representativos ofrecían vías para la libertad. Bizancio, con sus controversias teológicas y sus políticas palaciegas parecía la caricatura siniestra de una sociedad retrógrada y fue ridiculizada como tal por Montesquieu y Voltaire. Sin embargo, fue un inglés, Edward Gibbon, quien formuló acertadamente el concepto de la Ilustración de que Bizancio representaba un aspecto de la decadencia romana. Gibbon dio un paso sin precedentes: ignorar lo sobrenatural como agente de la historia. Como resultado, los héroes e instituciones cristianas de finales de la antigüedad fueron automáticamente desposeídos de cualquier categoría especial y valorados al mismo nivel que la contribución pagana a la civilización. La comparación, naturalmente, fue desfavorable a los cristianos. La mejor literatura griega y latina había sido escrita por paganos y el período más estable y tolerante del gobierno imperial había tenido lugar durante el siglo II d.C., cuando el



cristianismo era todavía una religión minoritaria. La cristianización del imperio durante el siglo IV siguió a un período de colapso militar y moral, coincidió con el aumento de la burocracia y el «despotismo oriental»; parecía promover la blandura de pensamiento y la vacuidad de estilo. Constantino, Eusebio y Atanasio aparecían casi como villanos. Se demostró que el reinado de Justiniano, a pesar de su brillantez superficial, fue una época de violencia interna y de desastres naturales. De acuerdo con ello, la decadencia y caída del Imperio Romano se consideraba como «el triunfo de la barbarie *y de la religión*»; el Imperio Bizantino se veía como el perpetuador de algunos de los peores rasgos de aquel declive, cuya larga supervivencia, en definitiva, fue menos beneficiosa para el mundo que el caos de la Europa occidental.

Gibbon fue criticado en su día por su actitud hacia el cristianismo y en el siglo actual por su tratamiento de Bizancio (de lo cual se hablará más en el capítulo 6), que hizo perder en gran medida el interés en el tema. El re-





sultado, sin embargo, fue que abrió más puertas de las que cerró. Por la sola concepción de su trabajo demostró que la ruptura del mundo antiguo fue un fenómeno tan fascinador como el del propio mundo antiguo y al plantear el problema de la «Edad Media» como algo distinto pero sobrepuesto parcialmente a la antigüedad, puso sobre la mesa un tema importante para futuras investigaciones.

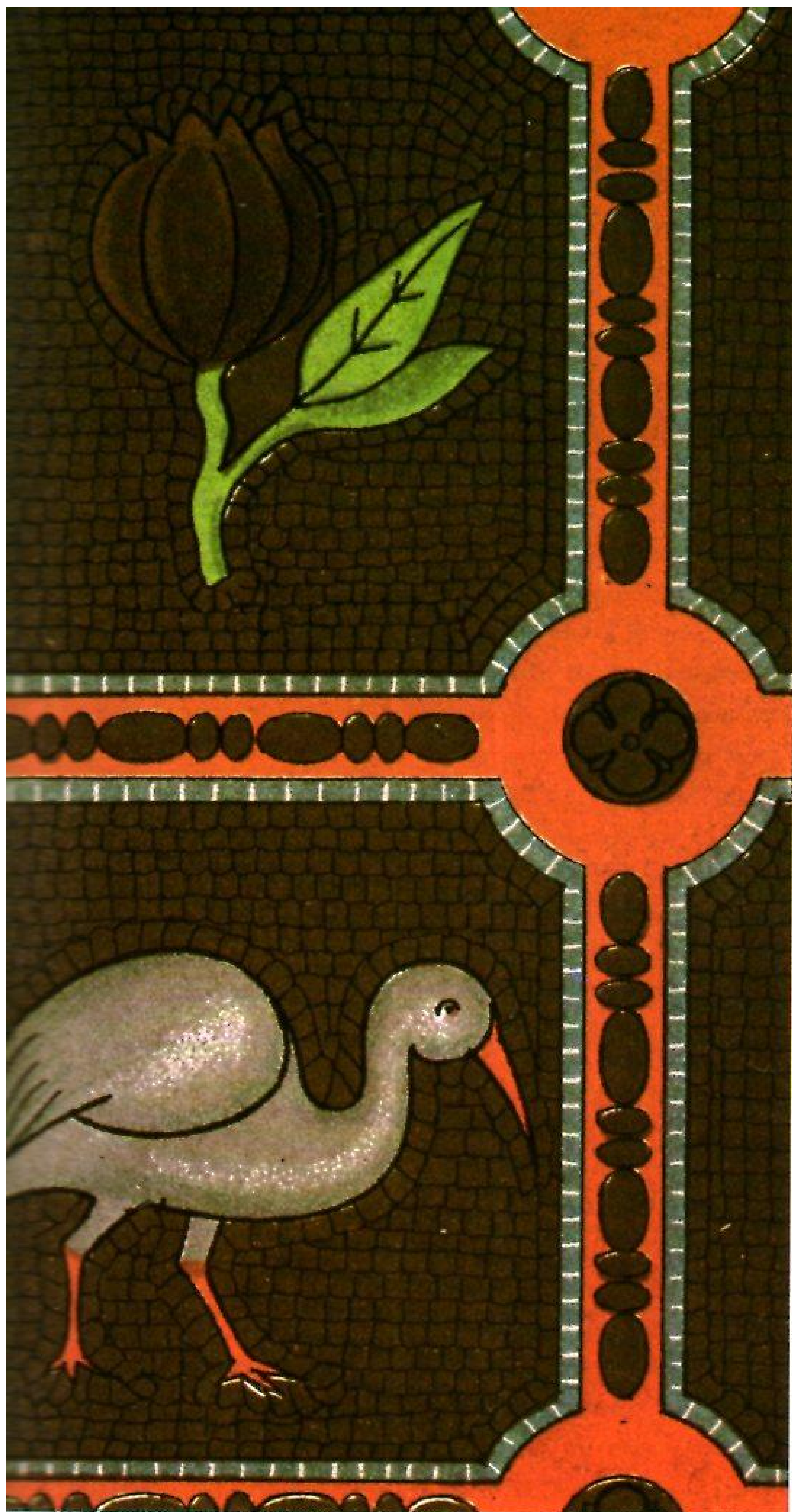
*Arriba:* Una vista romántica de Antioquía. Grabado (1840) de W. H. Bartlett de la muralla del lado oeste de la ciudad.

*Arriba, derecha:* Nártex de la iglesia de la Virgen, Asinou, Chipre. Trabajos de conservación de los frescos en que se ven los 40 Mártires de Sebaste y figuras de monjes santos en la pared lateral.

**El siglo XIX y la moderna erudición.** El siglo XIX fue la época de los nacionalismos. Trajo consigo, entre otros movimientos nacionales, la Guerra de la Independencia griega y el subsiguiente establecimiento de un estado griego moderno. La implicación romántica europea con Grecia (una mezcla de entusiasmo y desilusión) y el irredentismo griego con respecto a Macedonia, Tracia,







Constantinopla y Asia Menor despertó, naturalmente, un interés por Bizancio como la fase medieval de la historia de Grecia. Fue desde este punto de vista que George Finlay escribió una *Historia de Grecia* que es, en buena medida, la historia del Imperio Bizantino y que Karl Hopf escribió su *Geschichte Griechenlands vom Beginn des Mittelalters*, un libro que aún es el estudio más exhaustivo y original de la historia de la península griega durante el período que va desde la Cuarta Cruzada (1204) hasta la conquista turca. Por parte griega, el historiador Paparregopoulos adquirió una cierta reputación internacional. El estudio de la Grecia medieval se vio complicado, y en general distorsionado, por el problema étnico entre griegos y eslavos. A partir de 1830 en que Fallmera levantó un revuelo declarando que por las venas de los griegos modernos no corría ni una gota de sangre helénica, fueron elemento principal de controversia los orígenes raciales de los sujetos europeos de Bizancio a partir del siglo VI. A la oposición contra la teoría griega de pureza racial se unieron serbios y búlgaros, que también tenían sus designios sobre los restantes territorios otomanos en Europa, y detrás de los eslavos balcánicos se hallaba la Rusia imperial. Los estudios rusos sobre Bizancio eran, en parte, producto del nacionalismo de aquel país. El expansionismo zarista por el Mediterráneo

*Página anterior, arriba:* Mosaico de la cúpula de la iglesia de San Jorge en Tesalónica, dibujado por Charles Texier y publicado en su *Byzantine Architecture* (1864). La comparación con una fotografía moderna (*página anterior, abajo*) muestra las libertades que se tomó Texier en su dibujo.

*Abajo:* Lugar de las excavaciones de Walker Trust en el Gran Palacio de Constantinopla, desde el minarete de la mezquita del sultán Ahmed.



oriental, combinado con la búsqueda de los orígenes culturales e institucionales de la Rusia anterior a Pedro el Grande, naturalmente enfrentó a los intelectuales rusos con Bizancio. Antes de la revolución, Rusia iba a la vanguardia de los estudios sobre la liturgia, leyes y organización agraria bizantinos.

El siglo XIX fue también la era del romanticismo, que trajo consigo la moda por los asuntos medievales. El interés por las Cruzadas contribuyó inevitablemente al descubrimiento de Bizancio, especialmente en Francia, en donde los trabajos semipopulares de Chalandon y Schlumberger hicieron llegar el tema hasta un público relativamente amplio.

Finalmente, el siglo XIX fue la gran época de la filología clásica alemana, de la cual surgió el estudio crítico de los últimos textos griegos. La mayor parte de historiadores bizantinos pueden leerse todavía en una colección de escritos publicados en Bonn en las décadas de los años 1820 y 1830. Hacia finales de siglo, Karl Krumbacher publicó lo que todavía es un compendio normativo de la literatura bizantina. Krumbacher también contribuyó a los estudios bizantinos fundando una revista anual dedicada exclusivamente a la bizantinología, el *Byzantinische Zeitschrift*, que todavía es el repertorio estándar de las publicaciones en este terreno. Un periódico especializado no es en sí mismo el sello de la competencia de una nación en un área de estudio determinada, pero refleja el grado de nivel académico acordado. Rusia no tardó mucho en editar su propio periódico bizantino, el *Vizantijskij Vremenik*, pero no apareció ninguna otra publicación regular hasta después de la Primera Guerra Mundial en Grecia, Italia, Bélgica y Checoslovaquia. Francia, Austria, Yugoslavia y los Estados Unidos no estuvieron representados hasta después de la Segunda Guerra Mundial y a pesar de la monumental contribución de J. B. Bury (1861-1927) no fue hasta esta década que los británicos publicaron su propio periódico sobre estudios bizantinos y griego moderno.

**Arqueología.** La Ilustración, trazando su aguda distinción entre los mundos clásico y bizantino, contribuyó a reducir el interés por las antigüedades cristianas. Como resultado, los viajeros del período que va de 1750 a 1850, aunque generalmente más observadores y analíticos que sus predecesores ya que en su mayor parte se trataba de hombres con una formación técnica o científica, no fueron demasiado explícitos con respecto a los restos bizantinos. Sin embargo, la utilización de desechos antiguos en edificios medievales y el problema ocasional de fechar o identificar un lugar, con frecuencia mereció la mención de los desdeñados monumentos del Bajo Imperio. Los relatos de los viajeros del siglo XIX también son valiosos porque representan los intentos más completos para determinar la geografía del mundo antiguo basándose en las evidencias que se encuentran en la superficie. A este respecto, todavía son interesantes para los estudiosos de las provincias bizantinas los informes de viajeros tales como Texier y Ramsay en Asia Menor y Pouqueville y Leake en Grecia.

A pesar del resurgimiento del gótico en el siglo XIX, los europeos occidentales fueron lentos en apreciar la gran diferencia en el arte y arquitectura cristianos de Bizancio. Sin embargo, en las primeras décadas de este siglo aparecieron cierto número de estudios de importantes monumentos bizantinos, con intentos de definir tipos e influencias en el gusto bizantino. Podemos mencionar en especial el trabajo de Van Millingen y Ebersolt en Constantinopla, de Strygowsky en Siria y Egipto, de Tafrali y Diehl en Tesalónica y de Gabriel Millet en otras partes de Grecia y los Balcanes. Sus publicaciones pusieron los fundamentos para el estudio académico y técnico de los restos que quedan en pie, que es ahora relativamente sofisticado.

El resultado del análisis de las excavaciones es menos satisfactorio. No ha habido nunca un Schliemann, Evans o Carter que mereciese el reconocimiento público por su arqueología bizantina. Esto y el hecho de que el bizantinismo ha empezado sólo recientemente a plantear cuestiones importantes sobre el material excavable, ha inhibido el desarrollo de niveles y técnicas adecuados. Los estratos bizantinos están invariablemente muy cerca de la superficie y ello ha hecho que fuese lo primero en ser removido por construcciones contemporáneas o destruido por excavadores demasiado entusiastas a la búsqueda de niveles antiguos más profundos. Incluso si un poblado romano tardío o «bizantino» ha sido objeto de excavación, como en varios lugares de Grecia o Yugoslavia, no siempre se ha anotado con la debida sensibilidad la evidencia posterior al siglo VI. A mediados y hacia el final de los períodos bizantinos las técnicas de construcción eran pobres, su usaban materiales de derribo extensivamente y eran raras las inscripciones grabadas. Por lo tanto, en los niveles correspondientes, puede ser crucial el hallazgo de una moneda extraviada y es esencial el fechado preciso de los distintos tipos de cerámica. No se han utilizado todas las posibilidades que ofrecen los métodos de construcción en los monumentos existentes cuyas fases se pueden fechar con exactitud –como ejemplo, basta Santa Sofía–. El número de luga-

res en que se han anotado o conservado correctamente los restos bizantinos es muy limitado. A pesar de ello, los adelantos son visibles. Se ha extraído mucho material de las excavaciones de Corinto y Atenas y del Gran Palacio de Constantinopla para ser comparado. Y las que se están llevando a cabo en Prespa y en dos lugares de Estambul, Kalenderhane Cami y Sarachane, son intentos encomiables de analizar el desarrollo de lugares complejos y virtualmente indocumentados y pueden aportar mucho para hacer de la arqueología un bello instrumento en vez de un instrumento contundente en manos de un historiador bizantino.

# Capítulo segundo: El crepúsculo del Imperio Romano



**La crisis del siglo** III. Las fatídicas palabras que Septimino Severo dirigió a sus hijos en su lecho de muerte en York el año 211 d. C.: «enriqueced a los soldados, ignorad a todos los demás», presagiaban problemas futuros. Su imperio consistía en una frontera de unas 5.000 millas –protegida por la naturaleza y por unos 300.000 soldados profesionales–, y en las vastas y ricas tierras del interior. Éstas estaban divididas en territorios de innumerables ciudades, cuyas aristocracias locales los administraban y proveían gustosamente las obras y servicios públicos que distinguían a la civilización clásica. Dos siglos de paz hicieron las ciudades amplias y prósperas, proporcionando un nivel de vida confortable bajo un gobierno que representaba un equilibrio teórico entre el emperador, la aristocracia senatorial y el ejército.

El equilibrio fue alterado fatalmente por las reformas de Severo, que aumentó la paga y los privilegios de las tropas, al tiempo que degradaba al senado. Los soldados podían ascender hasta muy arriba en el servicio civil militarizado que incrementó Severo y gozaban del derecho de vivir con sus esposas fuera de los campamentos, lo que significaba que las legiones fronterizas tendían a convertirse en una milicia rural con lealtades locales, mandadas por hombres surgidos de sus filas. Estas reformas, que hicieron un imperio más democrático y una administración más despótica, se llevaron a cabo con grandes costos afrontados, en parte, con un drástico aumento de impuestos y, en parte, con el peligroso recurso de devaluar la moneda.

Tan pronto como la dinastía de Severo tomó el poder se defendieron las fronteras y se mantuvo la lealtad de las tropas. En el año 211 Caracalla, el hijo de Severo, completó el largo proceso concediendo la ciudadanía romana a todos los hombres libres, aparentemente para que estuviesen sujetos a impuestos. La población era próspera, como lo demuestra la abundante construcción de baños, teatros, mercados y todo tipo de obras públicas en las ciudades, normalmente de un recargado estilo barroco. Sin embargo, el aumento del gasto público coincidió con un desarrollo desastroso fuera de las fronteras. Durante el



*Arriba:* Los dos Augustos, Diocleciano y Maximino, retratados en la seria actitud castrense de la época. Biblioteca del Vaticano.

*Página anterior:* Centro cívico de Anemurium, en el punto más meridional del Asia Menor. Los edificios que se ven –odeón, basílica y gimnasio– formaban parte de un enorme proyecto de construcciones de mediados del siglo III. Fueron abandonados sin acabar durante la invasión persa del año 260, y más tarde reconvertidos para otros usos.

reinado de Alejandro, el último de los Severos, los decadentes partos de Persia fueron reemplazados por los dinámicos y nacionalistas sasanios y hubo grandes movimientos entre los germanos. Los godos se instalaron cerca del mar Negro y tribus que se hallaban tan lejanas como en el Rin, desplazadas por las migraciones, comenzaron a hostigar el imperio, que carecía del potencial humano para luchar activamente en dos frentes.

La desorganización empezó con Maximino, el primer soldado que ostentó el poder supremo. Sus triunfos con el ejército –les aumentó la paga y derrotó a los germanos– eran equiparables a los problemas con la población civil. África se sublevó contra la implacable subida de impues-









Monedas de bronce y plata emitidas para celebrar el milenio de Roma. En las leyendas del anverso, acuñadas por Filipo I en el año 248, figuran los títulos de emperador, césar y augusto; en el reverso se ven animales destinados a los juegos para celebrar el milésimo aniversario de la fundación de la ciudad. Museo Británico.

tos y, si bien fueron sofocados con mucho derramamiento de sangre y destrucción, el senado se levantó en armas y el emperador cayó en el asedio de la ciudad romana de Aquilea. Siguió un respiro, durante el cual Filipo, un jefe árabe, celebró en el año 248 d.C. el milenio de Roma con numerosos juegos, los últimos de su especie, lo cual simboliza el final de la era clásica. Falleció al año siguiente en una guerra civil comandada por Decio, cuyos triunfos contra los godos indujeron a sus tropas a proclamarlo emperador. Había comenzado un proceso siniestro por el cual cada ejército se sentía capaz de arrebatar el poder; en las guerras civiles que siguieron, las fronteras fueron despojadas, precisamente cuando más fuerte era la presión sobre ellas.

El imperio llegó a su punto más bajo durante el reinado de Galieno, que asumió el poder solo, después de los dos mayores desastres que nunca se hubieran visto. En el año 251 d.C. mataron a Decio y su ejército fue destruido por los godos que asolaron los Balcanes, y en el año 268 Valeriano fue hecho prisionero por los persas, que habían saqueado Antioquía, la mayor ciudad del este. Al mismo tiempo, se declaró la peste, que diezmó la población durante dos décadas. Bajo Galieno los persas asolaron el este, las tribus germanas devastaron el Asia Menor, los Balcanes y Galia e innumerables usurpadores se hicieron efímeramente con el poder ya que las provincias, viendo la incapacidad de Roma para defenderlas, tomaron los asuntos en sus manos. El más importante fue Póstumo,

que gobernó un imperio escindido compuesto por Galia, Gran Bretaña y España desde su capital, Tréveris, sede de su senado y cónsules. En oriente la situación romana fue salvada por Odaenathus, jeque de Palmira, pero después de su muerte su esposa Zenobia traicionó su lealtad y se apoderó de las provincias existentes entre Asia Menor y Egipto.

En esta crisis, Galieno efectuó una reforma que tendría efecto permanente. Ya que había fallado la defensa que debían efectuar las legiones estacionarias, creó un nuevo ejército en Milán para defender Italia. Estaba formado por caballería, protegido por las armaduras y corazas de los persas, que llevaban lanzas y largas espadas germanas y enarbolaban estandartes con bárbaros dibujos de dragones, un modelo que se perpetuó durante siglos. Los bárbaros, especialmente los germanos, ingresaron en el ejército en gran número y se excluyó a los senadores del mando militar, una prohibición que redujo el senado a una clase influyente pero ociosa, puso el ejército en manos de soldados profesionales e impulsó la separación de las carreras civiles y militares.

Galieno fue asesinado en el año 268 d.C. pero el resultado de su trabajo se vio en la sucesión de rudos, pero eficientes, emperadores ilirios que siguieron. Claudio aplastó a los godos y Aureliano reunificó el imperio derrotando a Tétrico, el último emperador galo, y a Zenobia. Ambos celebraron victoriosamente su triunfo y se asentaron confortablemente en Italia. Las murallas de Roma fueron trabajo de Aureliano, como también el abandono de la ya no defendible provincia transdanubiana de Dacia. También buscaron la unidad a través de la religión haciendo del Sol Invencible, dios de los ejércitos, el foco de lealtad universal, mientras que el emperador se convertía en una figura imponente y remota rodeado de un elaborado ceremonial.

Los sucesores de Aureliano, Probo, que derrotó a los germanos en Galia y se esforzó en restablecer las provincias, y Caro, que castigó a los persas, mantuvieron un gobierno implacable y competente. Cuando el ejército romano regresaba de Persia, Numerio, el hijo de Caro, fue encontrado muerto, aparentemente asesinado por el prefecto pretoriano, que subió al podio en Nicomedia para anunciar la noticia. En aquel momento fue traspasado, de repente, por uno de sus oficiales, Diocleciano, cuya dramática venganza de la muerte de su jefe era preludio de los vastos cambios que iba a efectuar con empeño, grabando la imagen de finales de la antigüedad en la trama del imperio.

**Diocleciano y la restauración del orden.** Cuando Diocleciano subió al trono, encontró el imperio en un caos interior. La población se había visto reducida por la peste, el hambre y las guerras, provincias enteras estaban en ruinas, las ciudades estaban en bancarrota y la moneda no tenía ningún valor. Y, dominándolo todo, se hallaba la inestabilidad del gobierno y la incontrolable violencia de las tropas. Durante diez años, Diocleciano luchó contra los enemigos del estado, haciendo reformas expeditivas e innovadoras. Para combatir a los bacaudae en Galia nombró un coemperador, y para enfrentarse a la sublevación de Carasio, que fundó un estado independiente en Gran Bretaña, y a las invasiones de los persas, nombró a dos emperadores subordinados. Después de haber alcanzado victorias en todos los frentes, el imperio disfrutó de una paz que no había conocido durante medio siglo y el emperador, habiendo finalizado su tarea, se retiró pacíficamente (305 d.C.). Sin embargo, el último año de su reinado estuvo marcado por una batalla distinta: contra los cristianos, que se negaban a aceptar su religión universal de Júpiter y Hércules. Las persecuciones duraron una década, pero sólo consiguieron reforzar la Iglesia con la sangre de sus mártires.

Diocleciano tomó medidas para asegurar la duración de la paz y la estabilidad conseguidas con tanto esfuerzo. Su meta principal era la seguridad contra las invasiones y las sublevaciones. La estabilidad política debía afianzarse mediante la reforma radical y la multiplicación del gobierno. Dos augustos y dos césares subordinados gobernaban ahora desde capitales estratégicas en oriente y occidente. Cada una tenía un prefecto pretoriano a cargo de los suministros a la administración y al ejército, con funcionarios que supervisaban las finanzas. Subordinados a él se hallaban los gobernadores provinciales, que ahora supera-




*Arriba:* Aureliano, restaurador del mundo romano. Esta moneda, conmemorativa de la reunificación del imperio, era nominalmente de plata, aunque en realidad era de bronce con un fino chapado de plata. Sin embargo, en la práctica, representó una gran mejora sobre las de reinados anteriores. Museo Británico.

*Página siguiente:* Relieve del siglo IV en el museo de Trêves, en el que se ve la recaudación de impuestos y el pago en dinero.



ban el centenar, ya que se dividieron las provincias para evitar la concentración del poder y asegurar un gobierno responsable. La mayor parte de los gobernadores no tenían mando militar, que fue asignado a los generales (*duces*), pero controlaban la justicia local y las finanzas, supervisaban las ciudades cuyos concejales eran responsables personalmente de recaudar los impuestos locales, una tarea onerosa y desagradable. El cargo de gobernador, al igual que el de otros funcionarios, normalmente era de poca duración, para que no se pudiese forjar una revuelta.

Estos cargos requerían un considerable incremento en el volumen y alcance del gobierno y la necesidad de candidatos cualificados para la carrera civil, separada efectivamente de la militar. Se fomentó el aumento de la educación y los profesores eran subvencionados por el estado. El aprendizaje normalmente se centraba en el lenguaje escrito y hablado y favoreció la funesta tradición de la retórica prolija e insípida, que dominó las letras griegas durante un milenio. Al mismo tiempo, se doblaron los efectivos del ejército y se reforzaron las fronteras con nuevas fortalezas y legiones.

Las reformas requerían un inmenso incremento de ingresos, para lo cual el estado estaba dispuesto a sacrificar los intereses individuales. Fracasó el intento de frenar la inflación introduciendo una nueva acuñación de moneda, seguida de un duro decreto que fijaba el precio de todas las mercaderías, pero al estado no le perjudicó demasiado porque los ingresos y los gastos se efectuaban entonces en especies más que en dinero. Por lo tanto, se hizo esencial la recaudación y garantía de una producción regular y el imperio hizo un presupuesto por primera vez. Se calcularon los impuestos anuales sobre la base de un censo periódico en el cual constaban las personas, los animales y las tierras, de tal manera que se pudiese hacer un cálculo preciso de los recursos de cada región y planificar los gastos en consonancia. Los impuestos, principalmente en especies, gravaban fuertemente la población rural, y tanto los habitantes de la ciudad como los del campo debían hacer trabajos forzados en obras públicas. A fin de procurar suministros y ahorrar dinero, Diocleciano también estableció una red de fábricas de armas y armaduras, dirigidas por el gobierno.

Este sistema tuvo amplias consecuencias sociales. Todas las personas que figuraban en el censo debían tener un domicilio fijo; para asegurarse los ingresos el gobierno tendía a prohibir la libre circulación y a fijar los campesinos a la tierra. Esta obligación se convirtió en un aspecto fundamental del estado: los hijos de soldados debían alistarse en el ejército, los productores de suministros esenciales eran organizados en gremios hereditarios y se tomaron medidas complejas para prohibir que los concejales de las ciudades o sus hijos eludiesen sus obligaciones.

El espíritu de la época se puso de manifiesto en su arte y edificios, que por su tamaño y número muestran la paz y prosperidad reinstaurada por Diocleciano. Con respecto al arte, a mediados del siglo III desapareció la elegancia y sutilidad de la era clásica, dando paso a representaciones de escenas abigarradas y turbulentas y el taladro sustituyó al cincel para obtener un contraste abstracto de sombras y luces. En la época de Diocleciano nació un estilo por el cual se representaba una rígida jerarquía de figuras con poco individualismo, subordinadas a una es-

cena o persona central; las pinturas eran representaciones abstractas de oficios. En arquitectura, enormes muros y espacios dominaban al espectador y captaban su mirada, mientras que las líneas rectas y una ornamentación rígida dejaban entrever la influencia del ejército. Triunfaban la simplificación y el orden, aparentemente para siempre. El espíritu estaba ejemplificado en las palabras de la liturgia que en sí misma era, como todo el aparato de la cristiandad, un producto de finales de la antigüedad: «como era al principio, así sea ahora y por los siglos de los siglos». Al mismo tiempo, el color animaba edificios, monumentos y esculturas; pinturas y mosaicos brillantes cubrían paredes y suelos, dándoles un toque de vulgaridad.

Superficialmente, el sistema de Diocleciano fue un fracaso. Después de su abdicación, augustos y césares lucharon constantemente durante casi 20 años, pero la vasta maquinaria de gobierno que había puesto en marcha continuó funcionando y aseguró la supervivencia del imperio. Bajo la rígida superficie de jerarquías y obligaciones había mucha movilidad, ya fuese a través de la educación o del ejército, y tal complejidad que se eludían muchas obligaciones y abundaba la corrupción. Se conservó la civilización clásica, junto con la vida urbana y los muchos beneficios que aportó, aunque con ciertas transformaciones.

**Constantino y el cristianismo.** Cuando murió el augusto Constancio en el año 306 d.C., sus tropas ignoraron el césar legítimo para proclamar emperador a su hijo Constantino. Después de una larga lucha, se hizo con el poder absoluto y murió pacíficamente dejando el poder a sus hijos. Constantino tomó dos medidas fundamentales que completarían la transformación del mundo romano: adoptó el cristianismo y fundó Constantinopla. Antes de la batalla que le diera el control de Italia en el año 312, Constantino tuvo una visión; en el cielo había una cruz con las palabras: «Con este signo conquistarás». Adoptó el signo, ganó la batalla, y a partir de entonces se comportó como un cristiano. Probablemente sus motivos eran auténticos y personales pero, al asumir una religión que seguiría el estado, se comportó como Aureliano o Diocleciano y se hizo con un arma nueva y poderosa, ya que la Iglesia se asoció estrechamente con el gobierno.

Constantino intervino en asuntos de la Iglesia, empezando por el problema de los donatistas en África y culminando con el Concilio de Nicea en el año 325, el cual presidió. Naturalmente, sus acciones tenían una gran in-

*Abajo, izquierda:* La batalla del puente Milvio. Escena del arco de Constantino en la que muestra su gran victoria sobre Majencio a las afueras de Roma en el año 312.

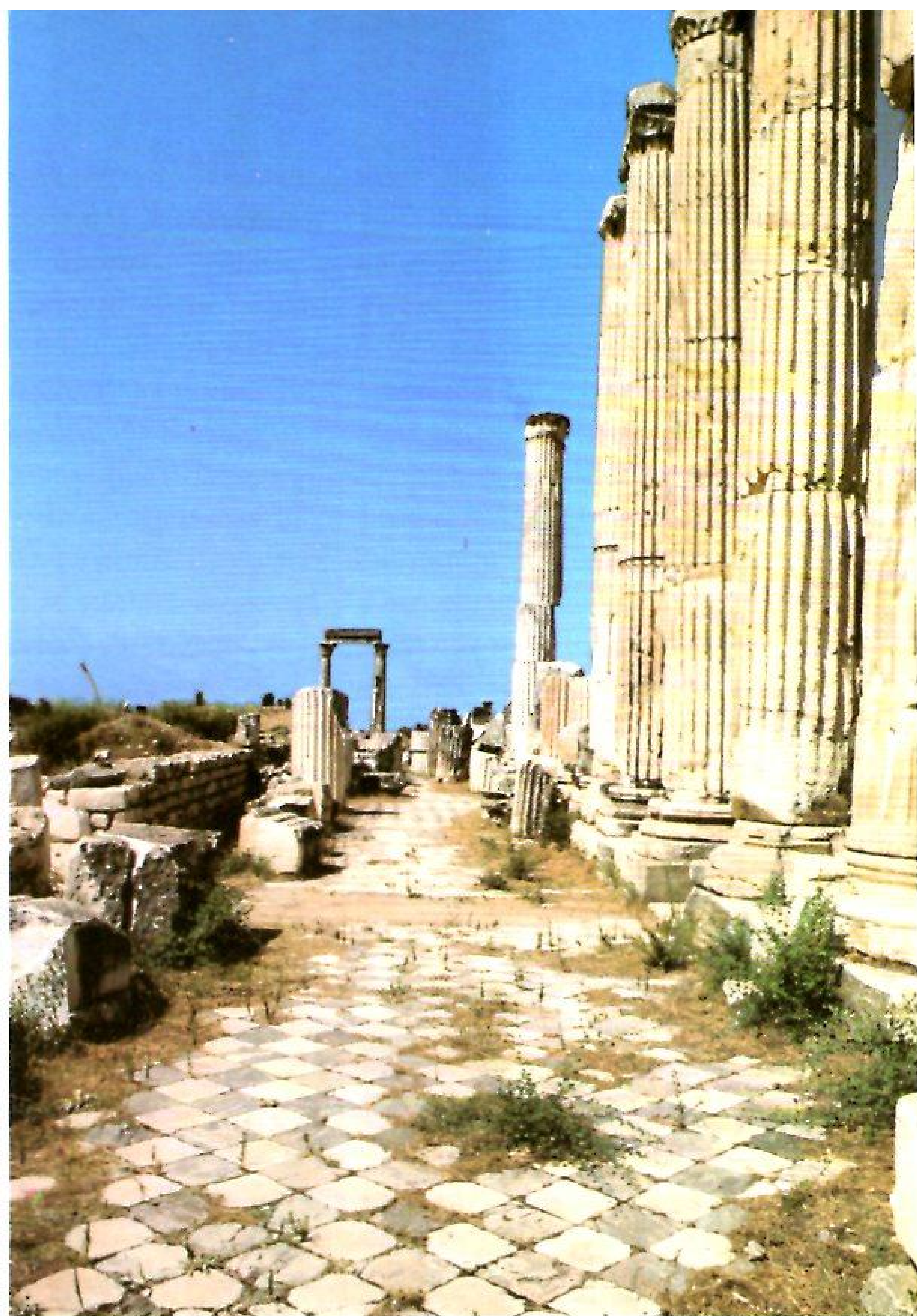
*Abajo:* Visión de Constantino antes de la batalla que le dio el control de Italia en el año 312. Mural del siglo XV en la iglesia de la Santa Cruz en Platanistasa, Chipre.






fluencia y fomentaban la conversión al cristianismo. Se reflejaron en su nueva residencia –Roma siguió siendo oficialmente la capital durante cierto tiempo– en donde se construyeron iglesias, más que templos. Para escoger el emplazamiento de Constantinopla se guió por una visión de Cristo, por el precedente sentado por Diocleciano que había gobernado desde la cercana Nicomedia, y por consideraciones estratégicas; el agua y las murallas que rodeaban la ciudad estaban destinados a preservar el imperio en sus peores crisis. Constantinopla sería el centro del mundo civilizado durante once siglos, el punto de encuentro de las culturas oriental y occidental y hoy en día continúa siendo la sede principal de la Iglesia Ortodoxa.

La adulación de los escritores romanos ha enturbiado la imagen de Constantino, que también fue responsable de las reformas militares y financieras. Siguiendo la tendencia de Galieno, acuarteló en el interior un numeroso ejército de campaña que pronto se convirtió en la defensa más importante del imperio. Aumentó la burocracia, hizo cuantiosas donaciones a la iglesia (la cual tenía a su cargo valiosos servicios sociales) e incrementó los impues-



Triunfo del cristianismo. *Abajo:* Capilla construida en el siglo IV sobre una esquina del templo abandonado de Artemisa, en Sardes. *Derecha:* Templo de Afrodita en Afrodisias convertido en catedral, para lo cual se puso un pavimento nuevo y se desplazaron varias columnas. Más tarde se cambió el nombre de la ciudad por el más adecuado de Stauropolis, «Ciudad de la Cruz».



tos. Si bien obtuvo beneficios imprevistos confiscando los tesoros acumulados en los templos, crecieron los gastos y se disparó la inflación. Sin embargo, Constantino estableció un sistema monetario fijo en oro, que debía durar hasta la Edad Media. Al final de su reinado el gobierno había asumido la forma que perduraría durante 1.000 años: un estado cristiano despótico gobernado desde el este. Sin embargo, el oeste era todavía, en su mayor parte, pagano, el lenguaje del gobierno era el latín y su despilfarro y corrupción se tradujo en ineficacia y debilidad.

**Julián y el paganismo.** Después de que dos hijos de Constantino murieran en la guerra civil, el superviviente, Constancio II, reunificó un imperio perturbado por las luchas entre sectas cristianas que influenciaban las altas esferas por el aumento y extravagancia de la administración y por los ataques de persas y germanos. Estos últimos eran tan importantes que Constancio nombró césar a su joven primo Julián a fin de que pacificase la Galia. Julián alcanzó tal éxito que sus tropas le otorgaron poder imperial y llegó a ser emperador único cuando Constancio murió providencialmente. En su breve reinado, Julián trabajó mucho para extirpar la corrupción y el despilfarro e incluso redujo los impuestos, pero se le recuerda más por su intento de restablecer el paganismo, al que le convirtió, cuando era estudiante, el mago y filósofo Máximo de Éfeso. Dejó que los cristianos lucharan entre ellos y fortaleció el paganismo siguiendo la línea de la Iglesia. Si bien la mayor parte de occidente era todavía pagana, fue recibido fríamente en oriente, en donde pasó la mayor parte de su reinado, y sus esfuerzos murieron con él cuando cayó luchando contra los persas.

El sucesor de Julián murió al cabo de pocos meses de acceder al trono, pero la maquinaria del gobierno funcionó perfectamente durante la crisis y el mando del ejército recayó en un oficial de menor importancia, Valentiniano, que se trasladó al oeste dejando que su hermano Valente gobernase el este. Ambos siguieron políticas similares para luchar contra la corrupción favoreciendo a las clases más bajas tanto en la ciudad como en el campo y esforzándose por mantener el potencial humano del ejército. Con el aumento de presión en las fronteras, el servicio militar se hizo menos atractivo, al tiempo que el gobierno se inclinaba a eximir del servicio a los campesinos a fin de mantener los ingresos. El problema encontró pronto una solución parcial y desastrosa.

Valentiniano murió el año 375 d.C. y le sucedió su hijo. En otoño del año 376 toda la nación de los visigodos apareció en el Danubio huyendo desesperadamente de un nuevo y terrible enemigo, los hunos. Teniendo en cuenta que se necesitaban hombres para el ejército, los miembros de las tribus fueron transportados de un lado al otro del Danubio para asentarlos en territorio imperial, pero la operación fue llevada con tal corrupción que los visigodos se sublevaron y pronto se les unieron ostrogodos y esclavos huidos. En el año 378, Valente se apresuró a acudir a Adrianópolis para sofocar la sublevación, pero lo mataron junto con la mayor parte de su ejército. Con este desastre, el mayor desde Decio, el imperio entró en una época de migraciones.



Gala Placidia. Medallón de oro en el que se ve la emperatriz, cuya carrera ilustra las vicisitudes de la época. Hermana de Honorio, fue capturada por los visigodos cuando éstos saquearon Roma, y casada con su rey. Después de ser, finalmente, devuelta a Roma, casó con el coemperador Constancio y llegó a ser regente de su hijo, Valentiniano III, muriendo antes del segundo saqueo de Roma. Biblioteca Nacional, París.

**La división del imperio y la caída de occidente.** El nuevo emperador Teodosio rehízo el ejército mediante un servicio militar obligatorio sin paliativos y pactó con los visigodos: a cambio del servicio militar les era permitido permanecer en el imperio a las órdenes de sus propios jefes. Este peligroso precedente fue satisfactorio, de momento, a causa de la rebelión en occidente, especialmente la de Máximo, que cruzó el mar desde Gran Bretaña. Sólo en los últimos meses de su reinado controló Teodosio todo el imperio, que pasó a ser gobernado desde Constantinopla y se identificó con el cristianismo ortodoxo. El fanatismo del emperador, incitado por Ambrosio de Milán, se tradujo en la prohibición de la herejía y del paganismo y en la clausura de los templos. El estado asumió el deber de imponer las prácticas adecuadas; la intolerancia se convirtió en la característica permanente, distanciando cada vez más el imperio de sus orígenes clásicos.

El siglo IV fue básicamente pacífico a pesar de sufrir repetidas dificultades; florecieron el comercio y las manufacturas y se incrementó la construcción en todo el imperio. Se edificaron especialmente iglesias basílicas en gran número y se construyeron o restauraron edificios públicos si bien en occidente, en donde la vida en las ciudades estaba en decadencia, la prosperidad es más evidente en las villas rurales. Sin embargo, siguieron aumentando los problemas para mantener el ejército y la agricultura, especialmente cuando el imperio cayó en manos de gobernantes débiles, enclaustrados en sus palacios, mandando cada uno en la mitad del imperio.



El consejero más allegado a Teodosio fue el vándalo Estilicón, al cual se concedió el gobierno del oeste, que nominalmente ostentaba el abúlico Honorio. Durante su supremacía (años 395-408) asolaron el imperio migraciones masivas de bárbaros, en un momento en que las relaciones con Constantinopla eran hostiles. Oriente y occidente se disputaban las provincias balcánicas, que estaban siendo destruidas por el visigodo Alarico, y cuando Gildo se sublevó en África y cortó el suministro de grano a Roma, recibió el apoyo tácito de la corte oriental. Estilicón consiguió echar de Italia a Alarico y otras hordas germanas, pero los últimos años de su mandato vieron acontecimientos que presagiaban el ocaso de occidente.

En el año 405, los ostrogodos acabaron con el control romano al norte de los Alpes y descendieron sobre Italia. No bien hubieron sido derrotados cuando, en el último día del año 406, las naciones de los vándalos, suevos y alanos, cruzaron el helado Rin y entraron en Galia, la mayor parte de cuyo ejército había sido retirado para proteger Italia. Pronto se les unieron los burgundios y asolaron el país durante dos años antes de entrar en España. El control romano estaba ejercido nominalmente por un usurpador, Constantino, que condujo las legiones de Gran Bretaña a Galia y España, hasta que finalmente fue suprimido por el general de Constancio, Honorio. Mientras tanto, Estilicón había sido asesinado y Alarico avanzó sobre Italia. En el año 410 ocurrió lo inconcebible: Roma fue tomada y saqueada por las huestes visigodas, el primer enemigo que capturó la ciudad desde que el 390 a.C. lo hiciesen los galos. Las repercusiones fueron enormes y muchos creyeron que había llegado el fin del mundo. San Agustín escribió *La Ciudad de Dios* para exculpar a los cristianos de la calamidad.

Finalmente los visigodos avanzaron sobre Galia, donde se habían producido una serie de rebeliones. Como aliados del imperio, junto con Constancio, restablecieron un cierto orden en la provincia, por lo cual les adjudicaron tierras en el sur. Constancio murió pronto y fue sustituido por Aecio, que defendió Galia durante una generación de caos: hubo problemas constantes entre los germanos y sus «anfitriones» romanos, exacerbados por luchas violentas entre las tribus germanas y sublevaciones incesantes de esclavos y siervos. La agricultura sufrió terriblemente, pero la provincia era grande y rica y sobrevivió buena parte, para contribuir a los ingresos que se

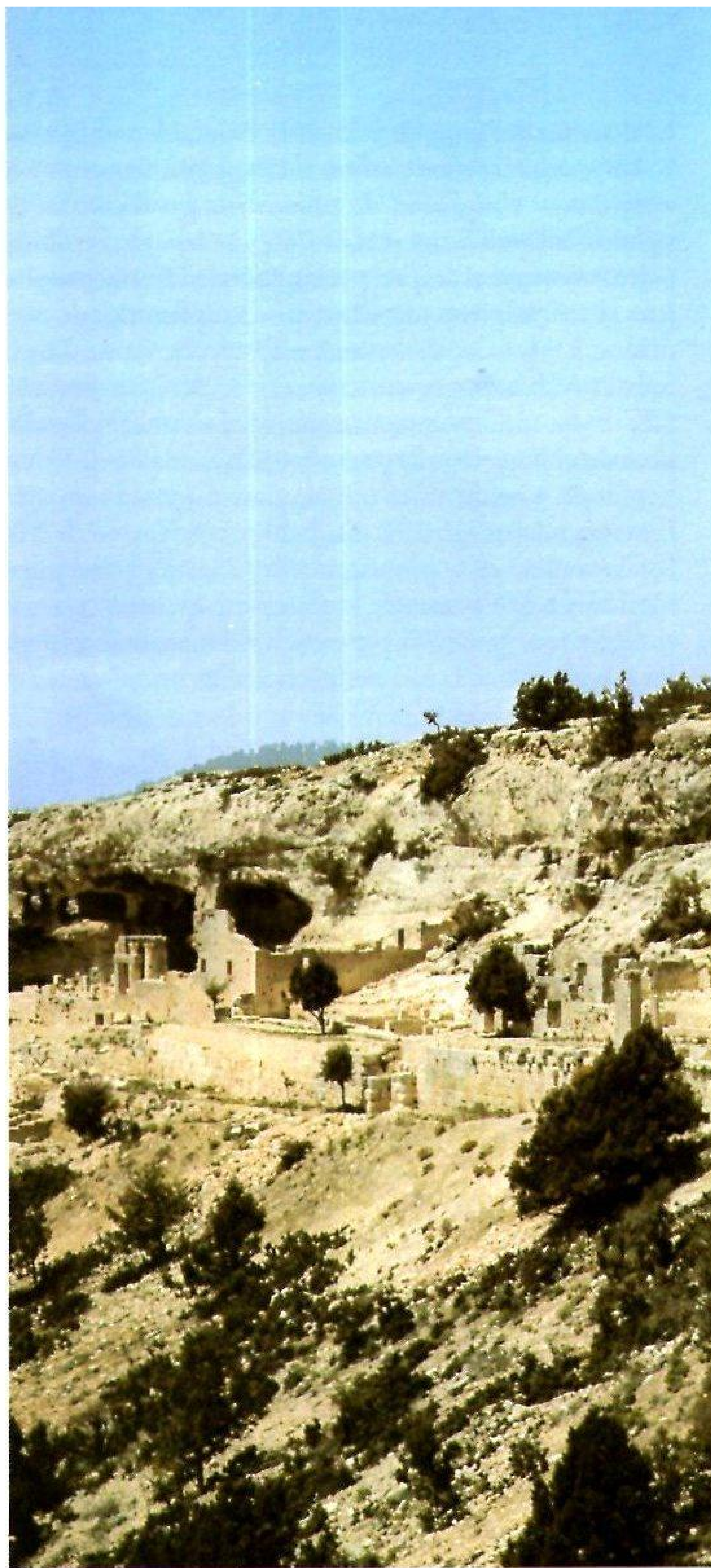
Atila, el huno. Durante un corto período (h. 445-453) unificó los nómadas contra el Imperio Romano e invadió Galia e Italia, pero fue derrotado por Aecio en el año 452. Museo de la Certosa, Pavía.

necesitaban tan perentoriamente. Galia adquirió más importancia todavía con la pérdida de la provincia más rica, África, a manos de los vándalos, que penetraron en ella en el año 429 y que, en diez años, habían tomado Cartago. Italia debía enfrentarse ahora a la escasez de alimentos, junto con la constante amenaza de las flotas de los vándalos.

Mientras vivió Aecio consiguió un cierto control en Galia –los burgundios fueron aplastados en el año 435 y él incluso derrotó el gran ataque de Atila en el año 451– pero el imperio se colapsó rápidamente después de su asesinato en el año 454. Siguieron guerras civiles e invasiones; los vándalos saquearon Roma en el año 455, capturaron Sicilia en el 467 y poco quedó de Galia y España que estuviese bajo control directo. Una serie de generales gobernaron por medio de emperadores títere hasta el año 476, cuando el germano Odoacro destronó a Rómulo Augústulo y asumió el título de rey bajo la soberanía nominal del emperador oriental. El Imperio de Occidente llegaba a su final, aunque fuerzas romanas mandadas por Syagrius se mantuvieron en Galia durante una década, hasta que sucumbieron ante el franco Clodoveo.

Se han dado muchas explicaciones sobre la «caída del Imperio Romano» –despoblación, empobrecimiento del suelo, cambios climáticos, envenenamiento por plomo, falta de metales preciosos, mezclas raciales, el cristianismo, los bárbaros, accidente– pero ninguna respuesta universal puede ser satisfactoria a menos que explique también por qué sobrevivió el imperio en el este durante dos siglos más. Si bien puede ser válida alguna de las causas aducidas –los cambios climáticos, por ejemplo, podrían explicar las migraciones– la explicación real, de existir alguna, debería aislar factores peculiares del oeste y determinar por qué la combinación de invasión y guerra civil, de la que se recuperó el imperio en el siglo III, fue funesta en el siglo V.

Occidente se diferenciaba de oriente en tres aspectos importantes: recursos, estructura social y vulnerabilidad. Oriente tenía una numerosa y rica población afincada firmemente en la vida urbana y desarrolló el comercio y las manufacturas, mientras que en el oeste (con excepción de África), las ciudades no se recuperaron nunca del desastre del siglo III y una población menor habitaba en, o bajo la influencia de, grandes haciendas, diseminadas y descentralizadas. Ello, como se verá en el próximo capítulo, es evidente gracias a los descubrimientos arqueológicos. La causa inmediata del desastre fue el gran y súbito desplazamiento de las tribus germanas, contra las cuales no se pudo mantener la larga frontera del Rin y del Danubio. A medida que las invasiones se complicaban con



Un monasterio isaurio. Iglesia de Alahan, construida durante el reinado de Zenón, el jefe bandido que llegó a ser emperador, en las remotas montañas de su tierra natal.



la guerra civil, el estado tenía que hacer un esfuerzo excesivo con sus recursos y lanzar una tribu contra otra. Mientras tanto, la pérdida de provincias, empezando por el Danubio y Gran Bretaña y culminando en África, redujeron drásticamente los ingresos, como también lo hicieron los «aliados», que pedían dinero o tierra por sus servicios.

La carencia de recursos humanos y de ingresos se complicaba con la estructura social del oeste. A falta de una red efectiva de ciudades, los impuestos debían recaudarse de los grandes terratenientes cuya influencia, ejercida a través del senado romano, les permitía eludir muchas de sus obligaciones. Además, nunca renunciarían voluntariamente a las «colonias», de cuya existencia dependían sus ingresos y el reclutamiento para el servicio obligatorio en el ejército, por muy crítica que fuese la situación. A medida que se redujo el territorio y no se pudo encontrar un medio alternativo de ingresos, no había esperanzas de que el imperio se recuperase. Con la falta de hombres, dinero y espíritu público, ya fue un éxito considerable que perdurase tanto como lo hizo.

**Prosperidad continuada en oriente.** En oriente hubo una relativa tranquilidad durante el siglo v. Aunque las provincias balcánicas fueron asoladas por Alarico y arruinadas por Atila, que también las despojó de grandes cantidades de oro como tributo, las tierras bien pobladas de Asia Menor, Siria y Egipto continuaron produciendo los ingresos que se necesitaban para mantener el estado. Las guerras con los persas fueron espasmódicas y de resultado incierto; sólo los estragos de los isaurios en Asia Menor y de los nómadas y vándalos en Cirenaica, perturbaron seriamente la paz. La frontera oriental estaba protegida por el desierto y por pesadas fortificaciones y las murallas de Constantinopla eran un obstáculo infranqueable para los bárbaros del norte.

Durante la primera mitad del siglo, el este fue gobernado por los indolentes Arcadio y Teodosio II, dominados por eunucos, mujeres y ministros de competencia y honestidad variable. Sin embargo, la administración funcionaba, los ayuntamientos continuaban recaudando impuestos, el ejército permanecía leal, y el único intento de golpe, el del germano Gainas, fue reprimido fácilmente. Sin embargo, los estudios arqueológicos sugieren que incluso oriente pudo experimentar una cierta decadencia en aquellos años: se pueden encontrar pocos edificios importantes de la época, las inscripciones son escasas y la acuñación de monedas de bronce degeneró hasta un nivel que no se había alcanzado incluso en el siglo III. No hay una explicación clara para este fenómeno, especialmente porque los documentos históricos reflejan más la preocupación por las diferencias doctrinales cristianas que asolaban el imperio. Tres concilios eclesiásticos y los firmes esfuerzos de las autoridades civiles no pudieron reconciliar a las partes en conflicto, cuyas peleas produjeron una amargura y disensión perdurables, especialmente entre la capital y Siria y Egipto.

En la última parte del siglo se produjo una mejora, si se exceptúa el intervalo en que los bandidos isaurios gobernaron el imperio. Un jefe llamado Tarasicodissa alcanzó el poder supremo, bajo el nombre más aceptable de







*Derecha:* Aniversario 1.100 de Roma, monedas de Constancio II. Muestran los grandes cambios que tuvieron lugar en un siglo. Al emperador se le llama ahora «Nuestro Señor», título apropiado para un dueño de esclavos. En el reverso se ve al emperador alanceando un bárbaro caído y un soldado apartando a un cautivo de una cabaña ardiendo. La leyenda se puede traducir más o menos como: «Han vuelto los días felices». Museo Británico.

*Página siguiente:* Arte y tecnología. Representación de un molino de agua, uno de los mayores adelantos técnicos de la época, que permitió a una reducida población mantener un nivel de producción elevado. Mosaico de un suelo del Gran Palacio de Constantinopla.



Zenón, debido a la necesidad de sus belicosos y molestos compatriotas. Su reinado estuvo marcado por la guerra civil, por la construcción de abundantes iglesias en su montañosa tierra nativa, y por la caída de occidente, de la cual se aprovechó Zenón para enviar a los ostrogodos a reconquistar Italia en su nombre. Su sucesor, Anastasio, destituyó a los isaurios de sus cargos y sofocó su rebelión, pero no tuvo la misma suerte en los Balcanes cuando aparecieron los búlgaros, en su guerra de resultado incierto con Persia, ni en la política religiosa, en donde continuaban los viejos antagonismos. Sin embargo, el reinado de Anastasio vio una gran mejora financiera. Se redujo el despilfarro y la corrupción y se acuñaron nuevas monedas de bronce de poco valor, claramente grabado, tan necesarias para el cambio en el comercio, las primeras de aquel siglo. En aquella época el estado ya tenía una adecuada emisión de monedas de oro con tres denominaciones y había empezado a calcular los impuestos en dinero, excepto para quienes proporcionaban los suministros al ejército. A pesar de los cuantiosos gastos, Anastasio pudo reducir los impuestos y dejar tras él un superávit de 300.000 libras de oro, hechos que muestran claramente los recursos que existían en el este para un gobierno eficiente.

Sin embargo, la mayor parte de los gobernantes estaban corrompidos sin remedio y la mayoría de la población sumergida en la pobreza; sólo la vigilancia y la economía podían conseguir el éxito. Antes de tratar del reinado de Justiniano, que efectuó grandes cambios en todas las esferas, podemos hacer una pausa y examinar las obras del gobierno y de la sociedad a finales de la antigüedad.

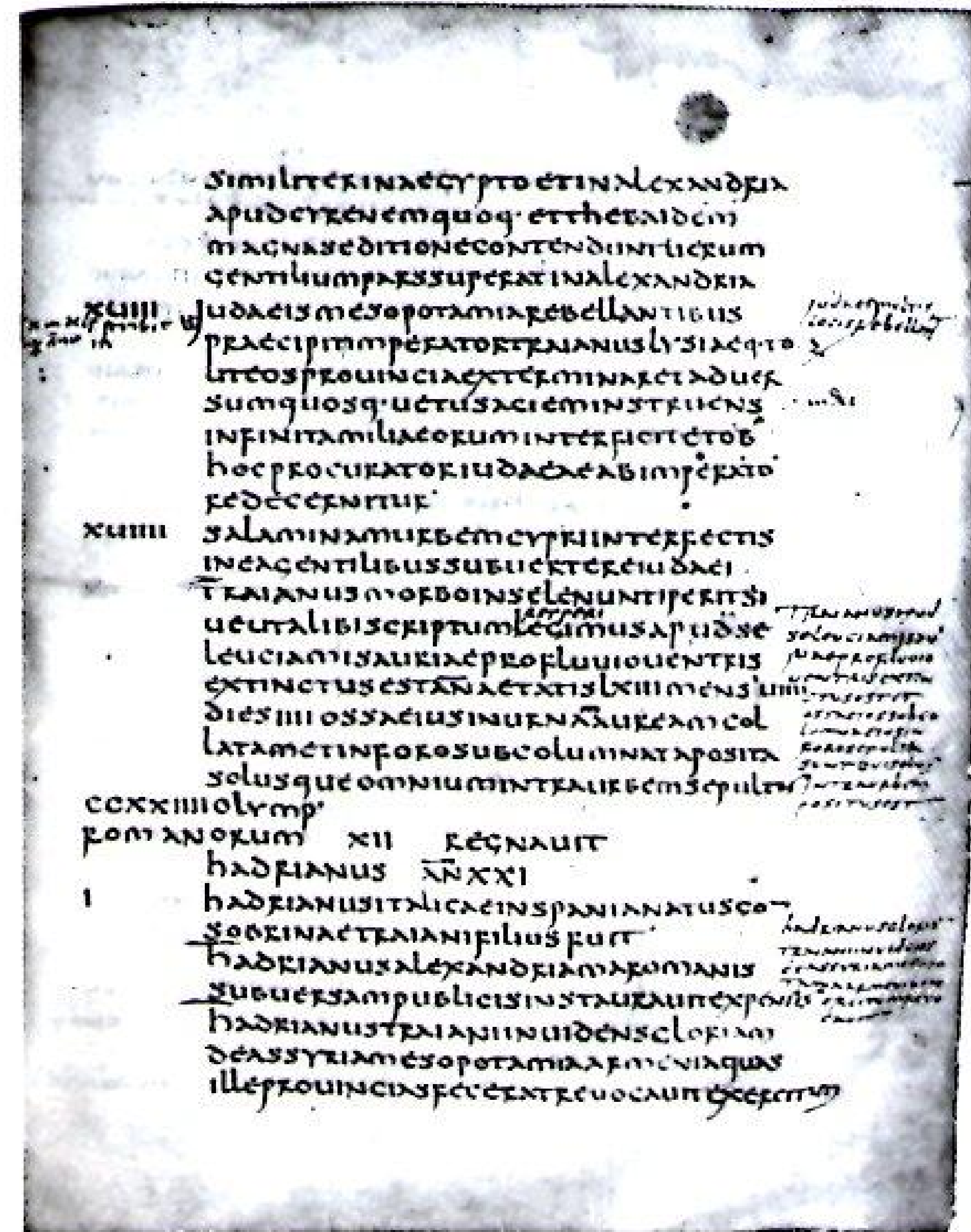
**La maquinaria de gobierno.** A la cabeza del estado se hallaba el emperador, una figura remota rodeada de un complejo ceremonial. Su poder despótico, ejercido a través de innumerables funcionarios y refrendado por la iglesia, estaba atenuado por la necesidad de la aprobación del ejército y del consejo de un círculo de altos mandos civiles y militares. Un emperador débil podía estar dominado por sus mujeres o por los eunucos de su dormitorio, que tenían libre acceso a su persona, pero un dirigente enérgico podía dejar su huella en la historia de la época. El gobierno se centraba en el emperador y se desplazaba



con él en campañas o viajes. El trabajo se llevaba a cabo mediante un enorme aparato burocrático bajo las órdenes de un prefecto pretoriano, el cual, aunque rígido, complejo, con demasiadas atribuciones y famoso por su corrupción y afición por la burocracia, facilitaba la continuidad y estabilidad que permitía sobrevivir al imperio a través de crisis y de cambios de gobernantes y administradores.

Buena parte del trabajo lo llevaban a cabo gobernadores responsables de la administración provincial, finanzas, justicia y obras públicas. Al igual que sus superiores, eran en su mayor parte aficionados, cuyas principales calificaciones eran su cultura y sus conexiones. Los cargos administrativos, generalmente ostentados por poco tiempo, eran muy codiciados como trampolín para el ascenso en una carrera. Los nombramientos, que teóricamente hacía el emperador, eran controlados por sus ministros, que exigían un alto precio por sus servicios y que se traducía en una venta regular de cargos. Como los salarios no eran muy altos, los funcionarios utilizaban todos los recursos a su alcance para resarcirse de sus inversiones y hacer dinero para acceder a cargos más elevados. Los gobernadores corruptos eran especialmente famosos; Eutalio, que mandó en Lidia a finales del siglo IV no fue una excepción: saqueó la provincia tan exhaustivamente que fue multado con 15 libras de oro por el prefecto pretoriano. Después de desfalcar con éxito esta cantidad, utilizó la fortuna que había amasado como gobernador para ascender a una distinguida carrera. Normalmente, los gobernadores conseguían ganancias ilícitas apropiándose indebidamente de fondos, recaudando impuestos excesivos y, especialmente, por la venta de justicia. Por otra parte, como necesitaban crearse un buen nombre en la provincia para ascender, con frecuencia construían o empezaban grandes obras públicas, y trabajaban para ganarse el favor de destacados senadores provinciales.

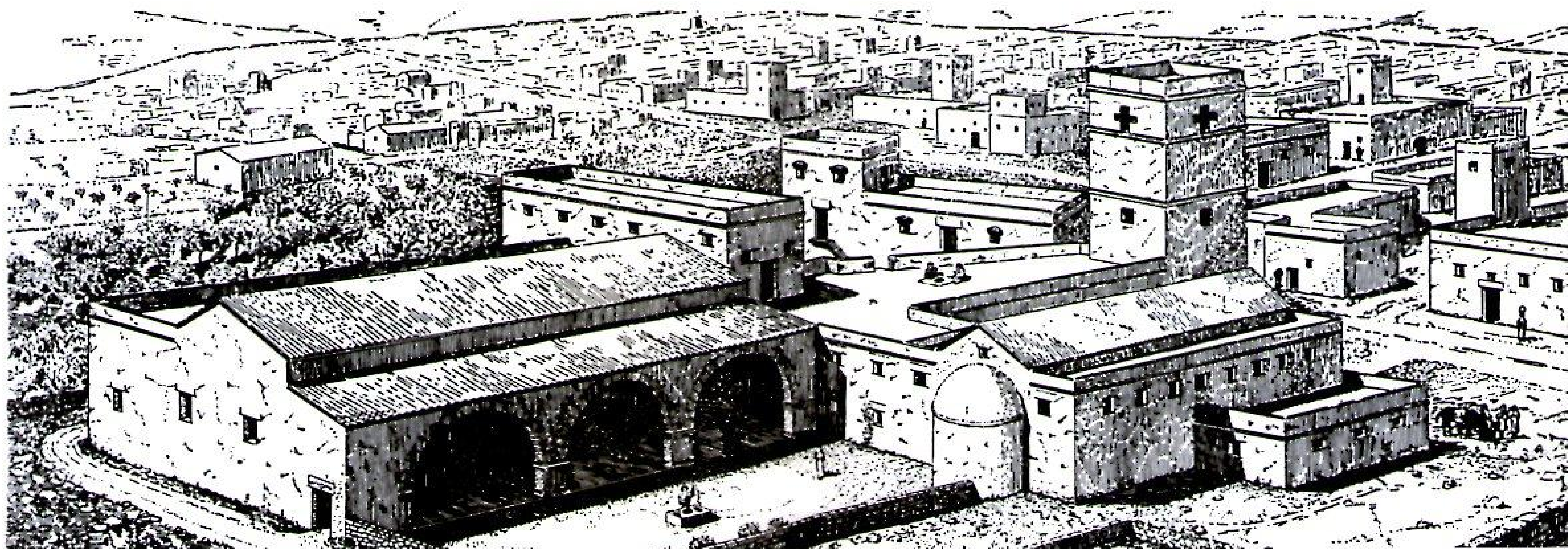
La influencia de ricos terratenientes que henchían el gobierno, era especialmente manifiesta en el sistema de justicia. La mayor parte de los casos eran juzgados por los gobernadores que no deseaban, o no se atrevían, a ofender cualquier persona de rango más alto. Los magnates locales tenían el derecho de entrar en la residencia del gobernador y sentarse con él en el tribunal, y con fre-


similiterinaegyptoetinalexandria
apudcyrenenquoq·etthebaidem
magnaseditionecontenduntlicerum
gentiliumparssuperatinalexandria
XIIII iudaeismesopotamiarebellantibus
praecipitimperatortraianuslysiaeq·to
liteosprouinciaexterminaretaduer
sumquosq·uetusaciieminstruens
infinitamiliaeoruminterficietob
hocprocuratoriudaeaeabimperato
redecernitur
XIIII salaminamurbemcypriinterfectis
ineagentilibussubuertereiudaei
traianusmorboinselenuntiperitsi
ueutalibiscriptumlegimusapudse
leuciamisauriaeprofluuiouentris
extinctusestannaetatislxiiimensuiii
diesiiiossaeiusinurnaaureamcol
latametinforosubcolumnaposita
solusqueomniumintraurbemsepultus
CCXXIIII olymp
romanorum XII regnauit
hadrianus ann XXI
I hadrianusitalicaeinspanianatusco
sobrinaetraianifiliusfuit
hadrianusalexandriamaromanis
subuersampublicisinstaurauitexpensis
hadrianustraianiinuidensgloriam
deassyriamesopotamiaarmeniaquas
illeprouinciasfeceratreuocauitexercitum

*Página anterior:* Patio del palacio del arzobispado metropolitano de Caria en Afrodisia, la capital provincial. Aquí, al igual que en otras grandes ciudades, se pusieron de manifiesto los grandes recursos de la Iglesia.

*Derecha:* La tradición de la enseñanza. Manuscrito de la crónica de Jerónimo, escrito en Italia a mediados del siglo V, con añadidos y correcciones, hechos algo más tarde por otra mano. Biblioteca Bodleian, Oxford.

*Abajo:* Pueblo sirio del siglo V. En primer plano, un gran monasterio con su huerto; detrás, las casas del pueblo de piedra estucada. El conjunto está típicamente rodeado de una muralla e ilustra a grandes rasgos la vida de una gran parte de la población. Según H. C. Butler, *Princeton Expedition to Syria* (1919).






cuencia intercedían por sí mismos o por sus clientes. Los recursos ante los vicarios, prefectos o emperador eran largos y caros y, con frecuencia, tardaban años en resolverse.

La maquinaria del gobierno residía, en último lugar, en las ciudades, cuyos consejeros, llamados decuriones, se ocupaban de la conservación de las carreteras, correos y edificios públicos, reclutaban hombres para el ejército y mano de obra para obras públicas y, lo que era más importante, recaudaban impuestos, de lo cual eran personal y colectivamente responsables. Estas obligaciones destruían el espíritu que, en otros tiempos, había procurado candidatos voluntarios y hacía que quienes eran elegibles buscasen todo tipo de escapatoria –el ejército, las órdenes religiosas, o cargos más importantes– dejando menos aspirantes, y generalmente más pobres. El gobierno se esforzaba constantemente para mantener a los ayuntamientos pero con frecuencia se veía obligado a intervenir en las ciudades por medio de gobernadores o funcionarios especiales.

**Condiciones económicas.** La principal preocupación del estado eran los impuestos, que recaían casi por entero sobre la población rural ya que la economía del imperio se basaba en la agricultura, siendo el comercio de mucha menos importancia. Aunque algunos productos como el vestido, la cerámica y el mármol tenían una amplia circulación, la mayor parte del comercio se hacía a escala local; la producción la realizaban, generalmente en ciudades o haciendas, artesanos que vendían sus propios productos. El estado, que requisaba y embarcaba las mercancías de acuerdo con sus necesidades, prescindía de los negocios y el comercio exterior que consistía esencialmente en artículos de lujo, y era de poca importancia.

Durante aquel período se mantuvo el sistema de recaudación de impuestos de Diocleciano. No era progresivo y recaía pesadamente sobre el pequeño agricultor que trabajaba en su propia parcela o como arrendatario en grandes haciendas. El porcentaje era alto: los agricultores libres pagaban alrededor de una tercera parte de la cosecha y los arrendatarios más o menos la mitad. Sin embargo, sólo



Justiniano (*página anterior*) y Teodora (*arriba*). El hijo del campesino y la prostituta afortunada que dominaron la historia del siglo VI, rodeados de cortesanos. Iglesia de San Vitale, Ravena.

una parte de ello llegaba hasta el gobierno central, ya que las oportunidades de desfalco eran enormes. Los decuriones eran extorsionistas desaprensivos, los gobernadores no vacilaban en apoderarse ilícitamente de una parte de los ingresos, a los agentes de tesorería que supervisaban la recaudación de impuestos les estaba prohibido específicamente el soborno, y otros agentes, que revisaban las cuentas, sacaban provecho del chantaje y el cohecho. La gran complejidad del sistema financiero, por el cual tres tesorerías distintas se ocupaban de los diferentes ingresos y gastos, no contribuía precisamente a su eficiencia.

La rapacidad de los oficiales era un gran problema, con mayores consecuencias que los ingresos. Romano, delegado en África por Valentiniano, protagonizó el ejemplo más famoso cuando se negó a acudir en ayuda de la ciudad de Leptis, invadida por bárbaros nómadas, porque los ciudadanos no aceptaron el soborno. Mientras se producían sucesivos ataques, la ciudad en vano envió delegaciones a la corte, en donde Romano estaba protegido por su influencia. Finalmente fue arrestado, pero evadió el castigo gracias a la intervención de un poderoso general. Leptis nunca se recuperó de la devastación.

Los contribuyentes eran básicamente campesinos, muchos de los cuales llevaban una existencia marginal. Aparentemente había escasez de mano de obra –se hacían todos los esfuerzos posibles para atar los campesinos a la tierra y recuperar a los que habían huido– y parece que la población no se recuperó nunca de los desastres del siglo III, quizás porque los agricultores eran demasiado pobres para criar hijos. Su carga era especialmente intolerable debido a la necesidad de mantener tan gran número de consumidores improductivos: las poblaciones de Roma y de Constantinopla, el cuerpo senatorial, el ejército, el cuerpo de funcionarios del estado y la Iglesia. Sin embargo, parte de su trabajo seguramente se vio aliviado por el progreso tecnológico, como el incremento en la utiliza-

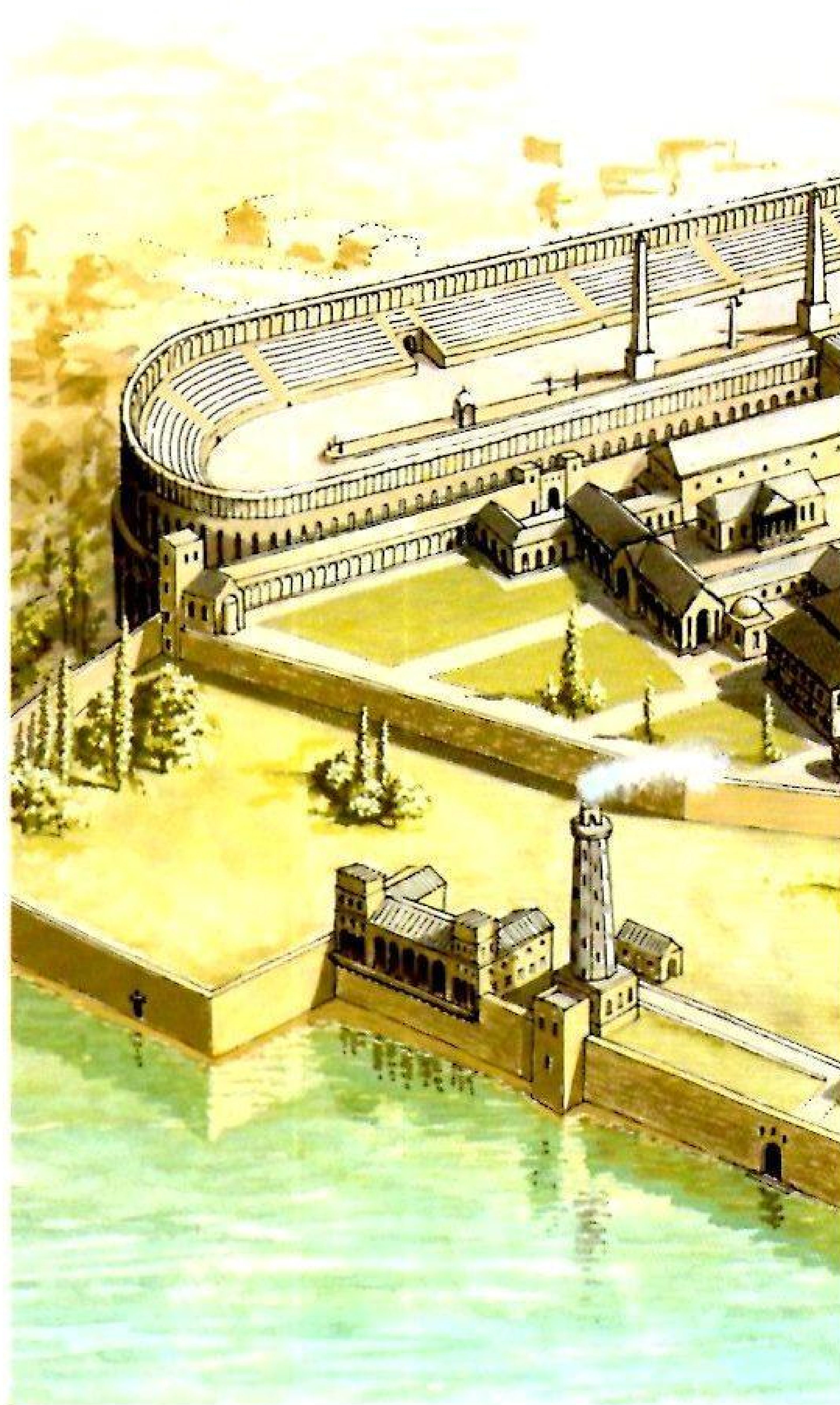
ción del molino de agua para moler harina, lo que permitía que poca mano de obra produjese el suministro de alimentos adecuado.

**Condiciones sociales.** La población urbana, más abundante en oriente que en occidente, era una pequeña parte del total. Roma y Constantinopla tenían, quizás, medio millón de habitantes cada una, Alejandría más o menos la mitad y Antioquía algo menos. Otras ciudades eran pequeñas de acuerdo con el nivel actual, pero estaban profusamente decoradas y contaban con numerosos servicios para sus habitantes. Hacía tiempo que estos habitantes urbanos habían perdido sus derechos políticos, pero podían hacer sentir su opinión mediante disturbios o aclamación popular. Los gritos rítmicos, con frecuencia manejados por claques profesionales, estaban a la orden del día: el pueblo lo usaba en el hipódromo de Constantinopla para comunicarse con el emperador y figuraban en los mítines del senado y concilios de la Iglesia. La opinión individual se mezclaba con la voz simple y potente de la muchedumbre, una imagen de la época que se puede apreciar también en el arte.

Las aclamaciones reflejan frecuentemente la brutalidad y violencia de una época en que la tortura y la muerte en la hoguera eran habituales, al menos para quienes no tenían cargos importantes. La Iglesia, al igual que las turbas urbanas, también cuenta con ejemplos de los cuales quizás el más horripilante tuvo lugar durante el Concilio de Éfeso, el año 449. Los padres en asamblea gritaron: «Tal como él divide, que sea dividido», contra un obispo ofensor que defendía la distinta naturaleza de Padre e Hijo, y lo hicieron pedazos.

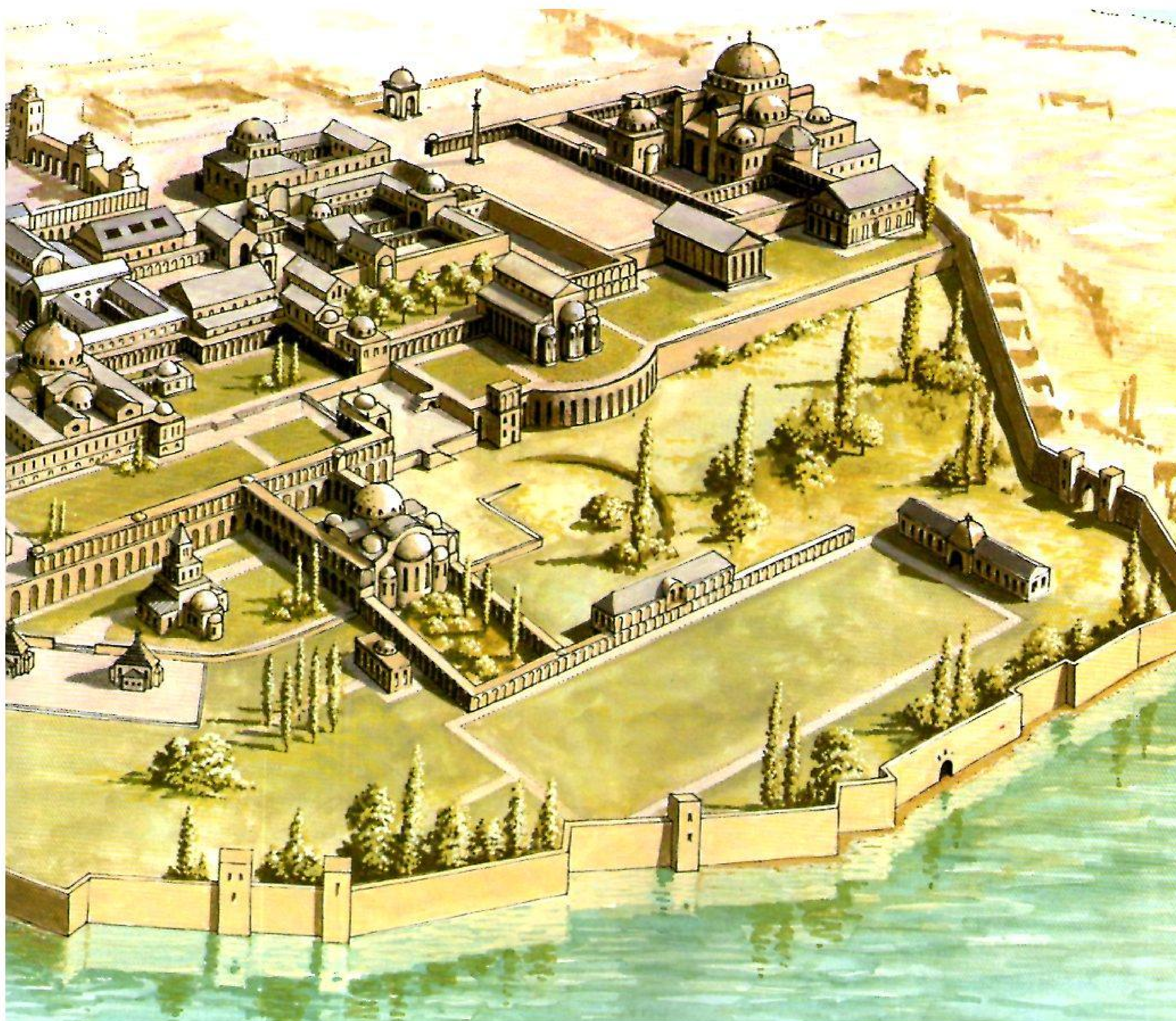
Las gentes de finales de la antigüedad eran muy religiosas y supersticiosas. Estaba muy en boga la astrología, la adivinación y la magia, que gozaba de gran influencia en las altas esferas. Julián el Apóstata se convirtió al paganismo cuando se enteró de un milagro, por el cual la estatua de Hecateo sonrió y las antorchas que llevaba en sus manos se encendieron. Más notorio fue un complot, urdido bajo Valente, por el cual los conspiradores preguntaron a un artilugio parecido a una tabla de *ouija* quién sería el próximo emperador. Cuando respondió con las letras TEO creyeron que había nombrado a uno de ellos, Teodoro, que fue aprehendido, confesó bajo tortura y fue ejecutado. El gobierno, entonces, demostró su fe en las artes adivinatorias llevando a cabo una gran persecución de magos y filósofos. Irónicamente, el aparato tuvo razón, porque el siguiente emperador fue Teodosio.

El cristianismo tenía muchos aspectos sobrenaturales y los santos milagrosos, normalmente monjes al margen de



*Arriba:* El Gran Palacio de Constantinopla. Centro neurálgico del imperio, este gran complejo de edificaciones constaba de palacios, salones de recepción, oficinas e iglesias. Adjuntos estaban el hipódromo, la casa del senado, la plaza principal y la catedral. Todo fue restaurado por Justiniano después de la rebelión de Nika. Según Vogt.

*Página siguiente:* Colapso de la antigüedad. Estatua de la victoria yaciendo sobre las arenas del norte de África, en Leptis Magna.





la Iglesia establecida, adquirieron gran influencia en el país. La religión era el consuelo activo del pueblo, consciente siempre de un mundo en el más allá. La Iglesia se parecía al estado con sus patriarcas, sus arzobispos en las capitales de provincia y obispos en cada ciudad, su burocracia administrativa, sus tribunales y sus grandes posesiones de tierras. Al igual que el estado, proveía de servicios públicos –hospitales, asilos para pobres y para ancianos y hostales– y su política y doctrina despertaban las emociones más profundas, motivo de mucha sedición y desunión a medida que las gentes sentían amenazada su vida futura por una doctrina errónea.

Tanto los cristianos como los paganos o los judíos estaban protegidos por un ejército de unos 650.000 hombres, más de la mitad en el este, mandados por comandantes de infantería y caballería subordinados directamente al emperador. Más de la mitad del ejército eran guardias fronterizos, asentados en fuertes y utilizados para retener al enemigo hasta que el pequeño, pero superior ejército de campaña, alojado en la ciudad, pudiese entrar en acción. Los soldados eran reclutados obligatoriamente entre la población rural (excepto esclavos y siervos de la gleba), y por servicio hereditario. Pero también se empleaba a gran número de bárbaros y el imperio no dudó nunca en utilizar la diplomacia o el soborno para su defensa. La tropa, que recibía salarios regulares y bonificaciones especiales, disfrutaba de un nivel de vida más alto que la mayoría del campesinado.

La sociedad en su conjunto era considerablemente uniforme: el sistema educativo infundía la misma cultura en todas partes, las ciudades tenían el mismo tipo de edificios, villas similares y los pueblos adornaban el campo. Las lenguas predominantes eran el griego y el latín, universales entre las clases cultas pero en buena parte de oriente se hablaba el siríaco o el copto y el celta estaba muy extendido en occidente. Sin embargo, todo el mundo se consideraba romano y compartía los beneficios de la transformación de la cultura clásica. En el este, la situación política permaneció estable hasta la época de Justiniano, en que tensiones excepcionales causaron importantes cambios, la culminación del desarrollo anterior y el reflejo de la personalidad del dirigente.

**El reinado de Justiniano.** Justiniano era hijo de un campesino ilirio, ascendió hasta ocupar altos cargos en el ejército y llegó a emperador. Estaba orgulloso de su latín y obsesionado con el ideal del Imperio Romano. Gran trabajador, dormía poco y prestaba mucha atención a los detalles. Escogió bien a sus ministros y generales y se propuso restablecer la gloria de Roma y construir para la posteridad. Le ayudó en su trabajo Teodora, su esposa, antigua actriz y prostituta, hija de un cuidador de osos en el hipódromo, cuyo gran carácter infundió al régimen un fuerte tono moral.

El emperador confiaba también en su prefecto pretoriano, Juan de Capadocia, cuya despiadada recaudación de impuestos respaldaba los proyectos de Justiniano, pero provocó desastrosos disturbios. Los Azules y los Verdes, las populares facciones en torno a las cuales se organizaban las carreras en el hipódromo, se unieron en sedición e incendiaron buena parte del centro de Constantinopla. La sedición fue sofocada gracias a la determinación de Teodora y a la resuelta acción del general Belisario, cuyas tropas masacraron 30.000 insurgentes. Después de esta explosión de la válvula de seguridad que vinculaba emperador y pueblo, la población de Constantinopla permaneció quieta durante generaciones. Recuerdo tangible de la rebelión es la iglesia de Santa Sofía, edificada para sustituir a la antigua catedral, que fue destruida.

Quizás este reinado sea más conocido por las ambiciosas campañas con las cuales Justiniano esperaba restablecer el Imperio Romano. Aprovechando la decadencia de los estados bárbaros sus ejércitos, mandados por Belisario, conquistaron rápidamente África, Sicilia e Italia, pero a los triunfos iniciales siguieron sublevaciones y guerras largas que arruinaron las provincias recién conquistadas. También se tomó parte de España y se aseguró la supremacía imperial en el Mediterráneo.

Se hicieron grandes cambios en la administración para aumentar la eficiencia y reducir la corrupción. La codificación de la ley romana en el año 529 fue una consecución importantísima, aunque la mayoría de las reformas fueron efímeras. A principios del reinado, una abundante legislación atacaba la venta de cargos, regulaba la moral y reformaba la administración provincial, pero no se creó ningún sistema para llevarlo a cabo. La vida municipal alcanzó un nuevo nivel de decadencia ya que, finalmente, se abandonó el esfuerzo de mantener los ayuntamientos y se encargó la administración a obispos y terratenientes, con frecuentes supervisiones e interferencias de los gobernadores. Al reconocer la supremacía de la iglesia y del campo, Justiniano acabó con la antigua autonomía municipal, que había dejado de tener sentido, y los obispos asumieron el papel preponderante en las ciudades, que mantendrían durante la Edad Media. Generalmente, la vida urbana estaba en declive, a medida que las ciudades fueron sustituidas casi completamente por pequeñas fortalezas en occidente, y sufrieron una gran disminución de sus recursos en todas partes a medida que aumentaban las demandas del gobierno. La peste del año

542 fue especialmente destructiva, ya que durante una generación asoló el imperio y diezmó la población.

También se acabó otra antigua tradición ya que el emperador, en su persecución de la herejía y del paganismo, clausuró las escuelas filosóficas de Atenas, si bien dejó que los paganos enseñasen en Alejandría. La ortodoxia se imponía en todas partes, pero la Iglesia triunfante tenía un maestro tenaz en Justiniano, que participaba directamente en debates teológicos y ejercitaba la misma autocracia sobre la Iglesia que sobre el estado.

Las ambiciones de su reinado se reflejaron en el programa de edificaciones, que dejó su huella en todo el Mediterráneo. Santa Sofía es la obra más importante, pero las iglesias de Ravena, Éfeso y Jerusalén también eran espléndidas, y la amplia red de fortificaciones a lo largo del Danubio y de las fronteras orientales significaron un gran esfuerzo para conseguir seguridad y prosperidad para las provincias. Sin embargo, todos esos esfuerzos obtuvieron sólo resultados parciales; si bien Egipto y Siria eran florecientes, los Balcanes se veían asolados constantemente y en buena parte del Asia Menor causaba estragos el bandolerismo, mientras que las nuevas provincias occidentales estaban exhaustas a causa de las guerras.

El derroche en edificaciones y conquistas agotó pronto las inmensas reservas que había dejado Anastasio. Las conquistas dieron pocos beneficios y el estado sólo podía permanecer solvente aumentando los impuestos y la severidad en su recaudación y eliminando la sangría que causaba la corrupción hasta donde fuese posible. El campesinado, sobre el que todavía recaía la carga, no cesaba de sufrir la opresión y el mal gobierno, lo que provocó importantes rebeliones en algunas áreas.

Justiniano consiguió, hasta cierto punto, restablecer el imperio: a su muerte Italia, Sicilia, África y parte de España eran romanas de nuevo, pero el costo había sido enorme. Sin embargo, el imperio tuvo recursos para llevar a cabo las conquistas, las edificaciones y para mantenerse a sí mismo contra los persas, hasta que fue drásticamente debilitado por la peste. Después de ella, los ejércitos eran mucho más reducidos: sólo 150.000 hombres defendían todo el imperio, y hubo que depender mucho más de los bárbaros y de la diplomacia. El estado se empobreció relativamente y se paralizaron las grandes obras.

**El fin de la antigüedad.** El trabajo de Justiniano se hundió después de su muerte en un nuevo movimiento de pueblos. En el año 568 los lombardos descendieron sobre Italia e invadieron rápidamente el norte; las sublevaciones de los moros en África redujeron el control romano a una red de pequeñas fortalezas; los ávaros se desplazaron a las llanuras húngaras y emprendieron ataques devastadores sobre los Balcanes y Grecia, en donde se habían asentado sus aliados, los eslavos, y empezó una nueva y larga guerra con Persia. Sólo una drástica reducción de gastos, muchos de ellos del ejército, pudo mantener la solvencia económica.

Mauricio hizo un serio intento de salvar la situación. La guerra con Persia tuvo un final satisfactorio, después de la rebelión se puso en el trono a un aliado romano, se pacificó África y se colocó un nuevo gobierno tanto allí como en Italia en el que los más altos funcionarios, llamados exarcas, controlaban tanto el gobierno civil como el ejército, aunque las ciudades italianas ya estaban devastadas y despobladas a causa de las constantes guerras. La amenaza de los ávaros preocupaba especialmente a Mauricio, que emprendió una serie de ataques, pero las necesidades de la economía le obligaron a hacer que las tropas permaneciesen más allá del Danubio durante el invierno. Esto provocó una rebelión encabezada por Focas, Mauricio fue depuesto y ejecutado y, al cabo de pocos años, se vino abajo toda la trama del imperio.

El corto reinado de Focas vio el inicio de desastres sin precedentes. Los Balcanes y Grecia fueron invadidos y apartados del control imperial. El persa Cósroes, erigiéndose en vengador de Mauricio, llevó sus fuerzas hasta el otro lado de la frontera y en pocos años anexionó a sus dominios Siria, Tierra Santa y Egipto y devastó Asia Menor hasta tal punto que nunca se recuperó. Para dar testimonio de su triunfo, se llevó la Santa Cruz de Jerusalén, y muchos creyeron que había llegado el fin del mundo. Hasta cierto punto tenían razón porque nunca más se recobraría la civilización clásica en el Mediterráneo. Focas fue asesinado pronto y le sucedió Heraclio, el cual en una serie de campañas brillantes derrotó a los persas y recuperó las provincias orientales sólo para verlas caer una década más tarde a manos de un nuevo y más mortífero enemigo: los árabes. A finales de siglo sus conquistas habían segregado las costas del sur y del este del Mediterráneo de la civilización clásica, a la cual habían pertenecido durante un milenio.

El imperio, reducido al Asia Menor, a parte de los Balcanes y a conquistas de Justiniano, entró en una nueva era de su existencia. La rica variedad de fines de la antigüedad, el Imperio Romano que se había extendido por todo el Mediterráneo, la vida ciudadana en la cual se había basado su civilización y su organización, llegó a su final y empezó la era bizantina.

# Haciendas y villas

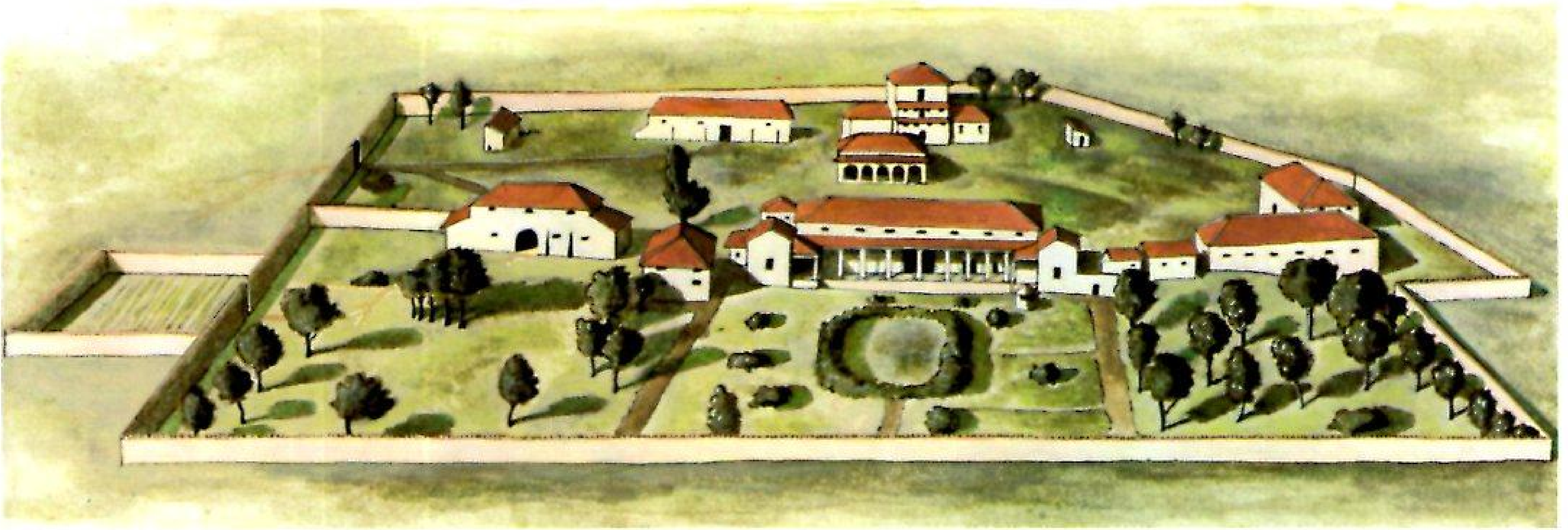


Una de las características más sorprendentes de finales de la antigüedad fue el crecimiento de grandes haciendas, favorecido por las condiciones económicas y sociales de la época, y por la expansión del gobierno. Se creó una nueva y vasta clase dirigente que se enriqueció en el servicio al gobierno pero especialmente por las oportunidades de corrupción que ofrecía. Esta riqueza se invertía habitualmente en tierras, dando como resultado la expansión de las haciendas existentes y la creación de otras nuevas.

Las grandes propiedades eran especialmente importantes en occidente, sobre todo en Galia, en donde los turbulentos acontecimientos del siglo III habían asestado un golpe fatal a la vida ciudadana y provocado una inseguridad que hacía que el campesinado se desplazase desde granjas y asentamientos diseminados, para agruparse en pueblos dentro o cerca de grandes haciendas. Quienes tenían capital compraban vastas extensiones de tierra y preferían vivir en ella, lejos de las atestadas y escuálidas ciudades. Estas haciendas tomaban preponderancia en la economía local y se convertían en centros de producción para artículos tales como vestido, cerámica y herramientas. A medida que las ciudades declinaban y los estados se hacían más autosuficientes, regiones enteras quedaban económicamente descentralizadas.

La base económica del imperio era la agricultura; la prosperidad del estado dependía de los ingresos procedentes de los campesinos que trabajaban la tierra. Si bien sobrevivían en cualquier parte pequeños minifundistas independientes, la mayor parte del campesinado estaba formada por siervos, que se convertían en *coloni*, sin derecho a vender sus propiedades ni a abandonar la tierra, y que tenían obligaciones para con el estado y los propietarios.

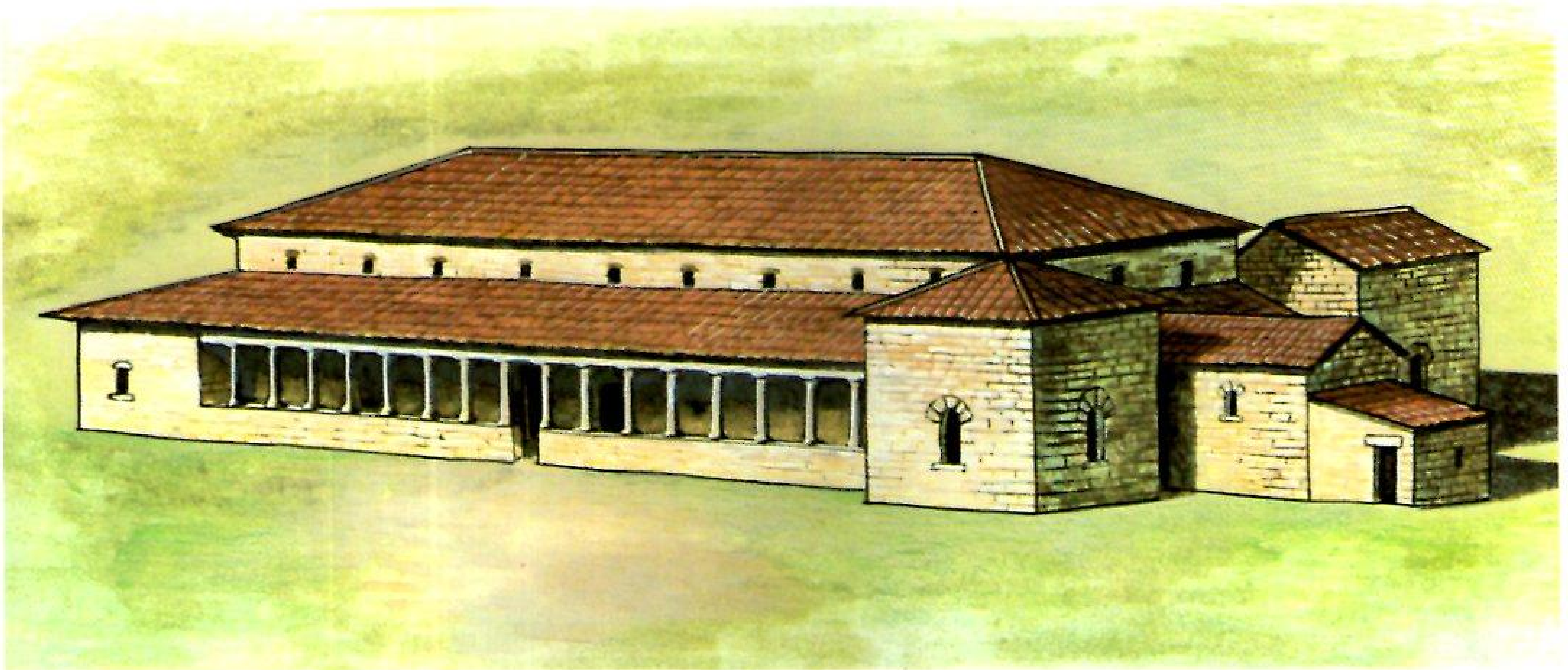
Tanto los campesinos como los terratenientes vivían en ha-

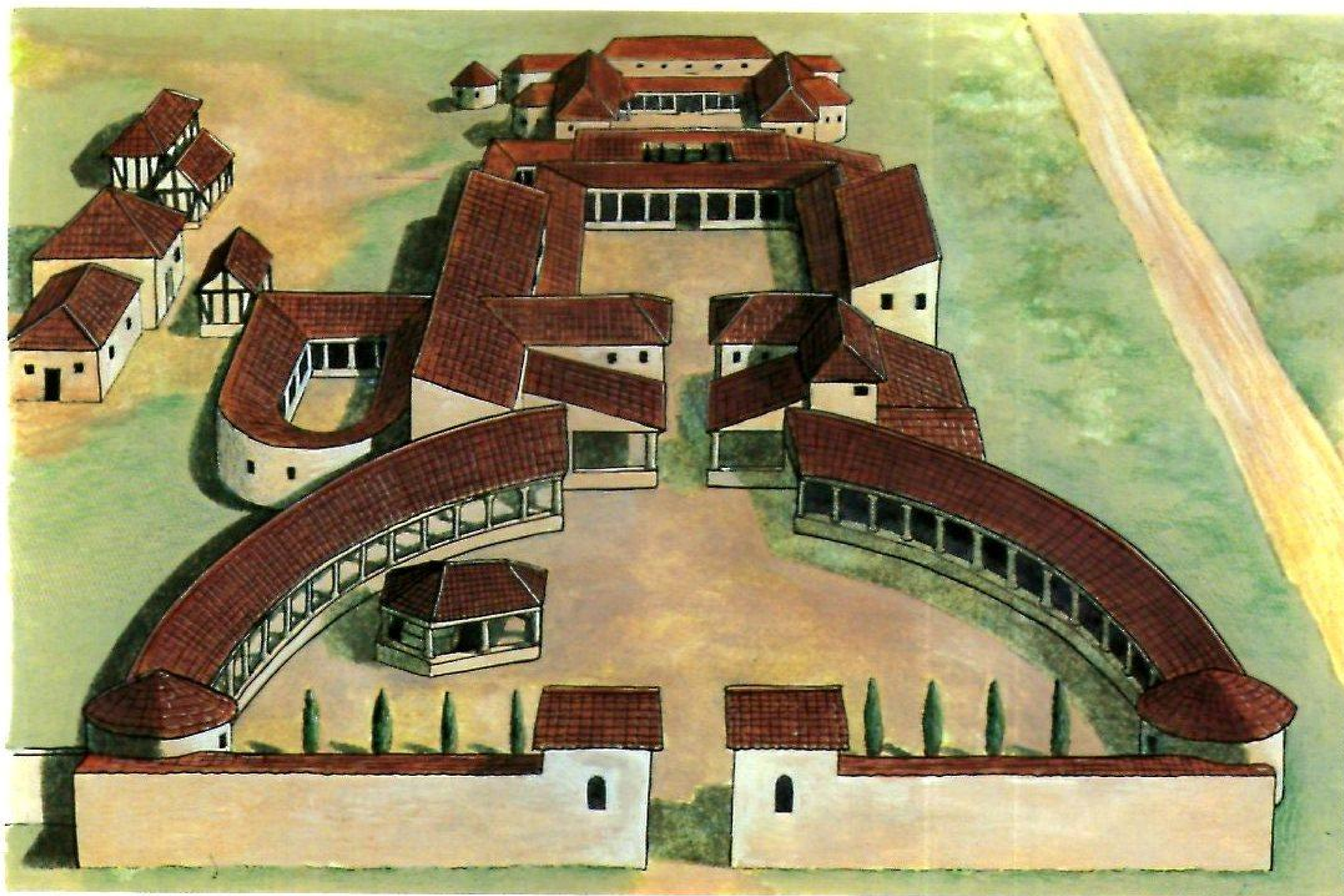


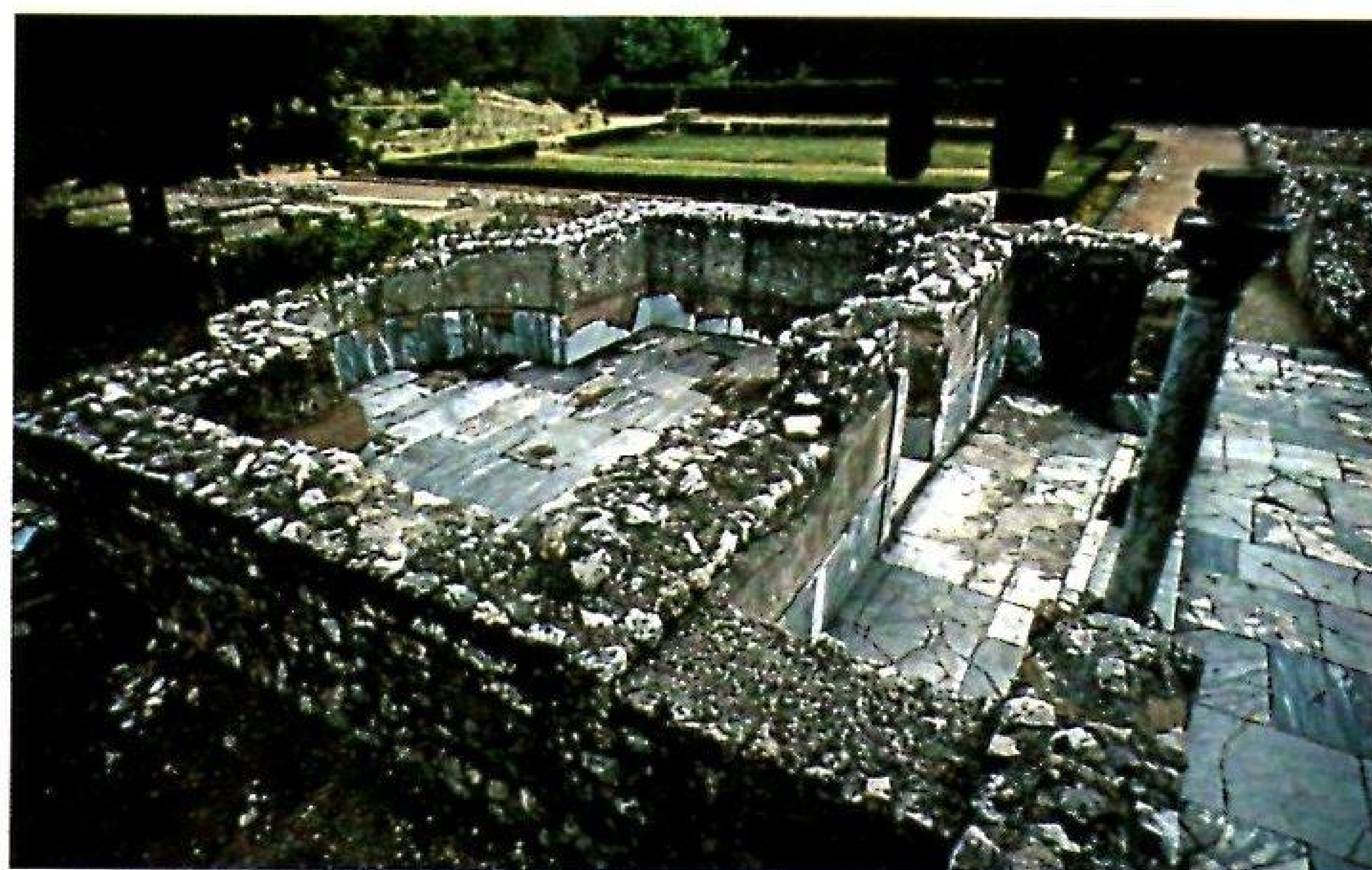
ciendas cuyo centro era la villa. Naturalmente, la mayoría eran extensas granjas, pero muchas estaban formadas por un complejo de edificaciones de gran lujo. En occidente, con frecuencia estaban rodeadas de dependencias para vivienda, producción y almacenamiento, pero en oriente, con el florecimiento continuo de la vida ciudadana, era habitual la ausencia de los propietarios, de tal manera que se encuentran con más frecuencia mansiones lujosas en las ciudades que villas en el campo. La arqueología ha descubierto gran número de ellas de todos tipos, que nos ofrecen una visión importante de las condiciones sociales y económicas de la época.

*Arriba:* Una villa clásica: Mungersdorf, cerca de Colonia, del siglo IV. El edificio principal (*abajo*) era del tipo habitual, con una galería en la fachada. Delante de él, un jardín; a su izquierda un granero; cerca de la casa un taller, con establos a la derecha. Detrás, el alojamiento de los trabajadores, un redil, una pocilga, un granero alto y cobertizos. Todo el complejo representa una granja importante y probablemente autosuficiente. El área amurallada constaba de unos 10 acres. Reconstrucción según H. Mylius.

*Página anterior:* La vida en una gran hacienda. Este mosaico del siglo IV de Cartago muestra la villa de un tal Julio. La casa del centro está fortificada con gruesos muros y torres; la mansión principal está detrás de la galería, en el primer piso, con una casa de baños abovedada detrás. A izquierda y derecha, escenas de caza del dueño. Arriba, *coloni* llevan regalos a la señora del feudo, sentada en un banco de un parque, junto al gallinero; a la izquierda, niños que recogen aceitunas; a la derecha, el *colonus* recoge su rebaño. La choza de cañas del fondo representa la típica casa del arrendatario. Museo Bardo.



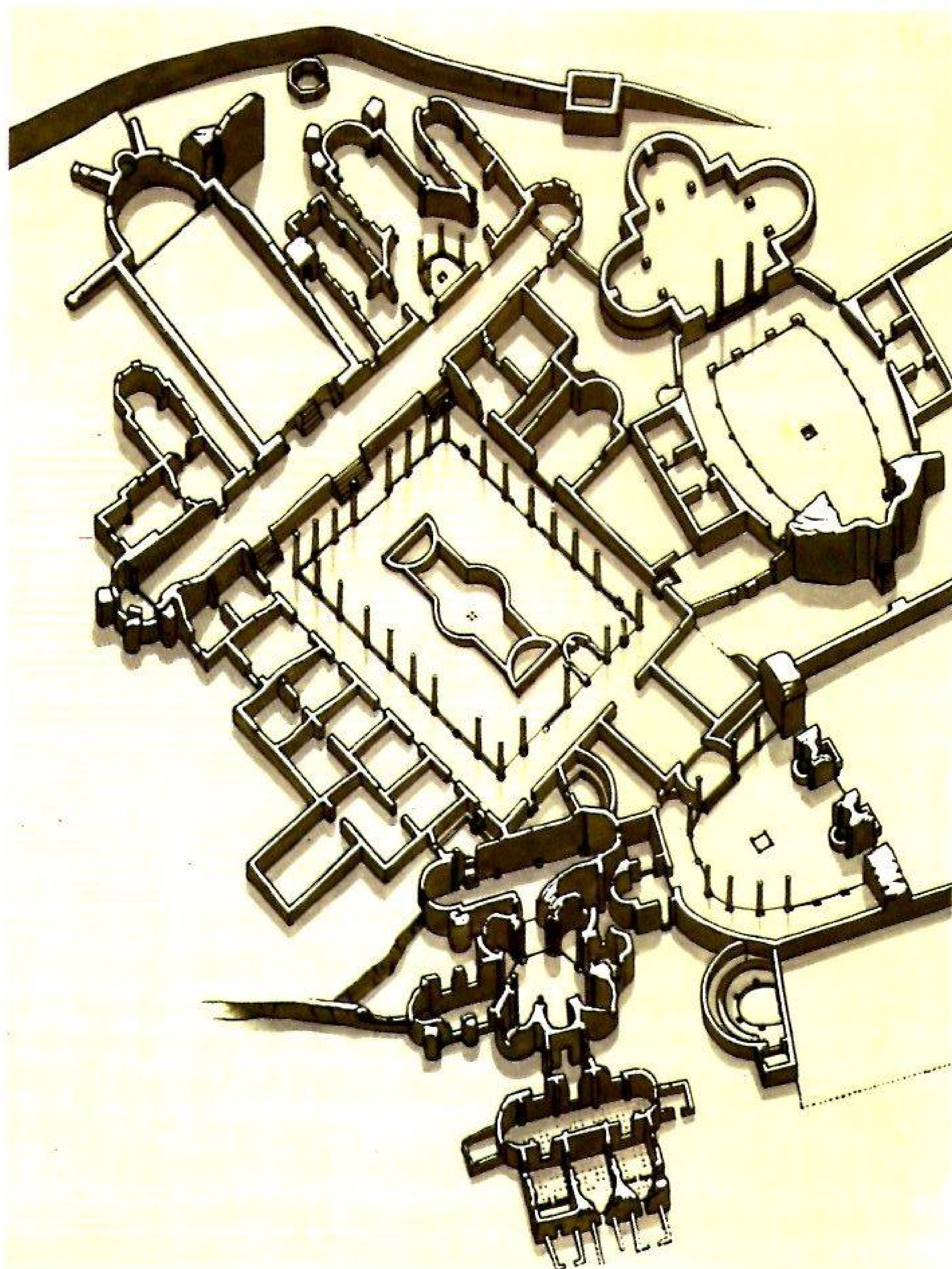




*Página siguiente:* El señor de la mansión en la plaza Armerina, en Sicilia. El personaje de más edad y más serio, apoyado sobre su bastón de mando, ha sido identificado de distintas maneras, en ocasiones como el emperador Maximino, que abdicó en Diocleciano el año 305. En esta escena se le ve entregado a la meditación, mientras que sus dos guardias armados vigilan el transporte, en carretas de bueyes, de la caza cobrada. Forma parte de un mosaico de más de 60 m de longitud en el corredor anterior a la sala de audiencias.

*Dibujo superior:* Una villa de gran lujo en Montmaurin, al sur de Francia. Construida a principios del siglo IV para sustituir las estructuras destruidas por los germanos alrededor del año 276, la villa estuvo ocupada hasta que fue incendiada por los vándalos en el año 408. El patio semicircular de la entrada contenía un altar pagano, algo habitual aunque en otras villas se incluían capillas cristianas. Detrás, un peristilo con salas de espera, comedores y cocinas daba acceso a un tercer patio en el que se hallaba una glorieta con estanques para mantener los peces vivos hasta que fuesen consumidos. Las paredes de las habitaciones principales estaban recubiertas de mármol o pintadas imitándolo. Los baños (*arriba*) estaban a la izquierda, en el edificio adyacente y los talleres al fondo.



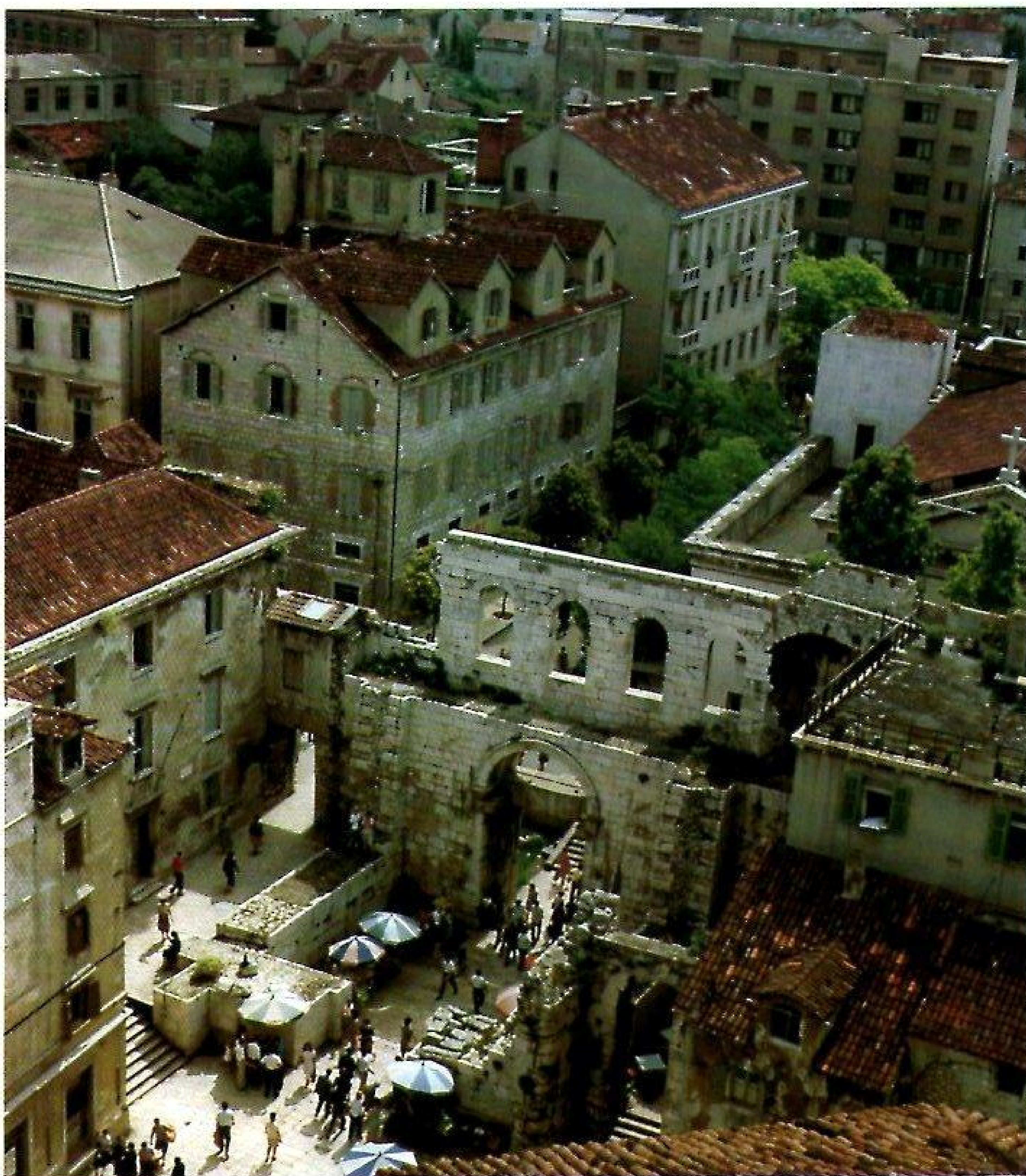


*Izquierda:* Palacio de principios del siglo IV en la plaza Armerina de Sicilia. Esta villa o pabellón de caza, una de las más espléndidas del imperio, quizás perteneció a un senador romano. Tiene un área de más de tres acres y los suelos estaban decorados con más de un acre de excelentes mosaicos. Los aposentos están distribuidos jerárquicamente. Los visitantes entraban a través del vestíbulo semicircular, en la parte inferior, a la derecha, continuaban por el gran jardín con columnas, flanqueado de alojamientos, hasta el salón de audiencias absidal. Cada nivel era más alto que el precedente. A la derecha del gran salón estaban los aposentos privados, con dormitorios y comedor y a la derecha del jardín, el ala ceremonial con un patio ovalado y un comedor triple. Cerca de la entrada hay un complejo de baños. El conjunto, que recuerda la villa de Adriano en Tívoli, representa el final de una larga serie de villas a campo abierto; en el futuro serían fortificadas. Según Gismondi.

*Abajo y página siguiente:* Pasatiempos de los ricos. Escenas de caza. Mosaicos de la plaza Armerina.

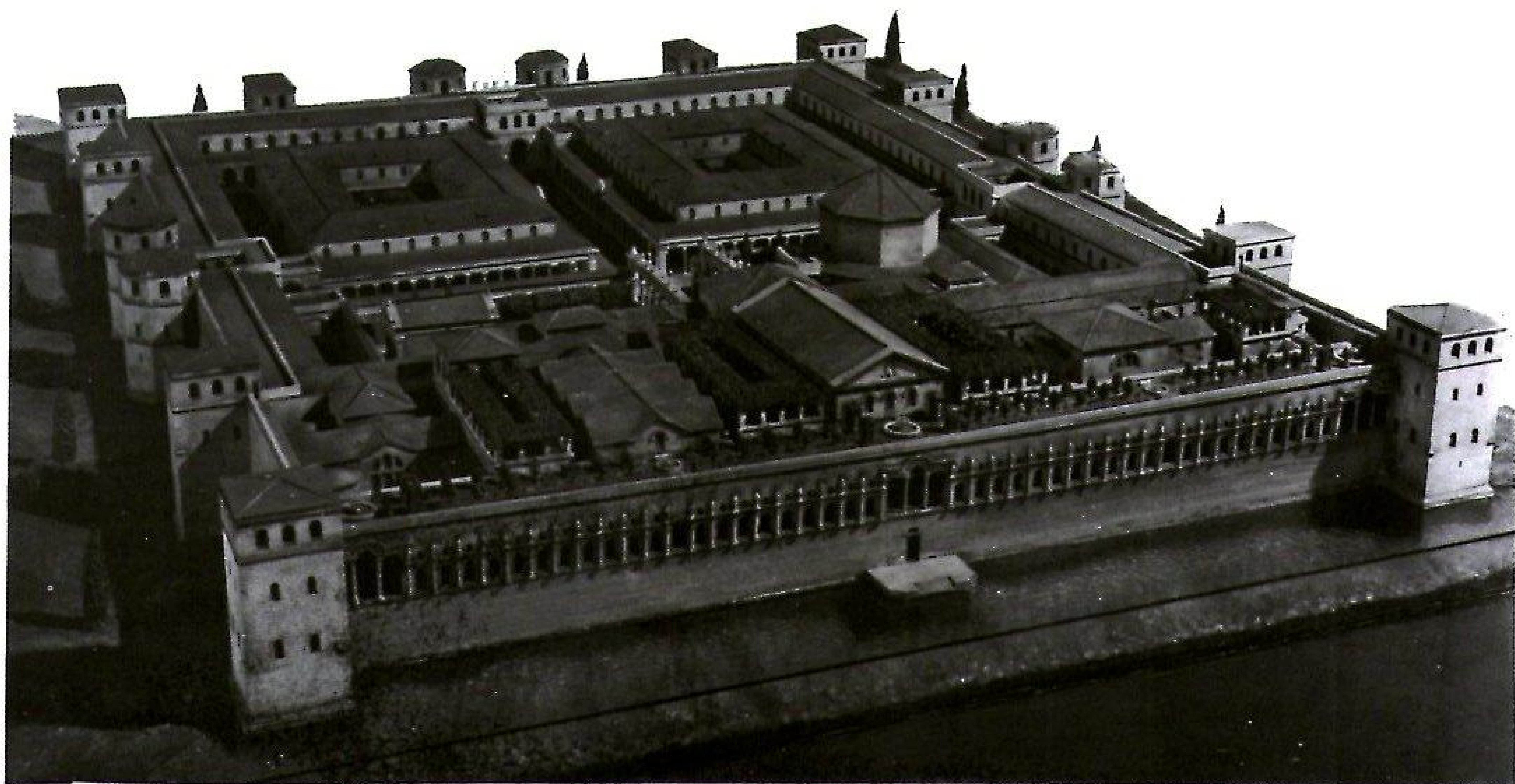




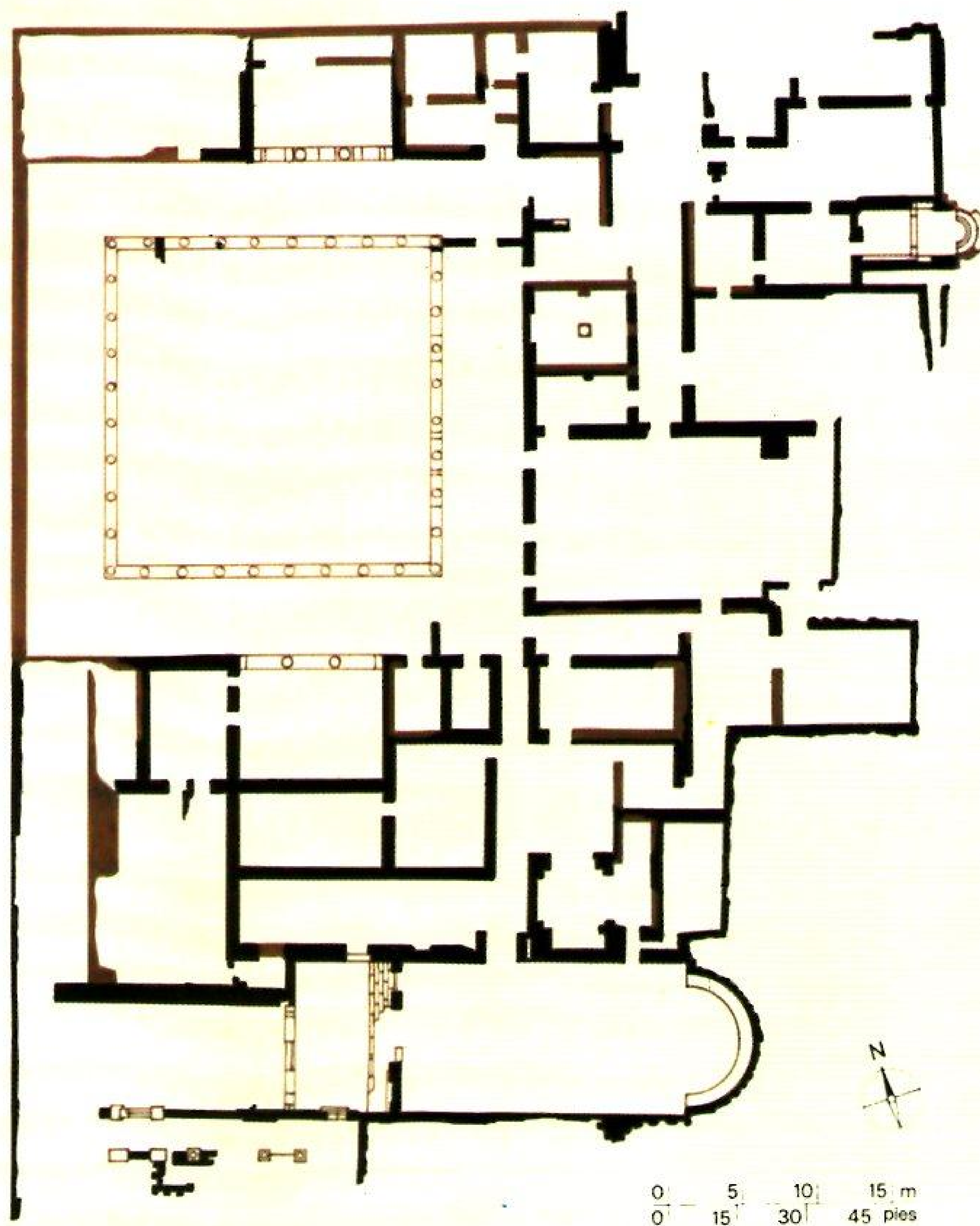


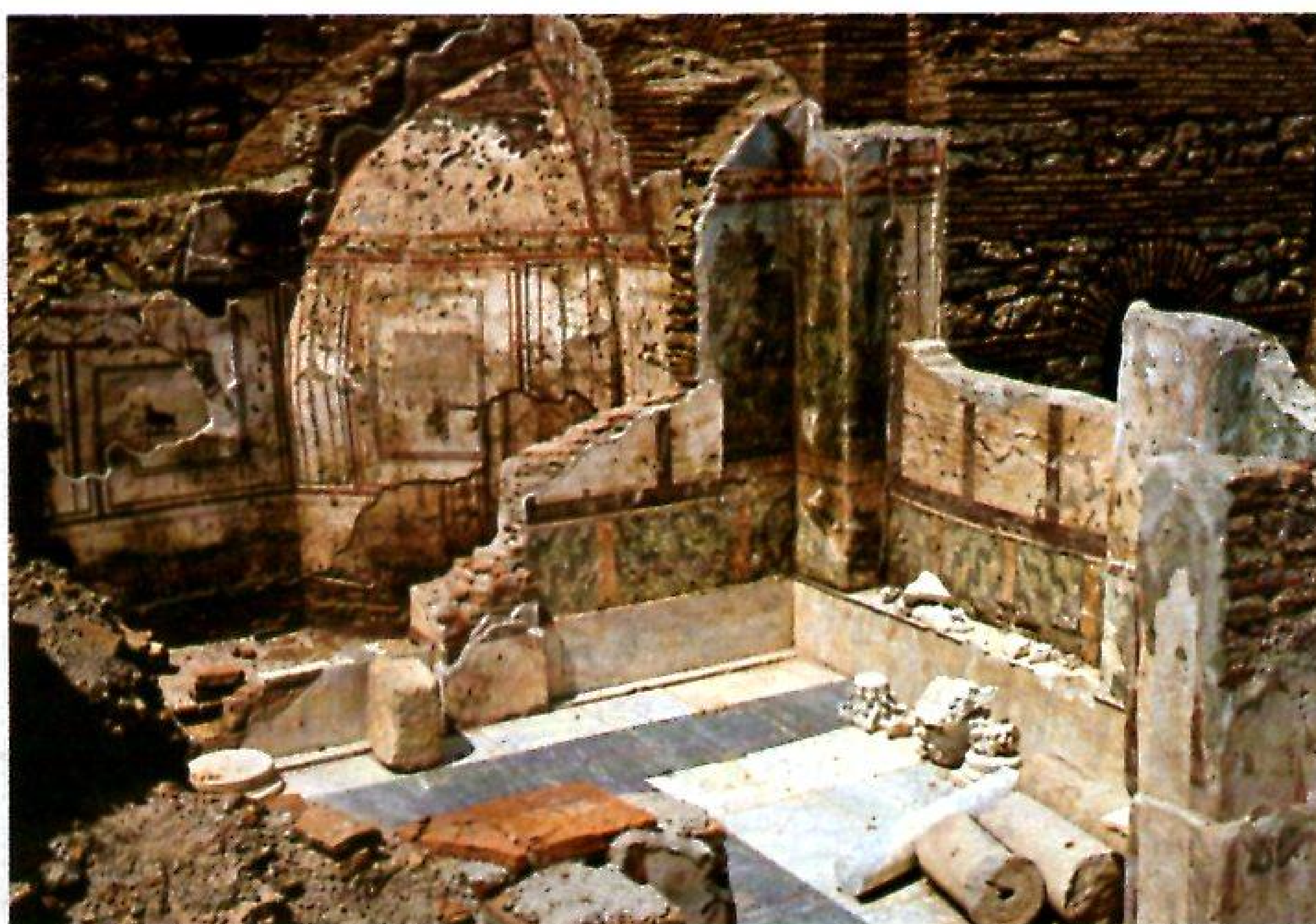
*Izquierda:* Palacio de Diocleciano en Dalmacia, tal como es hoy. Durante las invasiones eslavas de los siglos VI y VII, los gruesos muros del palacio proporcionaron refugio a la población local y la ciudad creció dentro de ellos. El área amurallada, de unos siete acres y medio, daba cobijo a unos 3.200 habitantes en 1926 y da idea del aspecto de muchas de las ciudades del último imperio.

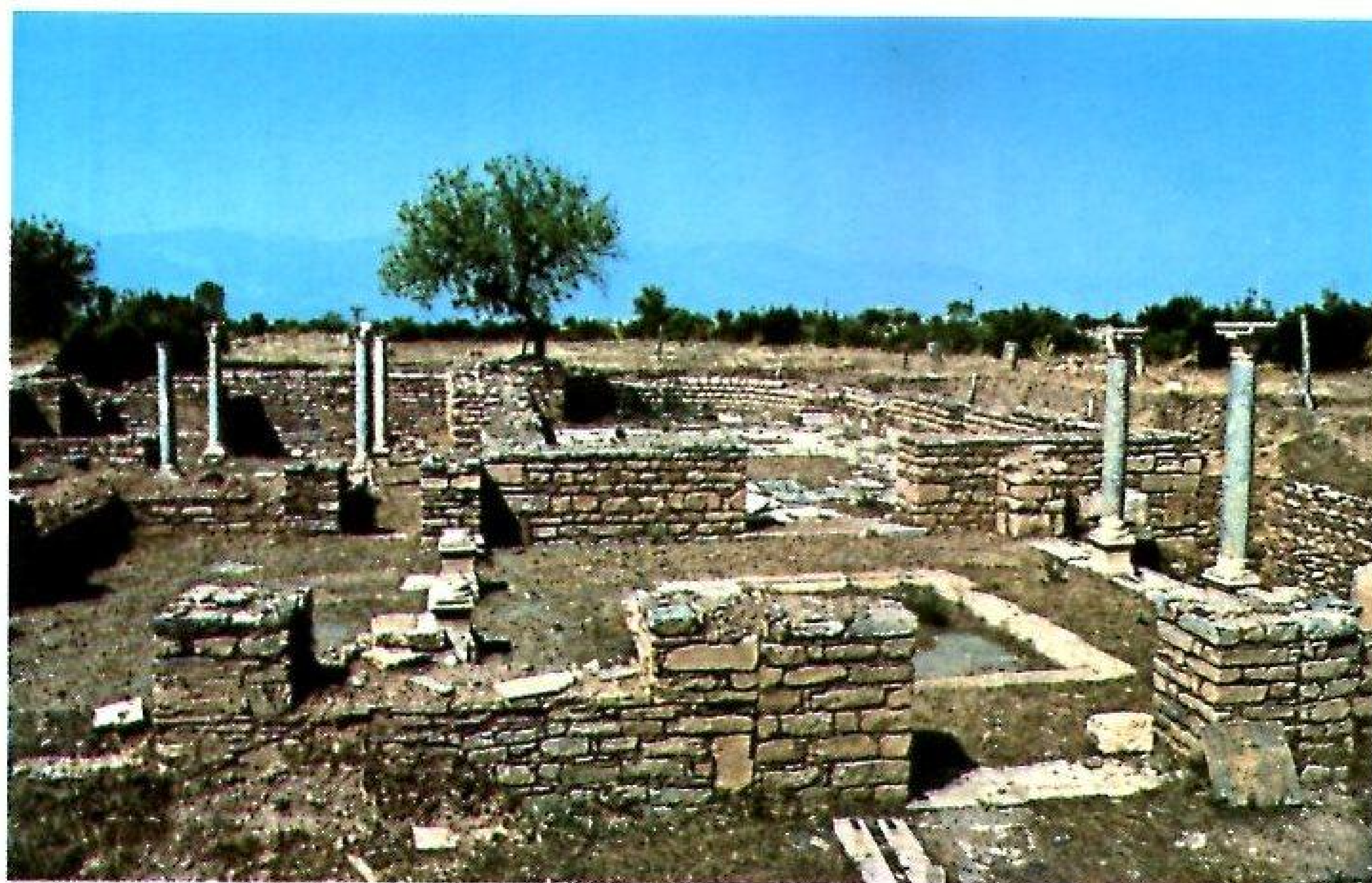
*Abajo:* En esta maqueta se ve claramente el plano de la villa fortificada a la cual se retiró el emperador Diocleciano en el año 305. El complejo estaba dividido, al igual que un campamento, por dos calles principales, ambas con columnas. La que salía del norte dividía los dos grandes bloques de alojamientos del ejército y del personal y acababa en una plaza frente a la gran sala de audiencias. Al oeste de la plaza se hallaba el templo de Zeus, con un patio, y al este el mausoleo octogonal abovedado del emperador cuyos apartamentos privados, invisibles desde fuera, se hallaban en el cuadrante inferior izquierdo. El plano refleja el espíritu militar que guiaba la reorganización del imperio de Diocleciano. Mostra Augustea, Roma.



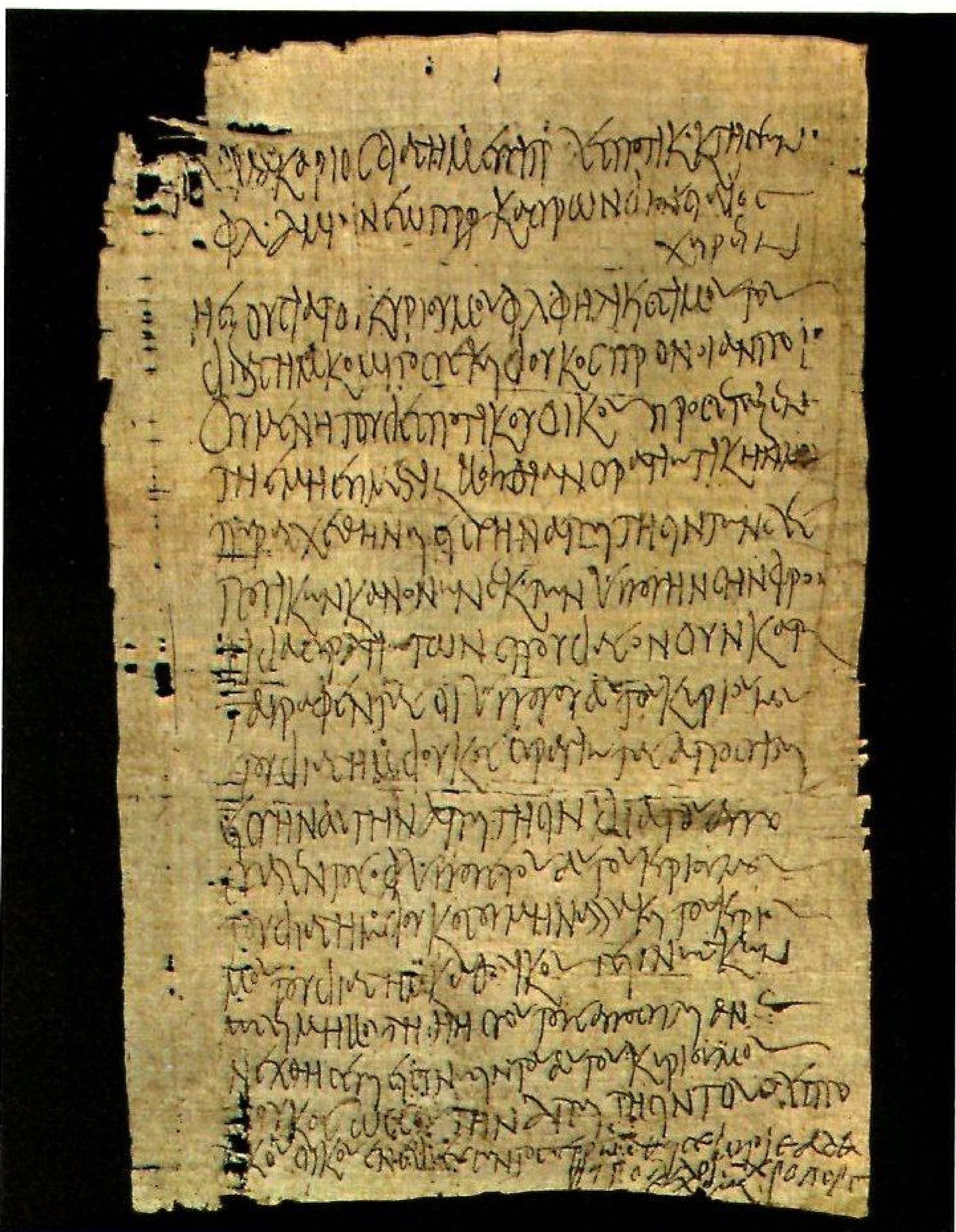
*Derecha:* Una villa en Éfeso. El plano muestra una lujosa edificación más arriba del teatro, en Éfeso, en uno de los puntos más altos de la ciudad. Se ve un peristilo de unos 30 metros cuadrados, con salones, dormitorios y comedores alrededor. La casa incluye un salón de recepciones absidal, un baño con calefacción y una capilla. *Abajo:* Todavía hoy se pueden ver los murales que decoraban la casa de baños.





*Izquierda:* Edificio similar en Afrodisia, con dos patios de columnas, en uno de los cuales se hallaba un estanque. Estas mansiones tan grandes eran poco comunes en las ciudades, en donde la mayor parte de la gente vivía en apartamentos.



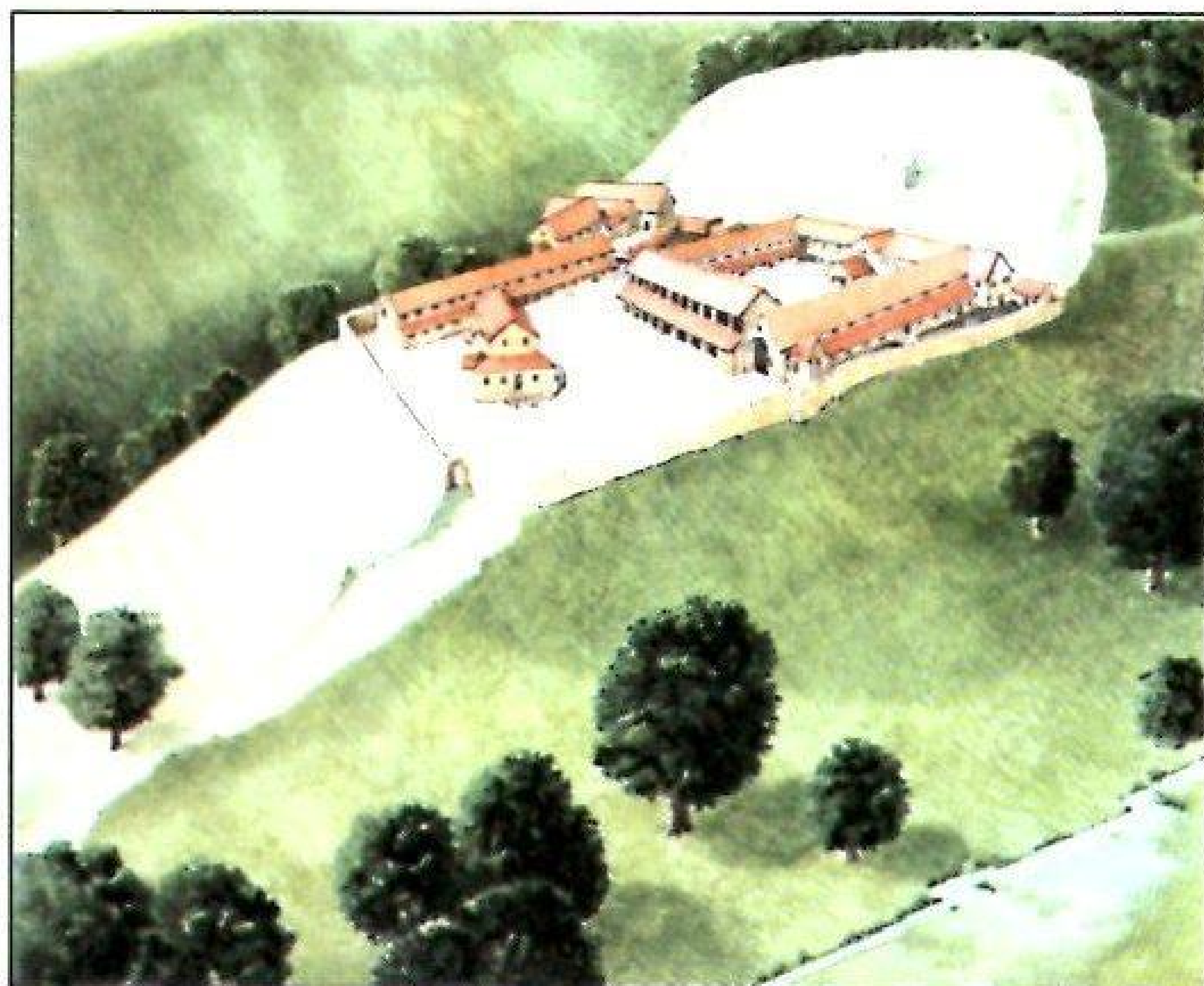
*Abajo:* Problemas de dirección del estado: un documento egipcio del año 350 aproximadamente. Carta de un director de las haciendas imperiales al comandante de la guarnición local informándole que el gobernador ha autorizado al director a utilizar un destacamento de tropas para recaudar los impuestos de las tierras imperiales; se requiere al prefecto para que envíe las tropas. Los egipcios eran especialmente famosos por su reluctancia a pagar los impuestos y allí, como en todas partes, el gobierno recurría a las formas más enérgicas de coerción para asegurarse los ingresos. Este tipo de dificultades hizo que el estado, paulatinamente, prefiriese recaudar los impuestos a través de los terratenientes. Biblioteca Británica.

# Capítulo tercero: Los monumentos de fines de la antigüedad



A la historia de finales de la antigüedad, un mosaico detallado y vívido de acontecimientos y personalidades, le falta el complemento de restos físicos. Nos podrían proporcionar una comprensión más profunda de las condiciones en las cuales vivían sus pueblos, de los acontecimientos que sucedieron y de la variedad de edificios, tipos de poblados y estilos de vida que existían en aquellos tiempos. En esta parte consideraremos los monumentos del Imperio Romano entre los siglos III y VI, comenzando por el noroeste y siguiendo geográficamente por Europa occidental, norte de África, los Balcanes y Oriente Próximo, para acabar en Egipto.

**Finales de la Gran Bretaña romana.** La remota y relativamente subdesarrollada isla de Gran Bretaña floreció a finales



*Página anterior.* Monasterio de Alahan. Casi perfectamente conservada, excepto por el techo de madera, esta basílica del siglo V es notable por su elegante construcción.

*Arriba derecha:* Santuario pagano sobre el río Severn. La capilla dedicada a Nodens, dios de la caza con poderes curativos, fue construida después del año 364. El templo está dentro del recinto. Los enfermos, esperando recibir consejo a través de los sueños, dormían en el largo edificio del fondo. Según Liversidge.

*Página siguiente:* Londres en el siglo III. La planificación rectangular de sus calles, con el foro y la basílica en el centro, es típicamente romana, pero las construcciones de madera con tejados de paja muestran las tradiciones nativas.

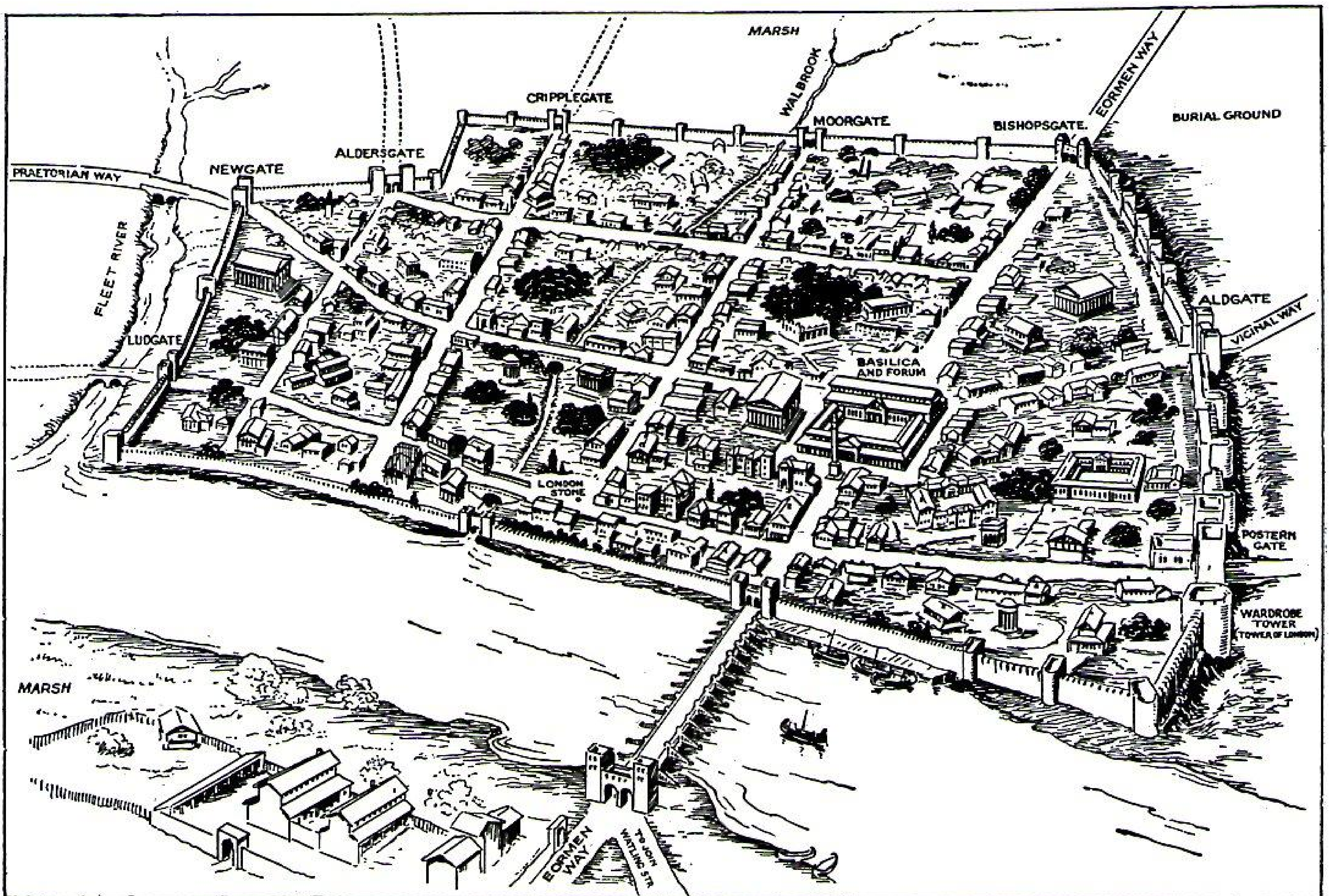
*Abajo:* Castillo de Porchester. Un fuerte de la costa Sajona construido a la cabeza del puerto de Portsmouth como parte de las defensas costeras romanas.



de la antigüedad, cuando estuvo asegurada la paz en la frontera norte por Severo y Constancio y en la costa por las fortalezas de Carausius. La prosperidad sólo se interrumpió en el año 367 d.C., cuando pictos y escoceses descendieron del norte, mientras los francos y sajones atacaban las costas. En las últimas décadas del siglo IV, cuando las tropas fueron retiradas por usurpadores para dedicarlas a otros fines en el continente, la isla quedó indefensa en un momento en que el imperio se tambaleaba bajo el ataque germano, y en el año 410 Honorio tuvo que advertir a los británicos que se encargaran de su propia defensa. Se acabó el gobierno romano directo, pero las ciudades amuralladas sobrevivieron durante algunas décadas y siguieron manteniendo una cierta semblanza con la cultura romana hasta que, gradualmente, sucumbieron ante los anglosajones.

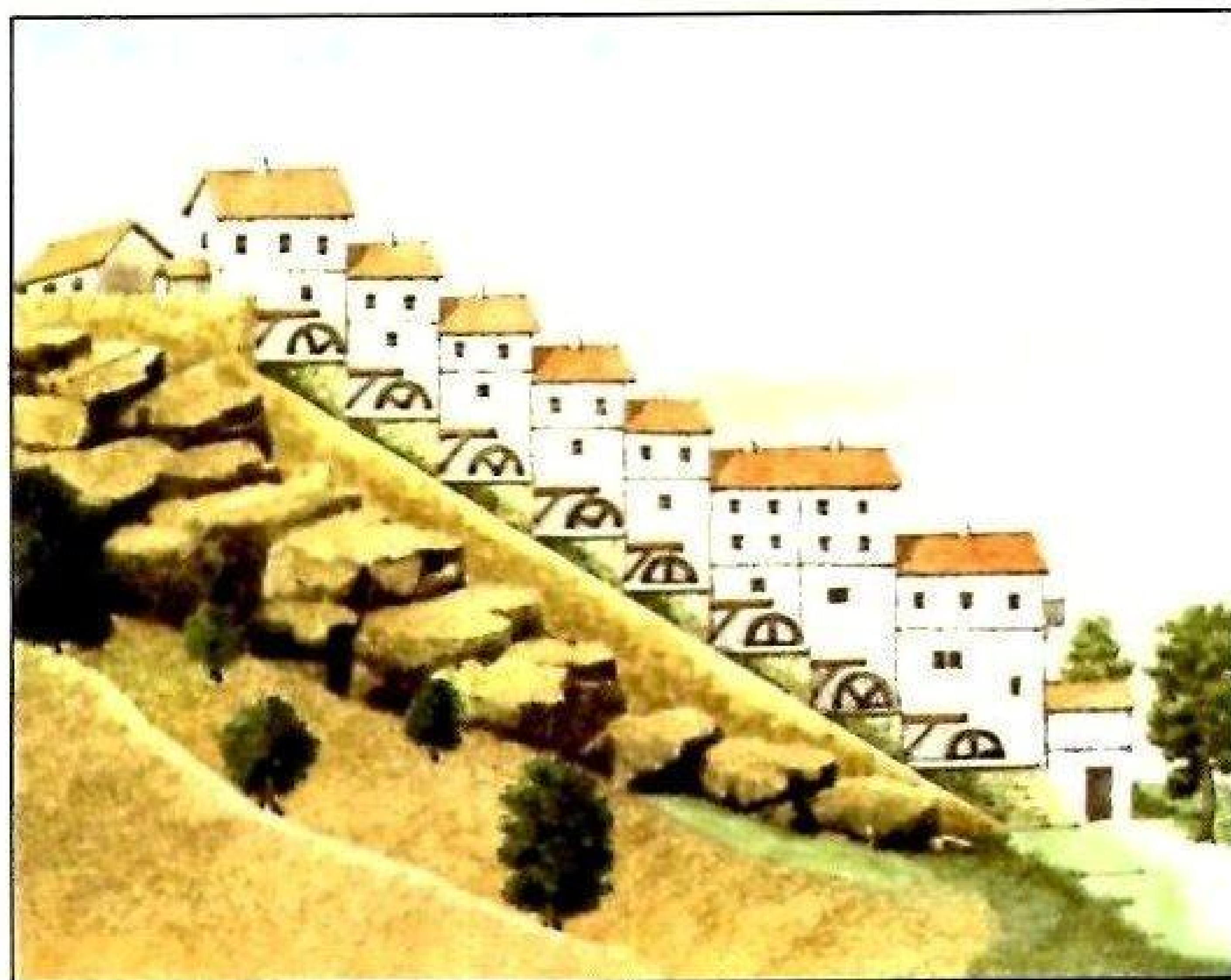
A causa de la densidad y continuidad de ocupación subsiguiente en la mayor parte de lugares, Gran Bretaña no cuenta con restos antiguos espectaculares, pero quedan suficientes para revelar con claridad la cultura que aportaron los romanos y las medidas que tomaron para protegerla. Los restos más impresionantes son las nueve fortalezas de la llamada costa sajona, una cadena que se extiende desde Norfolk a Hampshire, en su mayor parte construida o reconstruida por Carausius. Probablemente la más interesante es Richborough, con sus distintos estadios de construcción, y la más pintoresca Porchester, en donde los muros, bien conservados, de esta fortaleza rectangular, se elevan directamente desde el mar. Sus paredes, de piedra cortada netamente y de hiladas de ladrillo típicas de la época, forman un cuadrado de unos 600 pies con torres redondas para proteger los edificios y almacenes interiores.

La vida urbana, una de las grandes ventajas que aportaron los romanos también había de ser defendida; la mayor parte de las ciudades, protegidas inicialmente por terraplenes, construyeron murallas de piedra en el siglo III y fortificaciones más elaboradas, con bastiones para la artillería, hacia el final de la dominación romana. Con la notable excepción de Londres, las ciudades eran pequeñas, ocupando un área de 100 acres o menos: la mayoría de ellas crecieron en el siglo IV. Las excavaciones de Verulamium (St. Albans) revelan un desarrollo típico: en el siglo III se edificó poco, pero Constancio y sus sucesores hicieron importantes obras y se construyeron grandes casas privadas durante el siglo IV y hasta bien entrado el V.



De la misma manera, Aquae Sulis (Bath), una ciudad amurallada de finales de la antigüedad, vio la importante remodelación de sus termas de aguas curativas.

A causa de la predominancia de la agricultura en Gran Bretaña, como en todas partes, se encuentran con frecuencia restos de grandes villas y granjas. Su desarrollo en el siglo IV hizo que se extendiera por el norte el sistema de villas, muchas de las cuales se ampliaron y se añadió un gran número de suelos de mosaico de distintas calidades, lo que muestra la prosperidad de la agricultura británica. El campo también estaba salpicado de granjas aisladas y pueblos, y de santuarios a dioses paganos ya que en las provincias occidentales perduró durante mucho tiempo la lealtad a las antiguas creencias por parte de los habitantes del campo, los *pagani*, de cuya palabra se deriva la nuestra de «pagano». Por el mismo motivo, son raros los restos de cristianismo; un ejemplo notable es la capilla con pinturas murales construida en una villa de Lullingstone, en Kent.



Una factoría de finales de la antigüedad: el molino, cerca de Arlés. Dieciséis ruedas en dos filas paralelas hacían girar las piedras de molino para obtener harina que abastecía a unas 80.000 personas. Un ejemplo de la avanzada tecnología de la época.

**Galia.** Gran Bretaña nos ofrece un contraste sorprendente con las ricas provincias de Galia, que se extienden desde el Rin hasta los Pirineos. El país estaba mucho más desarrollado, pero había sufrido más duramente las invasiones bárbaras. En la década del 250 y de nuevo en el año 276 d.C. Galia, que había disfrutado de una prosperidad pacífica durante dos siglos, fue invadida por los francos y los alamanes de más allá del Rin; en los años intermedios, el estado independiente de Póstumo proporcionó la protección adecuada. Los ataques destruyeron la mayor parte de las ciudades y dejaron un peligroso legado de campesinos desposeídos y de esclavos huidos, quienes, denominándose a sí mismos «bacaudae» («el valiente»), infestaban el campo.

En tiempos de Constancio y de su hijo Constantino, que pasó muchos años en Galia, se restableció el orden, que duró medio siglo, hasta que la guerra civil dio ocasión a otro devastador ataque. La victoria del joven césar Julián contra este ataque dio como resultado su proclamación como emperador en París, cuyo estratégico emplazamiento él fue el primero en apreciar. La importancia de Galia continuó incrementándose con la presión sobre las fronteras y desde el año 365 al 375 d.C. la capital de occidente se situó en la provincia, en Tréveris. Sin embargo, a finales de aquel siglo, Galia hubo de enfrentarse a los mismos problemas que Gran Bretaña, cuando le fueron retiradas las tropas, bien por pretendientes o por el gobierno central, que necesitaba protegerse contra los godos. En el invierno del año 406, una numerosa horda de germanos cruzaron el Rin y, en esta ocasión, no había nadie para expulsarlos. Durante varias décadas se mantuvo un equilibrio inestable entre los romanos y sus nuevos vecinos germanos, que se habían establecido en el país como «aliados» del imperio. Sin embargo, gradualmente aumentó la presión germana a medida que Roma se hacía más débil, de tal manera que, para el año 475, el sur había caído ante los visigodos y, en el año 486, Clodoveo el Franco se apoderó de los últimos territorios romanos del norte.

Los abundantes e impresionantes restos de la Galia de finales de la antigüedad reflejan su riqueza e importancia, así como las vicisitudes por las que pasó. La mayor parte de las ciudades fueron arrasadas durante las invasiones del siglo III y no se recuperaron nunca, quedando reducidas a pequeñas ciudades y fortalezas defendidas por murallas, construidas con los materiales de desecho de sus orgullosos edificios y monumentos. La reducción implica una considerable disminución demográfica, consecuencia natural de décadas de invasiones, revoluciones, hambre y peste. Sin embargo, tres ciudades constituyen una notable excepción en este sombrío panorama: las residencias imperiales de Arlés, Colonia y Tréveris.

**Ciudades de Galia.** Constantino pasó la primera parte de su reinado en Arlés, la «pequeña Roma de Galia»; Constancio II celebró allí el 30 aniversario de su reinado; y bajo Honorio, cuando colapsó la frontera norte, se convirtió en la capital de la Galia. Los restos más notables de esta distinguida historia son las grandes termas de Constantino, cerca del Ródano y una extraordinaria factoría de cereales a las afueras de la ciudad. Constantino también llevó a cabo importantes obras en Colonia, la mayor ciudad de la frontera. Reconstruyó el palacio sobre el Rin, y cons-



La Porta Nigra, en Tréveris, una puerta monumental que puede datar del siglo IV.

truyó un puente sobre el río y una fortaleza al otro lado como cabeza de puente contra los germanos. En el mismo período se erigió una pequeña capilla sobre la tumba de algunos mártires locales; a finales de siglo se había ampliado hasta convertirse en la iglesia de San Severino, que ha seguido abierta al culto hasta el presente.

El lugar en donde se encuentran los restos romanos más impresionantes al norte de los Alpes es Tréveris, la capital de Póstumo y de todo el Imperio Occidental durante el siglo IV. Los edificios de la época que quedan en pie muestran el esplendor con el cual el gobierno adornaba sus capitales, en contraste con otras ciudades de Galia. Contrariamente a ellas, Tréveris está rodeada de murallas del siglo III o anteriores, que cercan el área de la ciudad clásica. Incluyen una puerta monumental, la Porta Nigra, que puede datar del siglo IV. Dentro de la muralla fueron restaurados los edificios clásicos, los baños y el anfiteatro y se añadieron varias estructuras importantes.

Las más grandiosas fueron las termas imperiales de Constancio o Constantino, unas de las mayores del imperio, con el complemento normal de baños fríos y calientes, piscinas y un patio con columnata para ejercicios. Sin embargo, no se acabaron nunca, sino que fueron convertidas en un palacio, quizás por el prefecto pretoriano, en tiempos de Valentiniano. El palacio imperial más importante está representado por la basílica superviviente, cerca de la cual se elevaba la catedral, una iglesia doble con dos basílicas, una junto a otra, de tiempos de Constantino. Cerca del río había dos almacenes, cada uno de ellos casi tan grandes como la basílica, construidos en tiempos de Valentiniano. Todas las estructuras mencionadas son de dimensiones gigantescas, muy distintas de cualesquiera otras que se puedan encontrar en las provincias occidentales e ilustran la concentración de recursos en una capital, con frecuencia en detrimento de otras ciudades más pequeñas.

**La Galia rural.** Aunque las ciudades decayeron en general, los ricos del campo mantenían un alto nivel de refinamiento y lujo. Hay muchos restos de villas en Galia,



que van desde simples granjas hasta enormes y extravagantes mansiones. De estas últimas, la más famosa se encuentra en Chiragan, sobre el Garona, al sur de Toulouse, en donde los edificios ocupan siete acres y medio. El principal de ellos consta de docenas de estancias situadas en torno a patios con columnatas, al estilo mediterráneo, baños, fuentes, estanques, jardines recortados y cenadores. Además, hileras de otros edificios incluyen alojamiento para los trabajadores, establos para los animales, talleres y graneros. Esta lujosa mansión era una granja activa y probablemente autosuficiente. Por toda la Galia se pueden encontrar otras villas palaciegas, especialmente en la región del Mosela, en donde las residencias imperiales, como las de Welschbillig y Konz, son impresionantes.

El grueso de la población estaba formado por campesinos empobrecidos. Muchos vivían en las haciendas, virtualmente como siervos; otros tenían pequeñas casas aisladas o arracimadas en pueblos. Tendían a formarse pequeños asentamientos en bosques o en terrenos demasiado pobres para sostener grandes haciendas; muchos de ellos, especialmente en los Vosgos, fueron destruidos durante el siglo III.

Los poblados rurales con frecuencia se situaban en torno a pequeños templos paganos, que también se podían encontrar con frecuencia en las haciendas. Al igual que en Gran Bretaña, también había numerosos santuarios rurales con provisiones para peregrinos y curas; un notable ejemplo de ellos fue excavado en Pesch, cerca de Bonn. Prevalecía el paganismo, hasta que en el año 375 d.C. el intolerante régimen ortodoxo de Graciano se lanzó al ataque y apoyó las actividades de san Martín de Tours, que consiguió cristianizar la mayor parte del campo.

A lo largo de las fronteras del Rin y del Danubio superior se pueden encontrar restos de otro tipo, pertenecientes a finales de la antigüedad. Las obras de la Tetrarquía y de Constantino son especialmente evidentes en Colonia y en Regensburg, en donde se construyeron numerosas fortalezas y murallas.

**Hispania.** Las provincias de Hispania (las actuales España y Portugal), tienen una historia y monumentos similares a los de la Galia, aunque se conocen con mucho menos detalle. Las invasiones germanas de finales del siglo III y principios del V d.C., les causaron importantes destrozos. La recuperación y una calma próspera marcaron el período intermedio, pero el siglo V fue una época de desastres, en la cual el dominio romano se mantuvo sólo débilmente en parte del país. Cuando el año 476 se



*Arriba:* La obra de Justiniano. Mosaico del año 539 de Olbia, en Cirenaica, que muestra la «Ciudad Nueva, Teodorias»; se había reconstruido el lugar y se le había puesto el nombre en honor a la emperatriz Teodora. Parte de un mosaico de 50 paneles realizados por artesanos alejandrinos.

*Página anterior:* África romana. Arco triunfal en Ammaedara, rodeado por una pequeña muralla fortificada.

acabó la línea de emperadores occidentales, los visigodos eran la única autoridad reconocida en España. Existe poca documentación sobre la posterior restauración del dominio imperial de Justiniano en el sur del país.

Los monumentos característicos de España son las inevitables murallas que, al igual que en la Galia, con frecuencia rodeaban sólo una pequeña parte de las antiguas ciudades. Se pueden encontrar ejemplos de ello en Barcelona, León y Conimbriga. Por otra parte, las murallas de Lugo, en Galicia, excepcionalmente bien conservadas, rodean la totalidad de la pequeña ciudad clásica. Aunque reducida, la vida ciudadana aún florecía en diversas partes. En Mérida, la capital de Lusitania, Constantino y sus hijos restauraron el teatro y el circo y una casa particular, del tipo habitual con peristilo, fue convertida en iglesia cristiana. Belo, en Andalucía, muestra una actividad de tipo muy diferente; además de las casas y tiendas, pobremente construidas, quedan considerables restos de una factoría de *garum*. Un antiguo libro de cocina, atribuido al «gourmet» Apicio, muestra cómo el *garum*, una especie de salsa hecha con los menudos del pescado y salmuera, se usaba prácticamente en todos los guisos.

Al igual que en la Galia, también en España se edificaron villas, la mayor parte construidas o ampliadas en el siglo IV y muchas utilizadas hasta bien entrado el V en que continuaron como centros de la cultura romana y de resistencia contra los bárbaros. En Centcelles, cerca de Tarragona, se ha excavado una de especial interés en la que el edificio principal, abovedado, fue transformado en mausoleo quizás por Constancio, el hijo de Constantino. En la cúpula se encuentran los mosaicos más bellos de su especie en España, con cupidos, escenas bíblicas y una elaborada cacería, quizás una alegoría cristiana.

**África del Norte.** En el norte de África, las provincias de habla latina iban desde Marruecos hasta Libia. La zona más rica (las actuales Algeria y Tunicia), consistía en una franja costera que penetraba unas 90 millas hacia el interior, cuya prosperidad estaba basada en el trigo, los vinos y la cría de ganado y el interior, que subsistía de su vasta producción de olivas y que contaba con las obras de regadío que los romanos habían hecho llegar hasta el desierto. Hacia el este, la franja habitable de Tripolitania y Cirenaica era mucho más estrecha, pero también era próspera. La mayor parte de esta extensa área escapó a los desastres del siglo III, período que fue floreciente para ella.

La rebelión contra Maximino en el año 238 d.C. acarreó una sangrienta represión y los disturbios tribales causaron la pérdida, en tiempos de Diocleciano, de la provincia más occidental, si bien la mayor amenaza era interna: la corrupción, las rebeliones y las disensiones religiosas. Ya hemos tratado del caso de Romano y de la ciudad de Leptis. Una administración de este tipo provocaba importantes rebeliones que causaban grandes daños, pero mucho más destructiva todavía fue la ola de violencia sectaria que convulsionó la provincia durante la mayor parte del siglo IV. Los donatistas, oponiéndose al perdón de sus hermanos más débiles que habían dejado de practicar la fe bajo persecución, lucharon fieramente contra sus rivales católicos. Bandas de campesinos pobres y trabajadores emigrantes, inspirados por la virtuosa doctrina de los herético formaron bandas armadas llamadas *Circumcellions* y atacaron las villas e iglesias católicas hasta que ellos y su Iglesia fueron reprimidos sin compasión por el gobierno después del año 411.

En aquellos tiempos, el dominio romano casi tocaba a su fin. Toda la nación de los vándalos, que constaba de unas 80.000 personas, cruzó hacia África en el año 429, después de haber asolado Galia y España. Al cabo de diez años la provincia estaba en sus manos y en el 455 Tripolitania sucumbió ante ellos. Las tierras ocupadas cayeron rápidamente en la decadencia y la paralización, hasta que las tropas de Justiniano restablecieron paulatinamente el

dominio imperial el año 533, si bien a costa de un gran precio para la provincia. La fácil conquista fue seguida de revoluciones y guerra civil, si bien finalmente se estableció el orden, que duraría casi un siglo, hasta que los árabes comenzaron sus ataques. Cirene cayó ante ellos en el año 643 y el resto sufrió asaltos durante medio siglo antes de que Cartago fuese tomada finalmente en el año 698. En este período, África sufrió cambios enormes con respecto a lo que había sido a finales de la antigüedad; una sociedad de ciudades, pueblos y villas fue sustituida por otra en la que las abigarradas fortalezas mantenían una precaria defensa del campo.

África tenía una gran ciudad –Cartago, conocida sólo parcialmente debido a las sucesivas ocupaciones– e innumerables ciudades pequeñas, muchas de las cuales disfrutaron de considerable prosperidad, que empezó por la reconstrucción y crecimiento bajo Diocleciano y continuó durante el siglo IV. Esto queda especialmente demostrado por la construcción de iglesias: por ejemplo, en Timgad se edificaron 17 y barrios enteros cristianos en Jemila e Hippo. Tebessa es famosa por su gran complejo monástico de mediados del siglo IV. El destino de las ciudades es típico de la provincia: Timgad, que había sido una gran ciudad, quedó desierta durante el período vándalo y después se convirtió en emplazamiento de un fuerte bizantino de sólo 90 por 60 metros; en Tebessa, la ciudad fue fortificada y el monasterio, que quedó fuera de las nuevas murallas, fue provisto de sus propias defensas.

En Tripolitania y Cirenaica sobreviven restos urbanos más notables. Leptis Magna era floreciente a principios del siglo IV, cuando se hicieron nuevas construcciones que adornaron su centro. Sin embargo, el ataque de los austuriani arruinó la economía local destruyendo los olivares y la ciudad se sumergió en un declive que se precipitó bajo los vándalos. Con Justiniano se construyeron nuevas murallas, que incluían sólo el área cercana al puerto, y también se edificaron iglesias y la magnífica basílica de Severo (nativo de Leptis) fue convertida en iglesia. Sabratha sufrió igualmente el ataque de los austuriani y quedó reducida a la mitad de sus dimensiones, si bien se llevó a cabo una considerable construcción y reconstrucción de nuevas y grandes iglesias basílicas.

En Cirenaica, Cirene declinaba mientras que su puerto cercano, Apolonia, sobrevivía vigorosamente. Cirene fue destruida por un terremoto en el año 365 d.C. y después sufrió los ataques de los austuriani en el año 390 y posteriores. Paulatinamente se construyeron encima de los elegantes edificios públicos y espacios abiertos de la ciudad clásica edificios pequeños y de baja calidad, lo que se ve claramente en el foro, el ágora y las calles principales. Sin embargo, algunas estructuras nuevas eran de más categoría, especialmente una casa particular en el centro, un teatro construido sobre la plaza del mercado, unos baños erigidos sobre las ruinas de otro clásico, más grande, y la iglesia catedral con sus bellos mosaicos. Durante la decadencia provocada por el terremoto y el pillaje, la parte oriental de la ciudad fue abandonada, dejando la catedral, fortificada por separado, fuera de las murallas. Apolonia, la capital de la provincia durante el siglo VI, no disminuyó sino que se hicieron muchas edificaciones nuevas. Varias hermosas iglesias adornaban la ciudad y son testimonio de su bienestar, así como el palacio del comandante local, construido en tiempos de Anastasio. Consistía en un grupo de estancias en torno a un patio, con un gran salón de audiencias, capilla, una cámara para el consejo y alojamiento para la guardia. Otras ciudades sufrieron un destino variado, algunas fueron abandonadas y otras conservadas e incluso refundadas como ciudades nuevas.

Las Termas de Diocleciano, en Roma. El interior de la iglesia de Santa María de los Ángeles, de Miguel Ángel, construida en el *tepidarium*, da idea de las dimensiones y decoración de los baños.



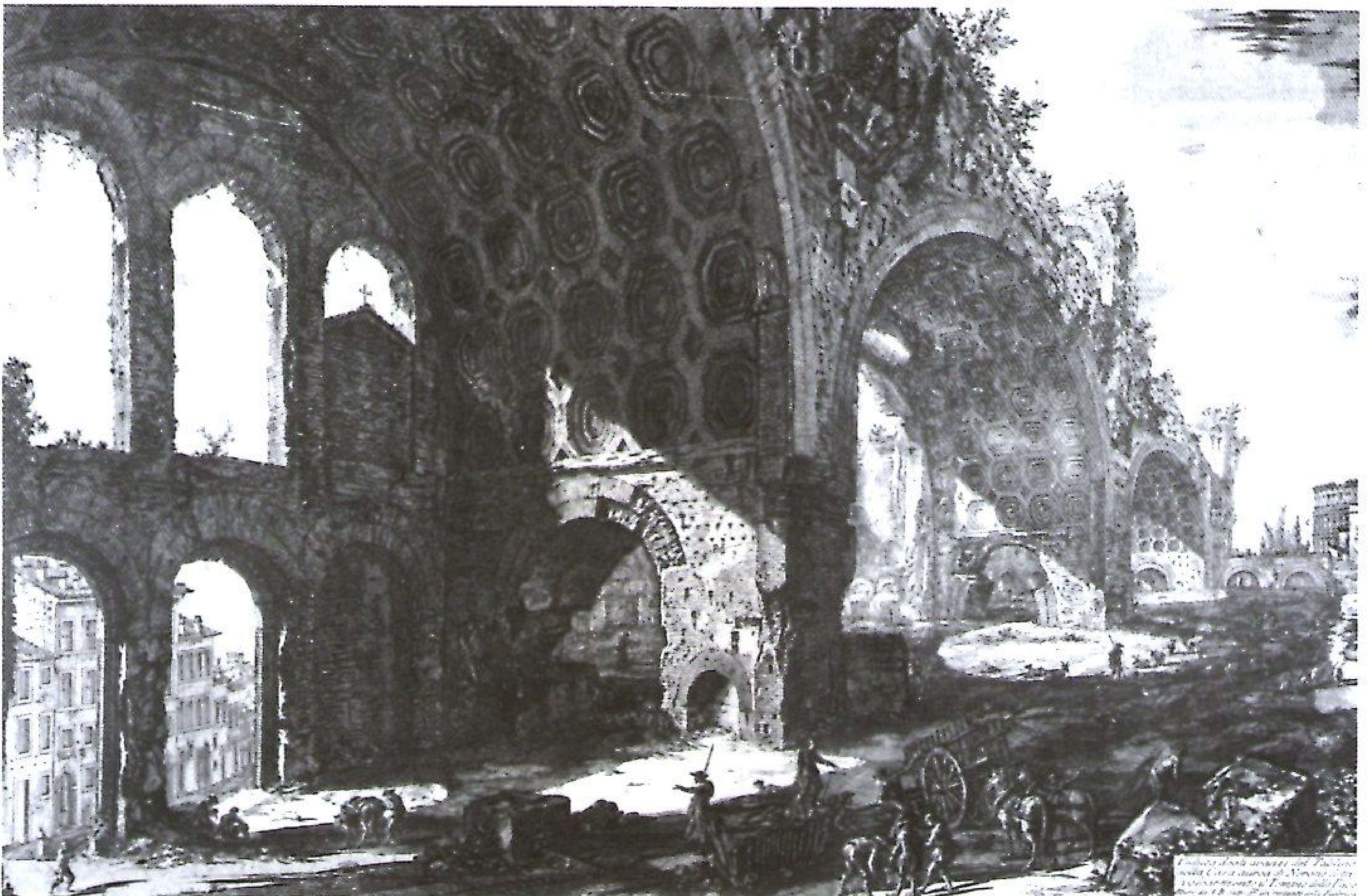


*Arriba:* Mausoleo de Gala Placidia (440 d.C.) en Ravena. Buena parte de la Ravena romana sobrevive como testimonio de las modas arquitectónicas de finales de la antigüedad.

África, el rico país agrícola y suministrador de alimentos a Roma, era famoso por sus grandes haciendas. El emperador era el mayor propietario, junto con miembros de la aristocracia romana, aunque los jefes tribales y los magnates locales también tenían propiedades substanciales. La frontera sur estaba defendida por fuertes, en Tripolitania y Cirenaica relativamente cercanos al mar. En aquellas provincias, en donde la seguridad no estaba tan bien establecida, las granjas estaban amuralladas y prácticamente no se distinguían de los fuertes.

**Sicilia.** Parecería que Sicilia hubiese dormido en la oscuridad hasta que fue atacada, y después conquistada (en el año 468), por los vándalos, que pronto la vendieron a los godos. Éstos, a su vez, la cedieron fácilmente a Belisario en el año 535 y la isla sobrevivió hasta convertirse en una importante provincia bizantina. En tiempos del papa Gregorio el Grande (590-604) fue una tierra pacífica y próspera. Sin embargo, no era un lugar en donde pros-

*Abajo:* Grabados de Pirandesi en la basílica de Majencio y Constantino. El último gran monumento del foro romano, que se empezó en el año 306 y se acabó después del 313, sobrecoge al espectador con sus arcos.





perase la vida urbana. Si bien progresaron Siracusa, Palermo, Catania y algunas otras ciudades –se puede deducir la población de algunas de ellas por sus vastas catacumbas– el resto permanecía en la oscuridad o el abandono. La mayor parte del país era propiedad del emperador, la Iglesia y el senado romano. Estos hombres y sus representantes construyeron lujosas villas, incluida una de las más espectaculares del imperio, la de la plaza Armerina.

**El final de la Italia romana.** Las invasiones y la guerra civil llevaron la crisis y la decadencia a Italia en el siglo III, en que varios pretendientes marcharon sobre ella para tomar el poder supremo, mientras las tribus germanas cruzaban los Alpes y la peste se cobraba sus víctimas. Los emperadores, concentrados en las necesidades de la defensa, estaban más cerca de la frontera que Roma; bajo Maximiano, Milán se convirtió en la capital de occidente, lugar que conservó durante casi un siglo. La mayor parte de las ciudades estaban en decadencia y las de menor importancia habían sido sustituidas por villas. Las pequeñas granjas sobrevivían en la mayor parte del país, pero el bandolerismo era endémico y la agricultura estaba lejos de ser próspera. Después de un período de recuperación, de paz y de inmovilismo, el desastre asoló de nuevo Italia a principios del siglo V en que los godos la aplastaron en una serie de invasiones que culminaron con el saqueo de Roma por Alarico en el año 410 d.C. Mientras tanto, la capital se había trasladado a Ravena, protegida por miles de pantanos. Los ataques de Atila, que se acercó a Roma en el año 452 y de Gaiserico, el rey vándalo que la capturó en el 455, no fueron menos devastadores. La Italia romana no sobrevivió durante mucho tiempo; cuando el godo Odoacro llamó a su pueblo para que se aposentara y destronó al último emperador títere en el año 476, la madre patria, al igual que otras provincias occidentales, había sucumbido ante los bárbaros. A su vez Odoacro, después de una amarga lucha, se rindió ante Teodorico (489-526), cuya sabia administración hizo lo que pudo para que se recuperase el maltrecho país. Pero una década después de su muerte las tropas de Belisario llevaron el dominio imperial y una lucha desastrosa, que arruinó todo lo que quedaba de la economía italiana. Apenas fue recuperada para el imperio, Italia tuvo que enfrentarse a un nuevo y más afortunado invasor, los lombardos, que controlaron la mayor parte de ella durante más de dos siglos.

*Página anterior.* Los famosos mosaicos del paraíso en el ábside de San Apolinar in Classe, Ravena.

*Abajo:* El Arco de Constantino, en Roma. Refleja una época en que se saqueaban descaradamente los tesoros inservibles de su glorioso pasado para decorar sus propias obras.



Los monumentos de las dos capitales, Roma y Ravena, eclipsan, y con mucho, cualquier otro del Imperio de Occidente. Sin embargo, hay otros restos importantes en Italia: deben mencionarse las iglesias de Aquilea, Grado y especialmente las de Milán, junto con la villa de Desenzano, en el lago Garda y las elegantes casas particulares de Ostia. La mayor parte de ellas datan del siglo IV.

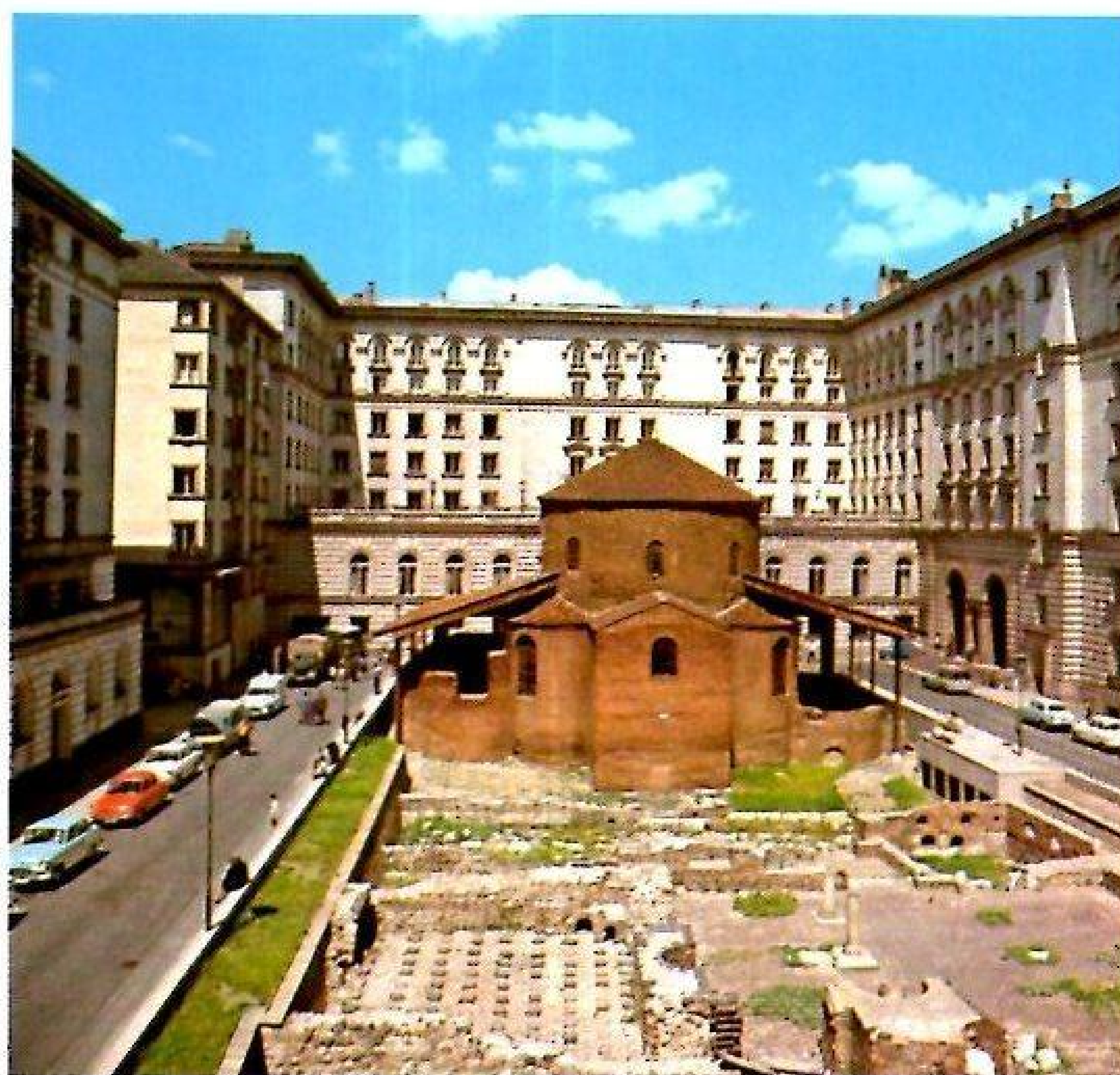
Políticamente, Roma estaba en decadencia desde mediados del siglo III, un proceso acelerado por la fundación de Constantinopla. Seguía siendo, sin embargo, sede del senado cuyos miembros, fabulosamente ricos, poseían vastos territorios en el oeste y ocupaban las posiciones más elevadas en la administración. Además, la ciudad imperial se convirtió en la capital de la iglesia, que prosperaba gracias a ricas donaciones, mientras el imperio se hundía a su alrededor.

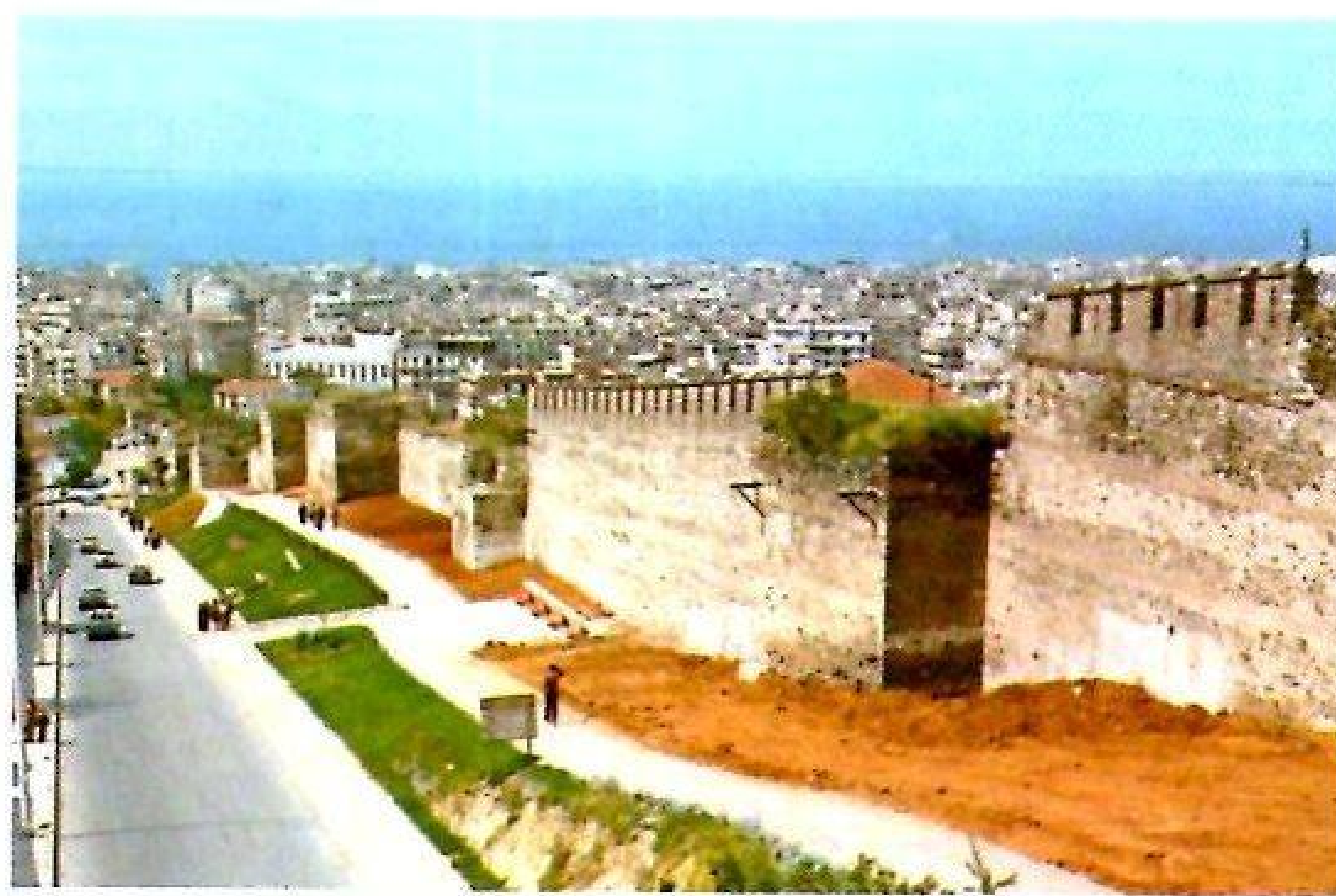
**Monumentos de Roma y Ravena.** Incluso en su eclipse, se adornaba a Roma con enormes y opulentos monumentos dignos de la capital del mundo. El primero de este período y el testimonio más claro de sus conflictos es la gran muralla de Aureliano. Diocleciano fue el responsable de la casa del senado en el foro romano, un edificio típico de la época con su interior unificado y simple, espléndidamente decorado con mármoles policromados, así como de los más hermosos baños imperiales, a los que se les puso su nombre. Majencio empezó una vasta basílica en el foro y completó allí un templo en memoria de su hijo Rómulo,

así como una villa en la vía Apia con un circo bien conservado y un mausoleo al estilo del Panteón. Fue derrotado por Constantino, quien le sucedió y completó la basílica, colocando una colosal estatua de sí mismo y conmemorando su victoria en el puente Milvio con su famoso arco, cerca del Coliseo. El mausoleo circular dedicado a su hija Constancia, con sus hermosos mosaicos decorativos, sobrevive como iglesia de Santa Constanza. Otro edificio circular, el llamado templo de Minerva Médica, actualmente un pabellón, probablemente es contemporáneo. Toda esta arquitectura se caracteriza por sus simples exteriores de ladrillo, sus interiores lujosos y brillantemente decorados y su concepción nueva y grandiosa.

Después de la época de Constantino dejaron de construirse grandes edificios seglares, pero la variedad de arquitectura eclesiástica muestra que continuaba y crecía el poder y la riqueza de la Iglesia. Sus primeros patrocinadores imperiales, Constantino y Helena, fueron responsables de las dos únicas grandes iglesias de dentro de las murallas, las basílicas de Letrán y de la Santa Cruz en Gerusalemme. Las demás se edificaron fuera de las murallas, en parte debido a la fuerza de la aristocracia pagana y en parte a la costumbre de los cristianos de celebrar el recuerdo de santos y mártires con reuniones y banquetes. A medida que crecieron las congregaciones los sencillos cercados de cementerios (todos fuera de la ciudad) se ampliaron a salas de reuniones permanentes. De ellas, las iglesias de San Lorenzo fuori le Mura, Santa Inés y San Sebastián, eran constantinianas.

La situación cambió a finales del siglo IV por un período en que se edificaron iglesias dentro de las murallas. La más interesantes es, quizás, la de San Clemente, ya que se construyó una basílica, aproximadamente en el año 390, sobre una casa particular en la que se erigía una capilla dedicada al dios Mitra; igualmente, la iglesia de San Juan y San Pablo, está sobre una casa con capillas cristianas. Esto revela que las iglesias ciudadanas fueron en su origen lugares de encuentro en casas de fieles, en donde se podían reunir sin atraer demasiado la atención. Del mismo período, las grandes iglesias de San Pablo, Santa María la Mayor, San Estéfano Rotondo y Santa Sabina, esta última con un gran parecido con la basílica de Tréveris, muestran las características de la arquitectura eclesiástica de finales de la antigüedad, que también se ven en docenas de templos menores. A partir de entonces, con la decadencia de Italia, disminuyó la construcción; en el siglo VI se edificaron Santa María la Antigua y los Santos Cosme y Damián en el Foro y después de Justiniano se reconstruyeron completamente San Lorenzo y Santa Inés. La mayoría de las iglesias de finales de la Edad Antigua están bellamente decoradas con mármoles, frescos o mosaicos, algunos extremadamente bien conservados.



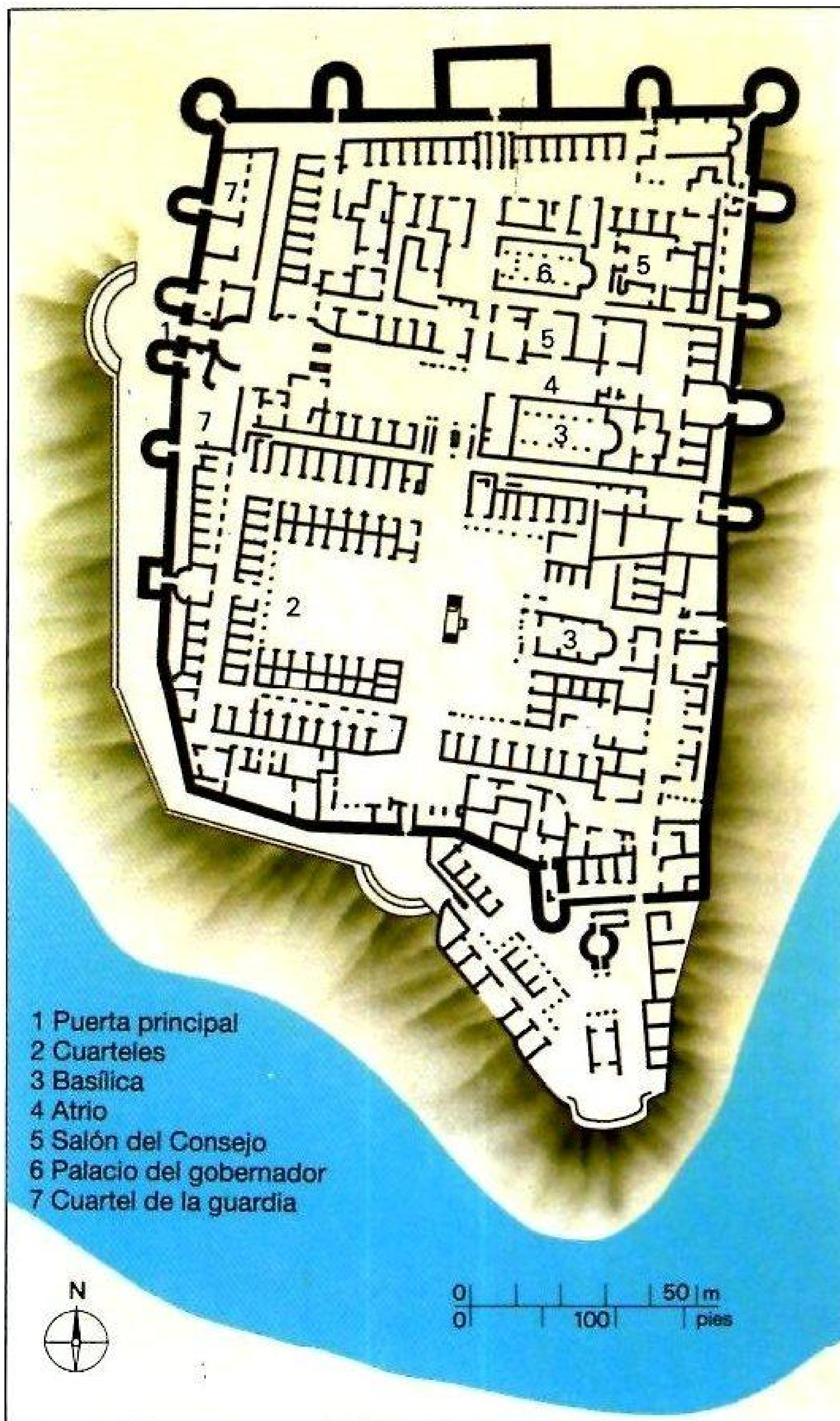


*Abajo:* Las impresionantes murallas de Tesalónica. Comenzadas en el siglo IV, impidieron que se pudiese capturar la ciudad.

*Arriba:* Iglesia de San Jorge, en Sofía. Originalmente parte de un baño romano, este edificio, construido típicamente con ladrillos, fue convertido en iglesia en el siglo V.

*Página siguiente:* Troesmis, sobre el Danubio. Esta fundación militar justiniana, muestra una planificación perfectamente organizada, con la parte norte dominada por el gobernador y el obispo y la parte sur por el ejército. Según MacKendrick.

Los cristianos de Roma también son famosos por sus monumentos subterráneos en las catacumbas; las tumbas cristianas de estos vastos complejos abarcan desde los primeros días de la fe hasta el siglo V en que la situación fuera de las murallas era demasiado peligrosa, incluso para en-




tierros. Normalmente las tumbas están constituidas por nichos en los pasillos subterráneos, o en pequeñas estancias fuera de ellos y con frecuencia están adornadas con altares y capillas. En Nápoles pueden encontrarse ejemplos parecidos.

Honorio y sus sucesores trabajaron espléndidamente para hacer el puerto de la ciudad de Ravena digno de una capital; buena parte de él queda todavía en pie para dar testimonio de la arquitectura de finales de la antigüedad. Pertenecen a esta época –a tiempos de Honorio, de su hermana Gala Placidia y de su hijo Valentiniano III– el baptisterio de los ortodoxos, una simple estructura octagonal, la basílica de San Juan Evangelista y el mausoleo de Gala Placidia, estos dos últimos decorados con espléndidos mosaicos. Teodorico continuó la tradición y el gusto por el color, en el baptisterio de los arrianos (sus seguidores teutónicos eran heréticos), en la iglesia de San Apolinar in Nuovo y en su propio impresionante mausoleo. Justiniano, típicamente, dejó un monumento incluso más espléndido, la iglesia de San Vitale, una estructura compleja de plano octagonal que causa una impresión similar a la de Santa Sofía. También es impresionante la basílica contemporánea de San Apolinar in Classe, con sus famosos mosaicos del paraíso. En general, los mosaicos de Ravena son los ejemplos más bellos del imperio que se conservan.

**Los Balcanes.** Al otro lado del Adriático se encontraba Dalmacia, una estrecha franja costera con ciudades que hacían de mercado para el interior montañoso. Protegida por su barrera de montañas, la costa escapó a las invasiones hasta el año 395 d.C. en que los visigodos le causaron considerables daños. En el año 454 el general Marcelino hizo la provincia virtualmente independiente, pero en el 480 sucumbió ante los godos para ser reconquistada por Justiniano en el año 536. A partir de entonces, su decadencia fue rápida ya que eslavos y ávaros invadieron primero el interior y después la costa; Salona, la mayor de sus ciudades, fue destruida en el año 612 y sólo quedaron para el imperio un puñado de ciudades y de islas.

Salona disfrutó de un período próspero; incluso las fortificaciones de Justiniano circundaban prácticamente toda la antigua ciudad. Son especialmente famosos los restos de sus iglesias, dentro y fuera de las murallas, por lo que se ha convertido en un centro de estudio de la arquitectura cristiana primitiva. Cerca se hallaba el gran palacio de Diocleciano. En el interior, poco poblado, apenas quedan restos pero sí que son monumentos importantes la villa fortificada de Mogorilo y la estación termal de «Aquae S...» (se desconoce el resto del nombre), ambas cerca de Sarajevo.

Los territorios de la larga y desprotegida frontera del Danubio fueron los que sufrieron los peores daños y son los más pobres en restos del imperio. En el lado occidental, Panonia (que comprendía parte de Austria, Hungría y Yugoslavia) fue invadida por los germanos en las décadas de los años 250 y 270, una época que también fue escenario de revoluciones y guerra civil. Diocleciano y sus seguidores, tomando Sirmio como base, restablecieron la paz y Constancio II incluso pudo avanzar contra las tribus en las llanuras húngaras. Sin embargo, durante el reinado de Valentiniano comenzaron de nuevo las invasiones; los peores ataques llegaron en los años 380 y 395, el último tan importante que fueron destruidos la mayor parte de los poblados, se terminó el control romano y la tierra fue ocupada por los bárbaros. El dominio romano perduró de forma vacilante hasta la llega-

da de los ostrogodos en el año 406 y más al sur Sirmio permaneció romana hasta que fue conquistada por Atila en el año 442.

La suerte de Aquincum (Budapest) ilustra la de la región. Los edificios destruidos durante el siglo III no fueron reconstruidos, los hipocaustos fueron sustituidos por hogares o chimeneas y dejó de funcionar el sistema de alcantarillado. La población se recluyó en fortalezas de legionarios, mientras que los poblados civiles que se hallaban en el exterior fueron abandonados y se convirtieron en cementerios. Las ruinas de Brigetio y Carnuntum nos cuentan una historia similar, si bien esta última se distingue por un arco triunfal que conmemora las victorias de Constancio II.

Dentro de las fronteras, la vida proseguía. Justiniano deseó embellecer su lugar de nacimiento, un pueblo al sur de Nish; sus restos, en Caricin Grad, muestran que lo consiguió. Otro gran proyecto fue la construcción de una ciudad importante con una acrópolis, un poblado más bajo y grandes iglesias. Más al sur, en Macedonia, las ruinas de Stobi son las de una ciudad próspera. A lo largo de las dos calles principales se encuentran una sinagoga, baños, un palacio y cómodas casas ciudadanas; todo fue construido o restaurado en los siglos IV y V, cuando Stobi era la capital provincial. Sin embargo, después del ataque de los ostrogodos en el año 479 se encuentran signos evidentes de decadencia al quedar la ciudad atestada de refugiados que procedían del campo.

En los Balcanes orientales, devastados por los bárbaros y por la peste y escenario de dos de los peores desastres de la historia romana –la derrota y muerte de Decio en el año 251 y de Valente en el 378– se han conservado relativamente pocos restos. Los desastres del siglo III fueron tan importantes que Dacia, la provincia al norte del Danubio, hubo de ser abandonada. Diocleciano y Constantino restablecieron el orden que fue interrumpido por los visigodos en el año 379 y por Atila en los años 441-442 y 447. Los hunos devastaron la provincia hasta tal punto que la restauración sólo pudo realizarse bajo Justiniano, si bien no mucho después eslavos y ávaros iniciaron una invasión y algo más tarde se perdió la mayor parte de la provincia.

Las cabezas de puente de Drobeta y Sucidava, en la orilla norte del Danubio, muestran la determinación romana de conservar la vital frontera. En ambos casos, las ciudades fueron abandonadas al ser evacuada Dacia pero los fuertes edificados por Constantino perduraron hasta que fueron destruidos por Atila. Rescatadas de sus ruinas por Justiniano, ambas sucumbieron ante los ávaros a finales

Una cisterna subterránea de Justiniano, grabada por Thomas Allom en 1840 y coloreada por Laura Lushington. Esta estructura cavernosa bajo el centro de Constantinopla almacenaba agua para el Gran Palacio y tenía 336 columnas corintias de 25 pies de altura.



del siglo VI. Más al este, cerca del estuario del Danubio, Troesmis y Dinogetia contienen numerosos restos, lo que revela la índole de aquellas pequeñas ciudades fortificadas sede de comandantes, cuarteles, casas e iglesias.

Las ciudades del mar Negro, mejor protegidas que las del interior, vivieron una gran prosperidad evidenciada por restos tales como el enorme mosaico de Tomi, las iglesias, casas y fortificaciones de Histria y la basílica de Mesembria, principalmente monumentos de los siglos IV y VI. En el interior, los restos son escasos. Nicópolis, en el Istrus, reconstruida por Constantino y Justiniano, tiene un baño del siglo IV y quedan ruinas de fortificaciones

Monumento a Porfirio. Una estela erigida en honor del gran auriga de su día, Porfirio, héroe popular del siglo VI, en el hipódromo de Constantinopla, en donde ganó innumerables victorias. Museo Arqueológico, Estambul.

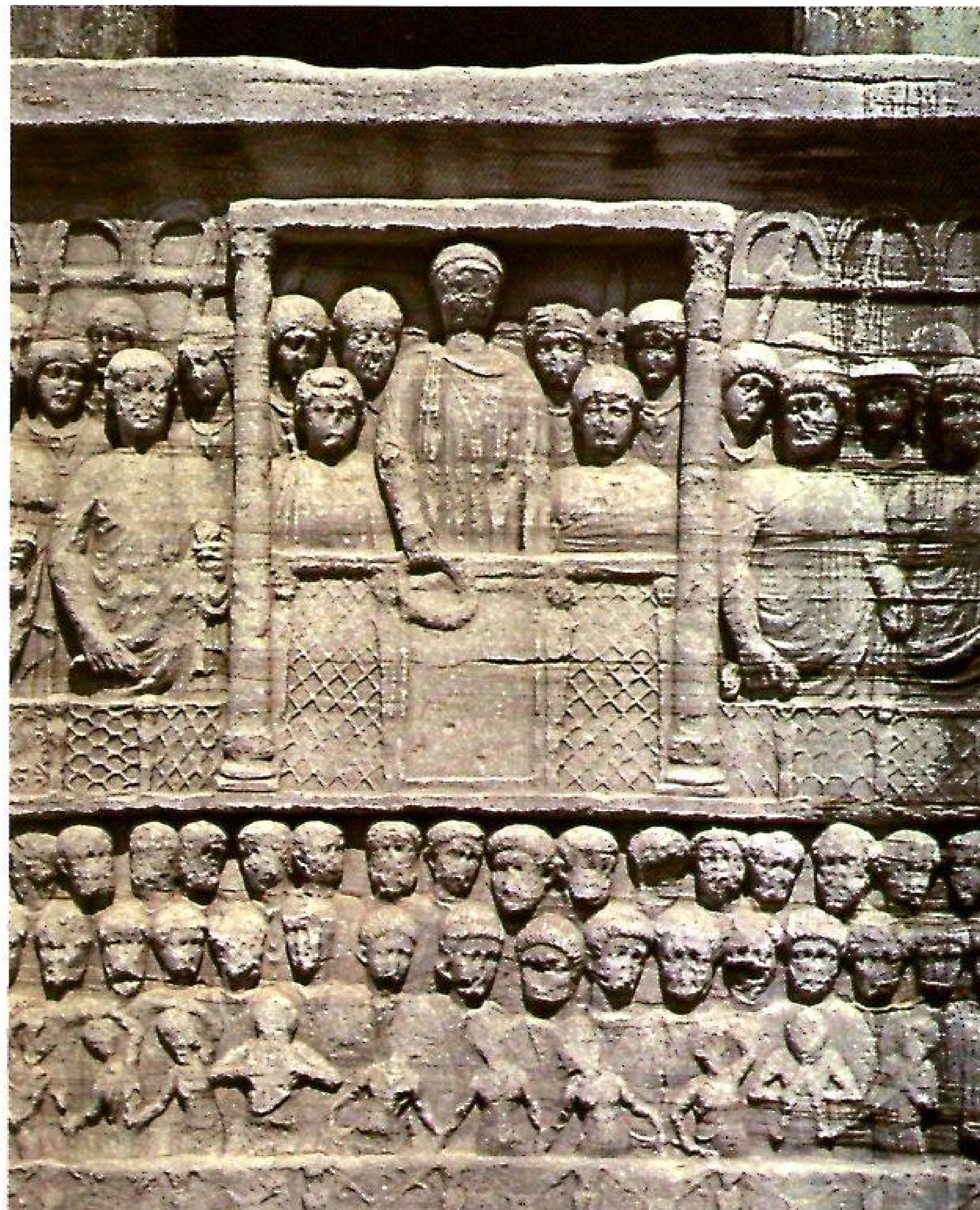


algo posteriores en Filipópolis. Los restos más substanciales, los de dos iglesias de ladrillo, se encuentran en Serdica (Sofía), residencia de Constantino y centro de refugiados de Dacia. Si bien fue destruida por Atila, se levantó de sus ruinas y permaneció en manos imperiales hasta la Edad Media.

**Grecia.** Grecia no se salvó, a pesar de la distancia con la destrozada frontera. En el año 267 los godos y los hérulos, después de destruir Atenas y Corinto, penetraron en el Peloponeso y Alarico, en el año 395, sembró la destrucción por todo el país. Atila llegó hasta las Termópilas y los vándalos asolaron la costa oeste. Sin embargo, los mayores desastres ocurrieron en el siglo VI: los hunos en el año 540, la peste dos años más tarde y después la invasión constante de ávaros y eslavos que asolaron todo el país, destruyeron la mayor parte de lo que quedaba de la vida ciudadana y causaron la despoblación general del país.

La mayor ciudad de Grecia era Tesalónica, cuyas enormes murallas evitaron que fuese capturada y cuyo papel como centro administrativo hizo que fuese dotada de

El emperador en el hipódromo. Teodosio presidiendo los juegos desde el palco imperial, una serie de estancias conectadas directamente con el Gran Palacio. Sostiene una corona para el auriga ganador. Abajo, espectadores, bailarines y orquesta.




محمد
الله

grandes monumentos. Galerio fijó su residencia en la ciudad e hizo que se construyese allí un enorme palacio; mucho más tarde se convirtió en la capital de la prefectura de Iliricum (las provincias europeas controladas por Constantinopla), cuando Atila tomó Sirmio. Las obras de Galerio consistieron en un complejo de edificios formando un palacio, que se extendía desde el mar hasta casi media milla dentro de la ciudad. De ello se conserva una rotonda, un arco triunfal y un edificio octagonal que pudo haber sido el salón del trono; cerca del octágono se hallaba la entrada del hipódromo, una parte integral del complejo.

Como capital de la prefectura, Tesalónica vivió uno de los mayores programas de edificaciones del imperio. Las pruebas de esta repentina actividad se encuentran en los sellos marcados en los ladrillos, que demuestran que muchos edificios eran contemporáneos. Entre ellos se incluye un nuevo palacio en el centro de la ciudad, nuevas murallas fortificadas, la conversión de la rotonda en una iglesia y la construcción como mínimo de tres iglesias más, la de San David, una pequeña estructura abovedada, las dos impresionantes basílicas del Acheiropoetos, y la de San Demetrio.

En cualquier parte de Grecia, las iglesias basílicas ilustran el crecimiento del cristianismo y la relativa riqueza de la provincia durante los siglos IV y V. En Filipo, Macedonia, se encuentran varias iglesias importantes, así como en Nea Anchialos, Tesalia, y en Nicópolis, Epiro. Lechaion, el puerto de Corinto, contiene los restos de uno de los mayores templos de la época, una basílica del siglo VI de más de 300 pies de longitud, tan enorme que hay considerables dudas sobre si se acabó alguna vez.

Podemos tomar la historia de la ciudad de Atenas para ilustrar la suerte de muchas ciudades de Grecia. Las excavaciones en el ágora, la antigua plaza del mercado y centro cívico, demuestran la violencia del ataque de los hérulos en el año 267; los edificios fueron quemados y con sus ruinas se construyó una nueva muralla que encerraba sólo parte de la antigua ciudad; buena parte del ágora, que quedó fuera, estuvo vacía durante un siglo. A principios del siglo V comenzó su recuperación al erigirse un complejo de edificios con baños, gimnasio y complementos paganos. Se ha identificado como la escuela filosófica que hizo famosa la ciudad a finales de la Edad Antigua y floreció hasta que fue clausurada por Justiniano en el año 529. Otros edificios reconstruidos dentro de las murallas probablemente representan una concentración de gentes procedentes del campo. La aparición de Atenea y Aquiles, junto con un importante soborno, mantuvo alejados de Atenas a Alarico y sus godos, pero había mucho que temer de otros invasores. Finalmente, en la década de 580, los eslavos destruyeron la ciudad de tal manera que durante mucho tiempo fue habitada solamente por intrusos.

**La ciudad de Constantinopla.** La última ciudad de la mitad europea del imperio fue la mayor y más importante, Constantinopla, la nueva Roma. Según la leyenda, Cons-





*Página anterior:* La nave de Santa Sofía, acabada en el año 537. Según su contemporáneo Procopio, las columnas parecían ejecutar una danza coral, los pilares eran como picos de montañas y la cúpula parecía suspendida del cielo.

*Derecha:* Las murallas de Nicea. *Arriba:* Tal como aparecen en una moneda del usurpador Quietus (260-261), cuando se estaban construyendo (Museo Británico). *Abajo:* Una de las torres, como se conserva actualmente.

tantino, después de haber decidido fundar una nueva capital se aposentó en Troya, y ya había empezado a construir cuando tuvo una visión que le inspiró su traslado a Bizancio, situado estratégicamente en el camino entre Europa y Asia y el Mediterráneo y el mar Negro. El lugar que escogió tenía una protección natural: agua en tres de sus lados y grandes barreras en la parte de tierra. Sus defensas fueron uno de los principales factores que aseguraron la continuidad del dominio imperial en el este.

El centro de la ciudad de Constantino era una plaza llamada el *Augusteum*, a donde daban los mayores edificios de la ciudad: la casa del senado, el Gran Palacio, el hipódromo y unos grandes baños públicos. Inmediatamente al oeste se hallaba el mojón dorado a partir del cual se medían las distancias de todo el imperio. De aquí partía hacia el oeste el bulevar principal, flanqueado de tiendas y bazares, a través de una serie de foros, cada uno de ellos centro de un distrito y emplazamiento de un gran mercado. El primero era el foro de Constantino, que contenía una columna con una estatua del fundador de la ciudad, después el foro de Teodosio, decorado con un arco enorme y considerablemente feo, después el Amastrianum, el foro de los bueyes, y el foro de Arcadio, con una columna de 140 pies de altura que sostenía una estatua de aquel emperador. Finalmente, después de unas cuatro millas, la calle desembocaba en las formidables murallas de la ciudad y en la Golden Gate o Puerta de Oro, un arco triunfal a Teodosio adornado con una inscripción en verso en la que se asociaba la puerta de oro con el Siglo de Oro que había proporcionado el emperador. En este punto, las murallas son las construidas por Teodosio II en el año 443; la ciudad de Constantino era considerablemente menor, pero acudió tal multitud a la nueva capital que hubo que ampliarla hacia el oeste. Sin embargo, esta zona occidental nunca estuvo tan densamente poblada como el resto de la ciudad y dejaba espacio para cisternas al aire libre –algunas de 500 pies cuadrados y 30 pies de profundidad– construidas en el siglo v y todavía visibles hoy en día.

No se escatimaron gastos para edificar y adornar la nueva capital y se desvalijaron de obras de arte ciudades de todo el imperio. Durante la primera parte de su existencia, Constantinopla casi nunca fue residencia imperial, Constancio y Valente preferían Antioquía. Sólo con Teodosio, finalmente, los emperadores fijaron en ella su residencia y, a partir de aquel momento, raramente dejó de serlo.

No subsiste ninguna de las obras de Constantino, excepto la columna que sostenía su estatua. Los trabajos básicos de construcción fueron acabados por Constancio y la mayor parte de los restos de finales de la antigüedad han sido destruidos por edificaciones posteriores, ya que la ciudad no ha dejado nunca de ser importante ni de estar densamente habitada. Poco queda en pie del siglo IV, pero su monumento más destacado es uno de los más importantes de la ciudad, el hipódromo, en donde tenían lugar las carreras de carros que atraían a tantos fanáticos seguidores. Al mismo tiempo, el hipódromo era el centro de la vida política de la población, porque sólo aquí podían hacerse oír por el gobierno autocrático, ya fuese por aclamación o por disturbios. La *spina* del hipódromo estaba adornada con un obelisco egipcio, la columna de las tres serpientes de Delfos que los griegos habían erigido para conmemorar su victoria en Plataea, estatuas a aurigas triunfales, e innumerables obras maestras del arte clásico. Algunas de ellas todavía pueden verse en una plaza que conserva la forma del hipódromo, cuyos muros de contención aún perduran en parte. El mismo período vio la construcción que hizo Valente del acueducto, que todavía se eleva sobre el centro de la ciudad: suministraba el agua, que se almacenaba en grandes cisternas subterráneas o al aire libre.

En el siglo V se levantaron las murallas de la ciudad, dos palacios y dos iglesias: San Juan de Studium, un famoso monasterio cerca de las murallas y Santa María, en el barrio de los cobreros, cerca de Santa Sofía. Uno de los palacios era el Gran Palacio de los emperadores, del cual se han descubierto unas cuantas estancias al este del hipódromo; están decoradas con mosaicos en los suelos en los que se ven escenas naturalistas de personas, animales y plantas. El otro palacio, con una compleja distribución de estancias circulares, hexagonales y octagonales, se hallaba al otro lado del hipódromo.

Los mayores monumentos, y con mucha diferencia, son los de la época de Justiniano, especialmente tres iglesias. La más antigua, dedicada a los santos Sergio y Baco, cerca de las murallas del mar, es de planta elegante y poco habitual, consistente en un octágono abovedado, dentro de un cuadrado; el edificio tiene galerías y una larga inscripción debajo de ellas loando los trabajos de la emperatriz Teodora. Algo posterior es la basílica de Santa Irene, con su enorme cúpula, que fue quemada durante la invasión de Nika y reconstruida por Justiniano. Sin embargo, estos y todos los otros restos palidecen ante la magnificencia de la *chef d'oeuvre* de finales de la antigüedad, la iglesia de Santa Sofía.

**Santa Sofía.** Cuando la iglesia original, fundada por Constancio II, fue destruida durante la sublevación de Nika, Justiniano decidió reemplazarla por otra mucho

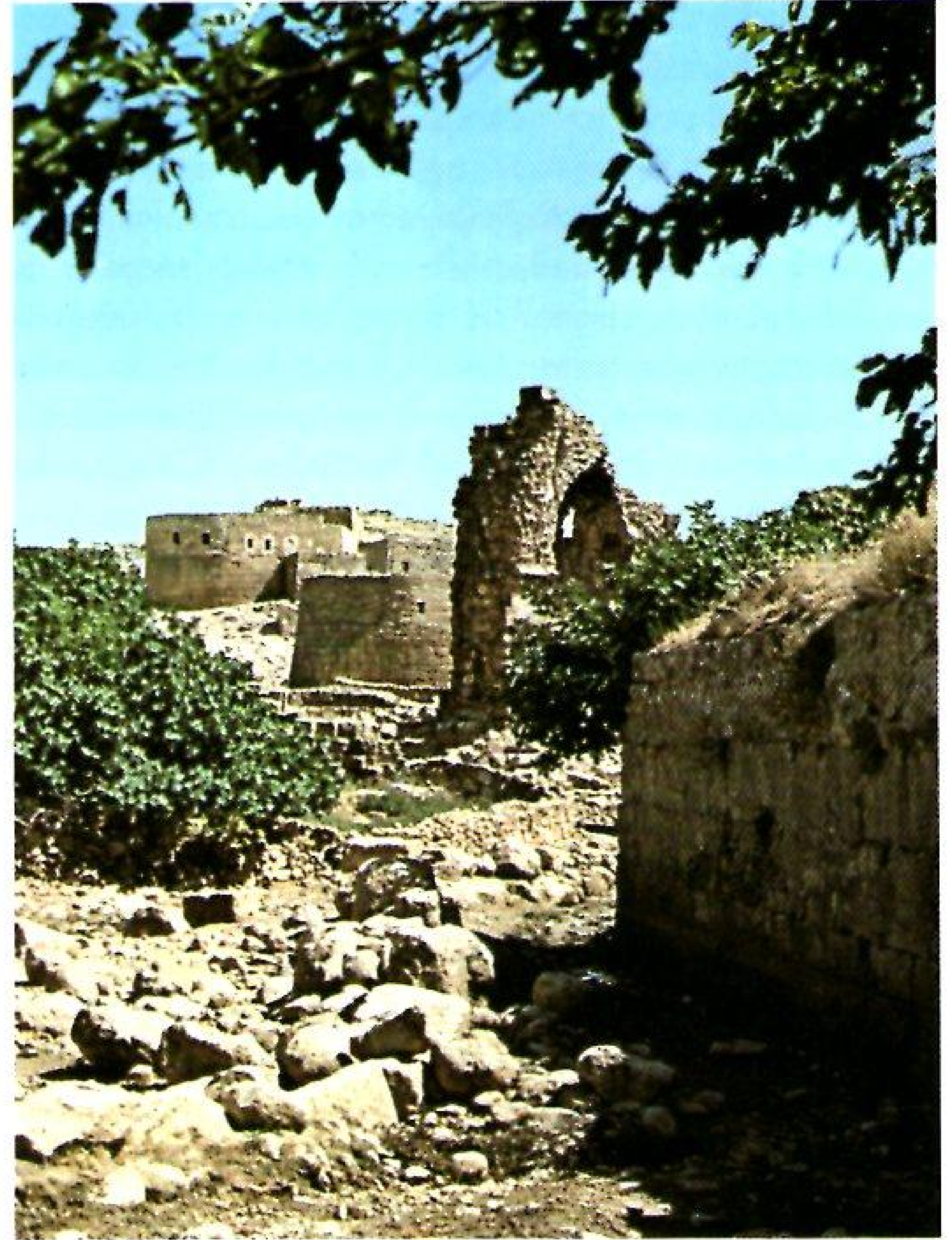


El bazar de Sardes. Parte de una larga hilera de pequeñas tiendas, con un piso superior y ventanas de cristal, construidas en el siglo IV.

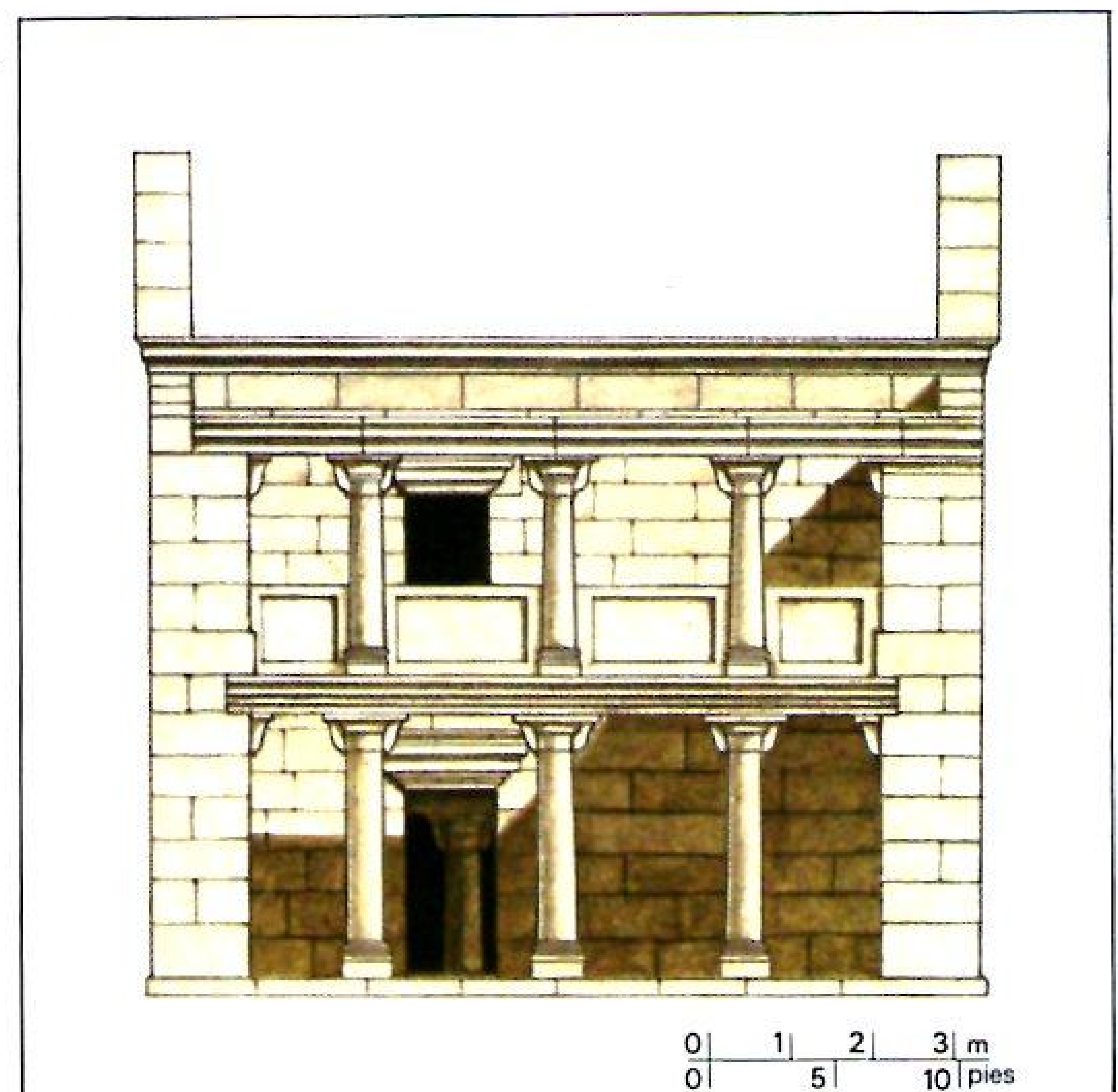
mayor. De todas sus obras, ésta, junto con la codificación de la ley romana, fue la más importante y perdurable. Se saqueó el imperio para obtener materiales y decoración y trabajaron 10.000 hombres bajo la mirada vigilante del emperador, que visitaba la obra casi diariamente. En cinco años se completó la grandiosa y audaz estructura y Justiniano, entrando en ella el día de su dedicación, el 27 de diciembre del año 537, pudo exclamar con orgullo (y quizás justificadamente): «Te he conquistado, Oh Salomón».

La excepcionalidad de la iglesia reside en sus dimensiones y en su concepción arquitectónica. Dentro de un rectángulo de 70 x 76 metros, cuatro enormes pilares forman un cuadrado de 30 metros de lado. Sostienen arcos, que surgen a 20 metros del suelo y de los cuales salen, a su vez, pechinas que sostienen la vasta cúpula, de 30 metros de diámetro, que se eleva a 52 metros del suelo. Fuera de este núcleo central, otros pilares, muros y columnas forman naves laterales que soportan arcadas internas y la estructura exterior de la iglesia. El interior causa una impresión de grandiosidad y de elegante esbeltez. Las partes inferiores estaban cubiertas por una riqueza de mármoles multicolores que contrastaban con las losas de mármol gris del pavimento; los capiteles y arcadas estaban decorados con una delicada filigrana de mármol recortado y las partes más elevadas estaban cubiertas de mosaicos. Alrededor de todo ello colgaban lámparas de oro y plata; solamente en plata se utilizaron 20 toneladas en la decoración. Cuando el espectador levantaba la vista hacia la cúpula la luz, filtrándose a través de ventanas de cristales coloreados, se hacía gradualmente más brillante, aunque seguía siendo suave.

De acuerdo con los cánones de fines de la antigüedad, el exterior es relativamente liso, en contraste con la arquitectura clásica, en que se ponía énfasis en la parte de fue-



Murallas de Dara. Construidas por Anastasio para defender la frontera, la ciudad se convirtió en uno de los mayores baluartes romanos contra los sasánidos; la muralla exterior fue añadida por Justiniano.




Fachada de la cafetería, en Serjilla, un pueblo sirio del siglo V. Reconstrucción según Butler.

ra. Pero incluso el exterior de Santa Sofía es impresionante con sus contrafuertes cuadrados y medias cúpulas que culminan en la cúpula principal que se eleva sobre el horizonte de la ciudad, símbolo de la gloria triunfante de Dios y de Justiniano. El primero pudo, tal como creían los bizantinos, proteger la ciudad contra todo mal; la megalomanía del segundo, que produjo este asombroso monumento, dio también como resultado la conquista del oeste y la mala administración y opresión del resto para financiar sus vastos proyectos, y quizás, en último lugar, el colapso del imperio.

**El Imperio de Oriente.** En la narración que hemos hecho de las provincias examinadas hasta ahora, hemos tratado forzosamente de guerras, invasiones, devastación y pérdidas; las provincias occidentales, con pocas excepciones, sufrieron conflictos en la última parte de la antigüedad. A finales del siglo V, todas ellas se habían perdido para el imperio romano y sólo unas cuantas fueron reconquistadas por Justiniano cuyas obras, conseguidas a un costo terrible, pronto se colapsaron. Por lo tanto, es un contraste sorprendente volver la vista hacia la mitad oriental del imperio en donde transcurrió la mayor parte de la época en una prosperidad confortable y soñolienta. Teniendo en cuenta que las provincias que iban desde el Bósforo a Egipto fueron romanas hasta el siglo VII y sufrieron pocos disturbios después del III, podemos tratar sumariamente la historia de todas ellas.

La crisis del siglo III no dejó a salvo las provincias orientales. La nueva y agresiva dinastía Sasánida en Persia infligió la mayor humillación que nunca hubieran sufrido los romanos hasta el año 260, cuando fue hecho cautivo el emperador Valeriano. Al mismo tiempo, las incursiones de los godos descendieron sobre el Asia Menor. Durante la serie de sublevaciones y guerras civiles que siguieron, Zenobia de Palmira consiguió poner bajo su dominio la mayor parte de oriente. Aureliano la derrotó y empezó a restablecer el orden, proceso que completaron Diocleciano y Constantino, cuyas obras, combinadas con la intensa fortificación de las fronteras, aseguraron la paz durante tres siglos. Los disturbios que siguieron fueron locales.

En la frontera, la guerra era endémica. Caro y Julián penetraron hasta la capital de Persia, pero con pocas consecuencias. Galerio consiguió grandes victorias en la frontera y Constancio II tuvo que realizar allí grandes campañas. Los disturbios más serios se produjeron durante el reinado de Justiniano, en que el rey de Persia Cósroes destruyó Antioquía, la mayor ciudad del este, en el año 540. La supremacía romana fue finalmente asegurada por

Monasterio de San Simeón Estilita, erigido hacia el año 470 para conmemorarlo y albergar a sus devotos.



Mauricio, que anexionó un nuevo territorio al imperio después de grandes luchas, pero después de su muerte un desastre sin parangón sacudió a los romanos. Cósroes II invadió, y en 15 años conquistó, todas las provincias orientales. Si bien su trabajo fue deshecho en una década, los daños infligidos por sus fuerzas fueron permanentes. Asia Menor y Siria estaban en ruinas; habían sido destruidas tantas ciudades que se había acabado la cultura urbana clásica. Poco después de que Heraclio hubiese recuperado los restos de su imperio apareció un nuevo enemigo y todo lo que había al sur de los Tauro se perdió para siempre en favor de los árabes.

Comparadas con el oeste, las provincias orientales eran antiguas y altamente desarrolladas. Si exceptuamos Egipto, estaban cubiertas por una red de ciudades y por innumerables pueblos. Teniendo en cuenta que su florecimiento se produjo en los tres últimos siglos de fines de la antigüedad, las provincias del este conservan unos restos muchísimo más ricos que los del oeste. Donde mejor se puede apreciar la cultura urbana es en el Asia Menor y la vida de los poblados en Siria y Tierra Santa y Egipto son famosos por sus iglesias y monasterios. La riqueza de los restos es tal, que aquí sólo podemos ocuparnos de los más importantes.

Palacio e iglesia de Qasr ibn Wardan, en el desierto noreste de Hama, construido en tiempos de Justiniano.

**La cultura urbana en Asia Menor.** La fértil región costera de Asia Menor siempre había sido una de las más ricas y más densamente pobladas del imperio, famosa por su gran número de florecientes ciudades. A fines de la antigüedad, estas ciudades empezaron a tomar un aspecto distinto del clásico, a medida que se fueron construyendo iglesias y fortificaciones, se abandonaron los templos para ser usados como canteras y cambiaron las costumbres de tal manera que, por ejemplo, los mercados al aire libre se sustituían por bazares que flanqueaban las calles.

Aparte de Éfeso (que se describe en otra parte), se pueden encontrar ciudades de fines de la antigüedad en Sardes, Mileto, Afrodisias y Hierápolis al oeste del Asia Menor y Side en la costa sur. En numerosas otras ciudades también se pueden encontrar edificios de la época. En Nicea, por ejemplo, se conservan bien las fortificaciones de finales del siglo III. Sardes tiene un barrio entero construido en aquellos tiempos, con tiendas a lo largo de calles columnadas, una gran basílica, una capilla y villas urbanas. Además, un complejo con un gimnasio romano, en el cual se hallaba también una gran sinagoga fue remodelado en el siglo V y se mantenía en pie hasta que los persas destruyeron la ciudad en el año 616. Mileto era una ciudad muy activa durante la tetrarquía en que se reconstruyeron el estadio y el teatro, y en el siglo VI en que se edificó la catedral, con espléndidos mosaicos y se remodeló un gran gimnasio romano. De los edificios de fuera



de las ciudades, el famoso templo de Apolo de Dídima tiene una historia curiosa. A finales del siglo III, bajo la amenaza de ataque de los godos fue fortificado y defendido por tropas que se mantuvieron vivas milagrosamente gracias a una fuente de agua proporcionada por el dios. Después del triunfo del cristianismo el templo fue convertido en iglesia que posteriormente fue el centro de un poblado.

Afrodisias tiene ahora esencialmente el mismo aspecto que tenía en el siglo VI, cuando era capital de la provincia, con sus foros de mármol, plazas y edificios públicos, sus elaboradas iglesias (la mayor de ellas antiguo templo de Afrodita) y un estadio extraordinariamente bien conservado, incorporado como bastión a la muralla de la ciudad. En Hierápolis los monumentos más impresionantes son las iglesias: cinco grandes basílicas y una elaborada capilla octagonal dedicada a los mártires fuera de las murallas, desde donde se puede contemplar la ciudad. Side, en la costa sur, refleja un desarrollo histórico distinto. En el siglo IV, probablemente como resultado de ataques isaurios, se construyó una nueva muralla que sólo incluía media ciudad; después se produjo la expansión y la gran área de dentro de las antiguas murallas helenísticas fue ocupada de nuevo. La ciudad destaca por sus anchas calles con columnas, grandes iglesias y baños del siglo V.



*Arriba:* El Santo Sepulcro y otros edificios en Jerusalén, ilustración de un manuscrito de Athos del siglo XVII, Gregoriou 139.

*Página siguiente, arriba:* Mosaico judío de la sinagoga de Ma'on, en Nirim. En este mosaico, de finales del siglo V, puede verse el candelabro de los siete brazos, símbolo del judaísmo. Museo de Israel, Jerusalén.

*Página siguiente, abajo:* Monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí, una de las fundaciones más impresionantes de Justiniano.

A menor escala que estas ciudades, al igual que ocurría en el período clásico, hay importantes restos en ciudades pequeñas, especialmente en el sur. Entre ellas está Kanlidivane, en Cilicia, en donde se encuentran extraordinariamente bien conservadas iglesias, pequeñas casas, y numerosos edificios públicos. En la misma región se conservan muchos suelos de mosaico excepcionalmente bellos, que adornaban iglesias y casas locales.

Asia Menor fue pronto un centro del cristianismo y terreno abonado para la aparición de la vida monacal. Algunos monjes se retiraban a áreas remotas, especialmente montañas; otros se establecían en ciudades o cerca de ellas. La gran época de la vida monástica en Asia Menor fue el período bizantino, pero los restos nos demuestran que el movimiento ya era importante a fines de la antigüedad. Es de destacar Bin Bir Kilise («las 1.001 iglesias») en la parte sur de la estepa central en donde docenas de pequeñas iglesias, la mayoría con planta de basílica, se arraciman en la lejanía de una montaña sagrada. Asimismo, el elegante complejo monástico de Alahan, en los Tauro.

Al sudeste de Anatolia se extienden las monótonas llanuras de la Mesopotamia romana, ricas en trigo y valiosas por su estratégico emplazamiento entre Roma y Persia. Aquí tuvieron lugar las grandes batallas entre los dos imperios y, consecuentemente, el país fue poblado de ciudades fuertemente fortificadas, capaces de resistir largos asedios. Se pueden ver fortificaciones romanas imponentes en Diyarbakir (Amida) y Dara, en la frontera, y fragmentos en muchas otras ciudades. La provincia también destaca como centro monástico, especialmente la parte conocida como Tur Abdin, una meseta elevada en la que aún perduran gran número de importantes fundaciones. Las iglesias, construidas según una variedad de planos en el siglo VI y posteriores, se distinguen por sus bellos trabajos de albañilería y decoración de piedra tallada y el complejo de edificios monásticos alrededor de ellas.





**La vida rural en Siria.** La provincia de Siria es una de las más ricas en restos de fines de la antigüedad. A causa de su sólida construcción de piedra y de su largo abandono han perdurado en un excelente estado de conservación muchas pequeñas ciudades y pueblos. Dan una impresión detallada de la vida en el campo, completamente distinta del mundo clásico al que pertenecían, un campo poblado de campesinos prósperos y pequeños granjeros, devotos de su iglesia no ortodoxa y de sus líderes, los santos locales.

En Siria existía a gran escala la vida urbana clásica, pero han quedado pocos vestigios, ya que el tiempo ha borrado el barniz de helenismo para dejar visible el núcleo rústico sirio. Una de las mayores ciudades del imperio se hallaba en Siria: Antioquía, residencia de emperadores durante el siglo IV, emplazamiento de un gran palacio, una famosa catedral y numerosos edificios monumentales magníficos, todos ellos desaparecidos. Fue una ciudad floreciente hasta su destrucción en el año 540; un destino similar al que sufrió Alepo y otras ciudades. Sin embargo, la prosperidad de la época ha dejado abundantes huellas en la gran colección de mosaicos descubiertos en Antioquía y sus alrededores, que originalmente decoraban numerosas villas de ciudadanos ricos.

Las colinas de alrededor de Antioquía y Alepo han conservado una red de innumerables pueblos, la mayoría pertenecientes a los siglos IV al VI, época de gran prosperidad en el campo, que continuó hasta las invasiones persas. El país, montañoso, dependía del cultivo de la aceituna, un producto del que hubo gran demanda después de la pérdida de las provincias occidentales, que habían sido las grandes suministradoras. Parece que sus cultivadores eran en su mayoría pequeños agricultores; aunque quedan restos de muchas villas, sus dimensiones son muy reducidas en comparación con las que hemos visto hasta ahora. Los pueblos son de muchos tipos diferentes, grandes y pequeños, ricos y pobres, yendo desde pequeños conjuntos de casas pobres hasta grandes aglomeraciones de residencias de calidad, baños y otros edificios públicos. Todos tienen dos rasgos en común: una iglesia, a veces varias, y están construidos con piedra perfectamente cortada. En general, la arquitectura es de tipo local, no clásico; los edificios son cuadrados y macizos, simples en el interior y con alguna decoración exterior. Los planos de las construcciones, especialmente de las iglesias, varían considerablemente, si bien se mueven dentro de unas características comunes.

En esta tierra de santos y aldeanos, algunos hombres santos adquirieron una fama excepcional. El monumento más impresionante del país es probablemente el que se asocia con el nombre del famoso santo del pilar, Simeón, que vivió durante 30 años sobre una columna de 20 metros de altura, en una montaña no lejos de Antioquía. Reconocido en vida como un santo milagroso y excepcional, Simeón fue objeto de culto después de su muerte y atrajo tal multitud de peregrinos que, alrededor del año 470 se erigieron una serie de edificios extraordinarios para conmemorar su memoria y alojar a sus devotos. Las edificaciones tenían como centro una estancia octagonal construida alrededor de la columna del santo; de allí radiaban cuatro basílicas, o salas de reunión, cada una de 24 metros o más de longitud. La más larga de ellas, situada al este, es la actual iglesia. Adjunto a ello, y dentro de los mismos muros, había un gran monasterio. Las multitudes que acudían a venerar al santo no se alojaban en el monasterio, sino en la ciudad vecina de Telanissos, al pie de la colina, un lugar que había empezado como pueblo agrí-

cola pero que se había convertido en un recinto lleno de grandes hoteles.

San Simeón inició la costumbre de sentarse sobre pilares, y durante siglos destacaron santos estilitas que siguieron su ejemplo. Uno de ellos, también llamado Simeón, mortificó su carne en la región de Antioquía. Su columna también dio lugar a un complejo monástico, imitando al de su tocayo, en una montaña al sudoeste de la ciudad.

No todos los sirios vivían pacíficamente en tales ciudades, pueblos o columnas. Muchos habitaban en la frontera, en donde se necesitaba una defensa constante contra un enemigo que podía presentarse repentinamente. Una de las ciudades fronterizas más famosa, Dura-Europus, había sido capturada por los persas en el año 256, y después abandonada completamente. Ofrece una completa imagen de ciudad fronteriza romana de principios de la época, en donde convivían colonias de judíos y cristianos; su iglesia es la más antigua que se conoce. Entre otros lugares fronterizos notables se encuentra Resafah, en el Éufrates, rodeado de una muralla rectangular de 500 x 300 metros, dentro de la cual se conserva la monumental basílica del siglo VI, consagrada al santo local, Sergio, y el complejo de Qasr ibn Wardan, en el desierto al noreste de Hama en donde se levantan, aislados sobre un montículo, una iglesia, un palacio y cuarteles, construidos en tiempos de Justiniano, al estilo de los edificios de la capital.

**Arabia.** La zona meridional de Siria y la actual Jordania formaban parte de la provincia romana de Arabia, en donde es posible apreciar tanto la vida ciudadana como la aldeana. En aquella época había dos ciudades florecientes formadas por caravanas, de las cuales se conservan abundantes restos. En el norte se hallaba Bosra, la capital de la provincia que constaba, de acuerdo con los planos clásicos, de dos calles con columnas en cuya intersección se hallaba un arco de triunfo; entre sus ruinas se encuentra una catedral con una gran cúpula, un palacio arzobispal y otras iglesias.

Mucho más impresionantes son los restos de Gerasa, una ciudad clásica ampliamente reconstruida a fines de la antigüedad y uno de los lugares más bellos de las provincias orientales. Estaba edificada de forma regular, con una calle larga, con columnas, que pasaba por el centro; sus intersecciones con otras dos avenidas estaban marcadas por tetrapilares (arcos de cuatro lados). En el tetrapilar del sur había una plaza redonda, con tiendas, de tiempos de Diocleciano. El mayor edificio de la ciudad antigua era el templo de Artemisa, al cual se accedía desde el este a través de un elaborado patio de columnas. A finales del reinado de Justiniano el patio fue convertido en iglesia, una de las 13 descubiertas hasta ahora. La más antigua de ellas es la catedral del siglo IV, construida cerca del templo de Artemisa sobre el de Dionisio y al que se accedía, por medio de escaleras, desde la calle principal. Al igual que la mayor parte de iglesias, fue edificado con planta de basílica, pero se diferenciaba por un gran patio en el cual cada año se realizaba el milagro de convertir el agua en vino. La mayor parte de las otras iglesias fueron construidas durante el reinado de Justiniano o posteriormente; la última data del año 611, inmediatamente antes del ataque persa. Las iglesias estaban decoradas con suelos de hermosos mosaicos, pero generalmente son de construcción mediocre. De la misma época encontramos claros signos de cambios y deterioro de la vida urbana: sobre el elegante foro romano se construyeron pequeñas casas y el recinto del templo fue ocupado por cobertizos y hornos de cerámica, lo que demuestra que la aparente revitalización de la ciudad bajo Justiniano tuvo poca duración.

Al igual que en Siria, han sobrevivido pequeñas ciudades y pueblos en excelente estado de conservación. Umm el-Jimal (se desconoce su nombre antiguo), con sus edificios de basalto negro elevándose en el desierto, es un ejemplo importante de ello. Detrás de sus murallas se encuentra el palacio del gobernador, del siglo IV, un cuartel con una torre, patio y capilla construido en el año 412, y no menos de 15 iglesias la mayor de las cuales, la catedral, una basílica como las demás, fue construida bajo Justiniano, cuando todo el área experimentaba un resurgimiento. Además, hay numerosas casas de piedra, la mayor parte de dos pisos, con patios, en calles tortuosas. Más al norte, en el Hauran, hay numerosos restos de pueblos de casas cuadradas de piedra, oscuras y abigarradas. En el desierto también había fortalezas, para detener las incursiones de las tribus locales.

**Tierra Santa.** Entre las muchas ventajas que la conversión de Constantino aportó a la Iglesia cristiana, una de las mejor recibidas debió ser el ingreso de dinero y la generosa construcción de edificios palaciegos. La generosidad de los nuevos conversos fue especialmente evidente en el oeste, en Roma, y en el este, no en Constantinopla sino en Jerusalén y en otros lugares de Tierra Santa. En el año 326 Helena, madre de Constantino, llegó a Jerusalén, en aquella época una ciudad con guarnición. Pronto tuvo la suerte de descubrir la auténtica Cruz y, junto con su hijo, fundó numerosas iglesias en los lugares más sagrados de la ciudad, de las cuales son de destacar las del Santo Sepulcro, la de la Ascensión y la basílica del Monte de los

Olivos. Durante el siglo IV continuó la construcción de otras grandes iglesias, si bien prácticamente no ha quedado ninguna a causa de la destrucción y nueva edificación. Jerusalén disfrutó de dos períodos más de grandes favores imperiales: en los años 440-460 en que la emperatriz Eudocia fijó su residencia en la ciudad después de que hubiese un equívoco con el emperador sobre su virtud, y durante el reinado de Justiniano; cada uno de estos períodos contempló la extensiva construcción y reconstrucción de iglesias. Si bien ha sobrevivido muy poca cosa, una imagen contemporánea da idea del aspecto que tenía la ciudad.

Durante el siglo IV, Tierra Santa se convirtió en un famoso centro de peregrinación y, naturalmente, prosperó con los ingresos que le reportaba tal actividad. Pero las peregrinaciones y la generosidad imperial no se limitaban a Jerusalén. Se construyó una gran basílica en el lugar en que nació Cristo en Belén: la iglesia de la Natividad, edificada por Constantino y reconstruida por Justiniano, con cuyo aspecto ha sobrevivido. Tampoco se olvidó el Antiguo Testamento: una de las creaciones más impresionantes de Justiniano fue el monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí, en donde se han conservado religiosamente mosaicos e iconos de la época. Esto tiene gran importancia en la historia del arte debido a la destrucción general de pinturas religiosas por los emperadores iconoclastas en las tierras que se hallaban bajo su control. La religiosidad de finales de la Edad Antigua se reflejó también en otro lugar asociado con Moisés, el monte Nebo, desde donde vio la Tierra Prometida y murió. En el siglo VI se amplió la basílica para convertirla en un complejo monástico, que todavía perdura; la iglesia contiene suelos con mosaicos, no demasiado estropeados, pero el monasterio se conserva razonablemente bien. Dos millas más al sur se puede encontrar un mosaico más bello y mejor trabajado del mismo período en la iglesia de los Santos Lot y Procopio.

Los cristianos no monopolizaron Tierra Santa, sino que la compartieron con los judíos, cuya actividad se puede apreciar por las numerosas sinagogas erigidas a finales de la antigüedad. Sobre el plano, con frecuencia parecen iglesias porque se trata de basílicas y con frecuencia tienen ábside pero, en oposición a las iglesias de la zona, no están orientadas hacia el este, sino hacia Jerusalén. Muchas de ellas están decoradas con bellos mosaicos, y algunos, contrariamente a lo que se podría esperar, representan escenas con figuras humanas, normalmente historias del Antiguo Testamento. A consecuencia de la diáspora se pueden encontrar otras sinagogas en muchas partes del imperio.

**Egipto.** Egipto siempre fue único en el mundo clásico mediterráneo, un país casi completamente sin ciudades, una franja estrecha de tierra increíblemente fértil, rodeada de una extensión sin límites de desierto inhabitable. Había una ciudad que era una excepción, la gran metrópolis de Alejandría, con la cual sólo se podían comparar Antioquía y Constantinopla en el este. Sus numerosos y sofisticados ciudadanos sentían desdén hacia la nueva capital advenediza y eran fanáticamente leales a sus obispos, que negaban encarnizadamente a Constantinopla sus pretensiones de supremacía eclesiástica. Alejandría había sido trazada por los Tolomeos, de acuerdo con la planificación más moderna y elegante, y nunca había cesado de prosperar y de embellecerse con cada nueva era. La Antigüedad tardía aportó su contribución de edificios a medida que destruía los antiguos, en especial el templo de Sarapis, pero la destrucción y la decadencia han relegado las obras de la época a un olvido casi total. Otras ciudades, apenas algo más que pueblos diseminados o fortalezas conteniendo unos cuantos griegos entre un mar de egipcios probablemente hayan dejado más huella ya que Egipto, debido a los materiales perecederos que se utilizaban y a la constante y densa ocupación del país, es pobre en restos antiguos.

Babilonia, en la cabeza del delta, ocupaba uno de los lugares más estratégicos de la provincia; su captura permitió a los árabes arrasar libremente el resto. Estaba defendida por una recia fortaleza con altas torres redondas que todavía se conservan en la parte antigua de El Cairo. Probablemente se construyó en tiempos de Arcadio. En Hermopolis Major, en el Alto Egipto, se excavaron habitáculos de aquel período que habían sido construidos encima y entre templos derribados por los cristianos. Se trataba de casas pequeñas, de dos pisos y bodega, con grandes ventanas, construidas con adobes sobre cimientos de piedras sin desbastar. En otro lugar, la isla de File, no fue destruido el templo local pero se aprovecharon sus grandes dimensiones para convertirlo en iglesia; numerosos grafitos, inscripciones y cruces grabados en sus paredes, así como las alteraciones en la estructura, atestiguan el cambio. Incluso cuando no se transformaban los edificios, era la costumbre grabar cruces en ellos para que sirviesen de protección contra los demonios que se creía que vivían en la estructura de los edificios paganos.

A fines de la antigüedad, Egipto era famoso porque albergaba a dos clases de gentes completamente distintas: ricos terratenientes y monjes. Al igual que en la metrópolis, las obras de los primeros han desaparecido casi completamente. Más duradero ha sido el recuerdo y obras de los monjes, ya que Egipto fue la cuna de los monasterios,

que empezó en los sombríos días de mediados del siglo III, cuando san Antonio fijó su residencia en el desierto, lejos de donde habitaban los hombres. Su ejemplo se hizo extraordinariamente popular y, hacia finales de siglo, san Pacomio había establecido un tipo de organización basada en la vida monacal. Como los monasterios se construían en una tierra inservible para cualquier otra finalidad, su emplazamiento no ha sido alterado por una densa ocupación posterior, pero la continuidad de la tradición monacal en la Iglesia Copta ha significado que muchos de los edificios originales fueran remodelados hace tiempo hasta ser irreconocibles. Además de las comunidades había gran número de celdas de monjes individuales y ermitaños, refugios temporales que han desaparecido.

Construidos en el desierto, donde se podía presentar cualquier tipo de amenaza, los monasterios egipcios estaban fortificados y parecían castillos desiertos con pueblos en su interior. Dos de los mejores ejemplos de aquel período son los monasterios Blanco y Rojo cerca de Sohag, en el Alto Egipto. Una recia fortificación rodea los edificios monásticos los cuales, además de las iglesias, constan de residencia para monjes, hostería para peregrinos, patios, jardines e incluso baños. El Monasterio Blanco tiene una iglesia basílica con un ábside en forma de trébol; el Monasterio Rojo es parecido. Ambos están decorados al estilo local, rígido y angular. El Monasterio Blanco es del siglo V y el Rojo del VI.

**Tipos de asentamientos.** Este repaso a los monumentos de fines de la antigüedad refleja tanto la cultura universal de la época como la diversidad que la distingue. Esta región contenía ciudades, pueblos, villas y fortalezas, pero su importancia relativa variaba enormemente de acuerdo con el desarrollo y las necesidades locales. En el este, en donde había nacido y había florecido por vez primera la civilización clásica, la vida ciudadana estaba firmemente establecida y cada distrito tenía una metrópolis relativamente importante o varios centros de consideración mientras que en Europa occidental, en donde la cultura urbana sufrió un duro golpe durante el siglo III, había sólo unas cuantas ciudades grandes en tierras en las cuales predominaban las villas y la descentralización. Pero tanto en oriente como en occidente los pueblos estaban diseminados por el país debido a la predominancia de la agricultura. Otras regiones tenían distintos tipos de asentamientos: en África había innumerables ciudades pequeñas que dividían las grandes tierras productoras de cereales, mientras que en Egipto, que tenía incluso una producción más abundante, la población vivía casi exclusivamente en pueblos, excepto los prósperos griegos de Alejandría. Sin embargo, en todo el imperio la sociedad y el gobierno se basaba en las ciudades.

También se construían en todas partes el mismo tipo de edificaciones. Una ciudad de finales de la época normalmente tenía el complemento de una serie de edificios públicos –baños, teatros, casas para el senado, plazas de mercado, acueductos, etc.– que ofrecían a los habitantes diversos servicios gratuitos de los cuales disfrutaban a principios del imperio. Pero llegaron cambios importantes. Después de los disturbios del siglo III se fortificaron la mayor parte de las ciudades, forma en la cual se conservarían hasta los tiempos modernos. Con el triunfo del cristianismo también tomaron un aspecto distinto ya que los templos fueron abandonados o destruidos y en todas partes se erigieron las omnipresentes iglesias basílicas en un estilo que se mantuvo sin cambios hasta la época de Justiniano. Igualmente prevaleció una arquitectura y decoración comunes. Los edificios monumentales tendían a reflejar las ideas de la época, imponiendo respeto al observador con su austera simplicidad, focalizando la atención en un punto central. Estaban casi universalmente cubiertos con una brillante alfombra de mosaico, mármoles o frescos, como la mayor parte de casas particulares que tuviesen alguna pretensión. Pero no todas las ciudades tenían el mismo aspecto. La tradición local, así como los materiales de construcción disponibles, eran causa de gran variedad. En el oeste, muchas ciudades reflejaban sus orígenes como colonias romanas al estar centradas en un foro con sus templos a los tres dioses del Capitolino Romano, su basílica y casa del senado, mientras que en el este, la tradición griega de una plaza de mercado, que servía también de centro cívico, dominaba todavía a principios del período. Sin embargo, a finales de la antigüedad predominaban en las provincias orientales las calles columnadas con tiendas, edificios públicos y casas detrás de ellas. Las condiciones ambientales también marcaban una gran diferencia, haciendo que se construyesen casas con tejados de paja en Gran Bretaña, casas sólidas de piedra en Siria, enormes estructuras de ladrillo y cemento en Roma y las calles y monumentos de mármol en Asia Menor.

Los edificios, al igual que la sociedad, cambiaban con el tiempo y con el espacio. En la época de Justiniano África se convirtió en una tierra de pequeñas fortalezas en vez de ciudades y en la mayor parte de las regiones se había reducido la vida urbana. Con frecuencia, los monumentos públicos cayeron hechos ruinas o construyeron sobre ellos casas pequeñas y abigarradas, precursoras de una situación que pronto sería universal. Al mismo tiempo, una nueva y más espléndida arquitectura adornaba las ciuda-

des con monumentos que formarían un contraste escalofriante con la miseria creciente. Algunas regiones fueron una excepción, como Cilicia y el norte de Siria, que todavía conservan pruebas evidentes de su prosperidad a finales del período.

En general, los monumentos proporcionan información que difícilmente se puede obtener de fuentes históricas. Mostrando la forma en que vivían las gentes y reflejando una gran diversidad de condiciones, hacen más comprensible la vida de la época y resuelven el aparentemente simple mosaico de finales de la antigüedad en innumerables losas de gran variedad.

# La ciudad de Éfeso

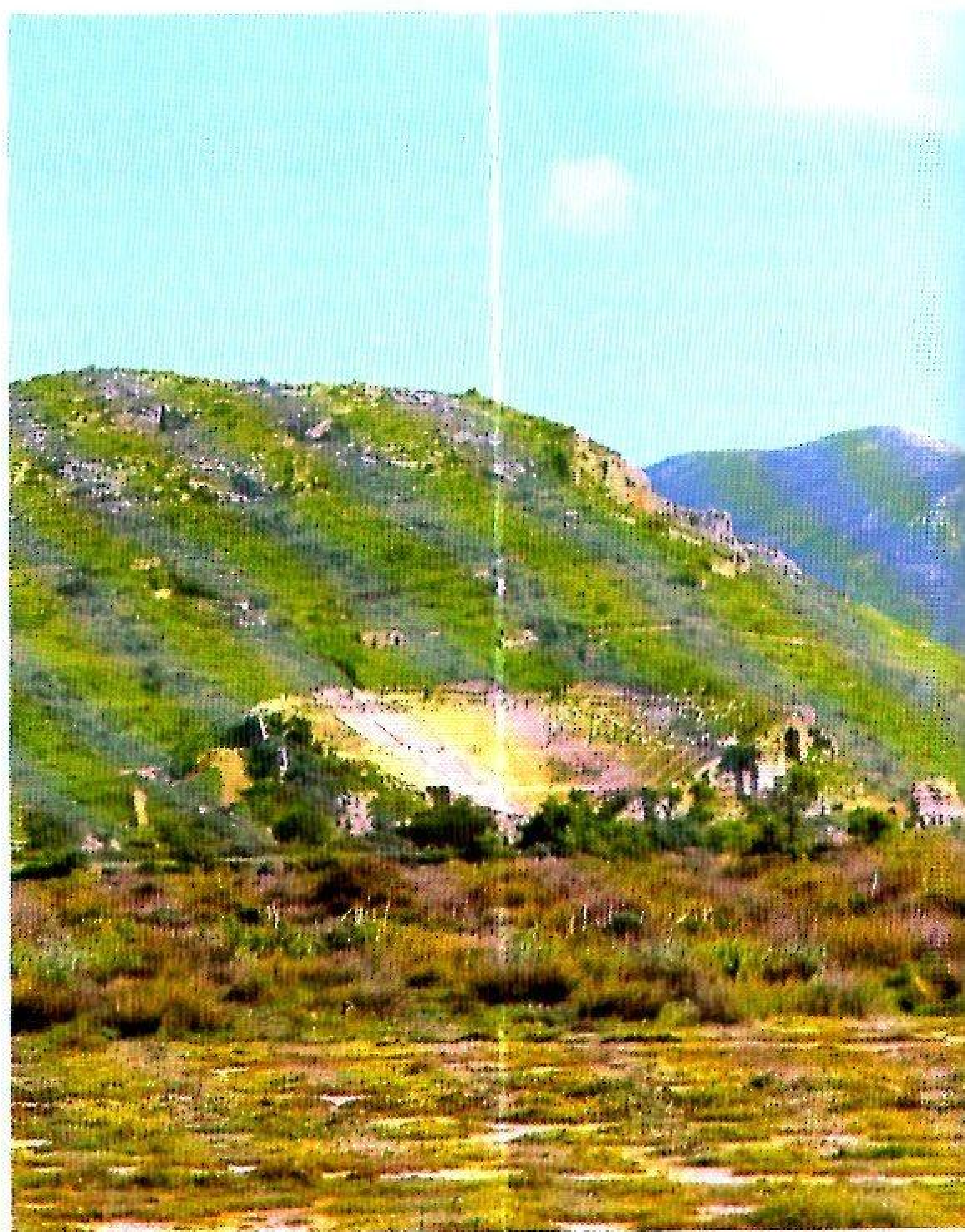
Bajo los romanos, Éfeso fue la mayor ciudad del Asia Menor y uno de los puertos más importantes del imperio, así como un centro de administración, comercio y finanzas. Su hermoso puerto, al final de una ruta comercial que iba hasta la frontera del este y su interior, rico en agricultura y minerales, aseguraban su crecimiento y prosperidad, al tiempo que el famoso templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo antiguo, atraían los visitantes de cualquier punto del imperio. En el año 263, una invasión de los godos destruyó el templo e infligió diversos daños al distrito portuario, si bien se recuperó después que Diocleciano hubo restablecido la paz.

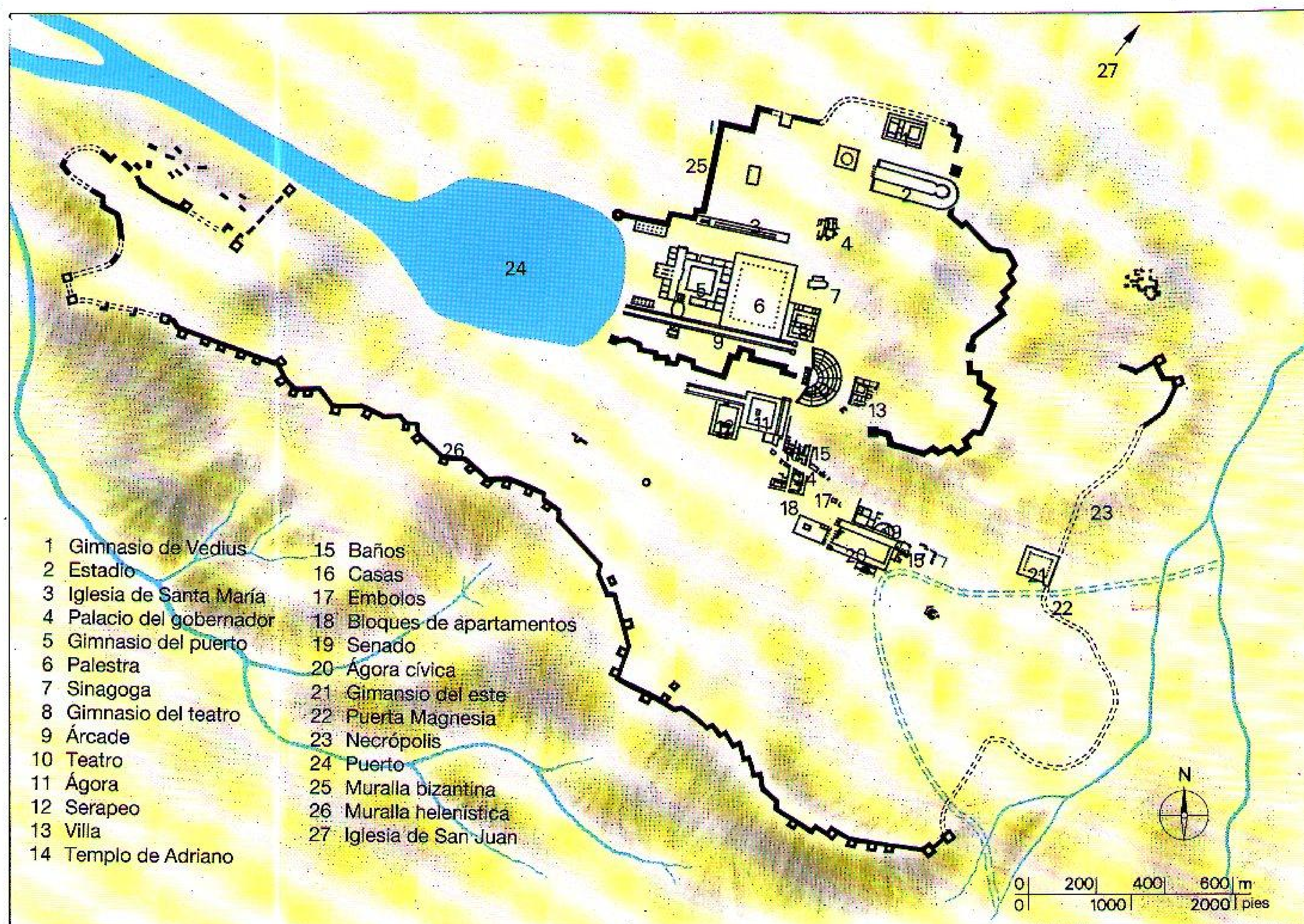
Las fuentes literarias de fines de la antigüedad –historiadores, biógrafos, padres de la iglesia y otros– revelan la importancia de la ciudad por ser sede del gobierno, y por su comercio, comunicaciones y religión, aunque dan pocos detalles que permitan formarse una idea de su vida urbana. Por ello son de suma importancia los resultados de 80 años de excavaciones. La mayor parte del lugar estaba cubierto de tierras de aluvión y sedimentos procedentes de las colinas adyacentes, de tal manera que el primer excavador, el inglés J. T. Wood, tuvo que buscar largo y tendido hasta encontrar el templo en 1873. A partir de entonces se ha limpiado y examinado en detalle buena parte del emplazamiento, lo que ha permitido tener más conocimientos sobre la vida de finales de la antigüedad, algo difícil de conseguir de otra manera. Al mismo tiempo, demuestra el valor de la arqueología para el estudio del período.

La localización y recursos de Éfeso aseguró su importancia continuada a finales de la antigüedad, mientras que el descubrimiento de la tumba de san Juan Evangelista en el montículo sobre el templo en ruinas de Artemisa le dio el mismo renombre religioso entre los cristianos que había disfrutado en el mundo pagano. Su fama sólo fue superada por el conocimiento de que la Virgen María había ascendido a los cielos desde Éfeso y confirmada por el milagroso despertar de los Siete Durmientes en uno de los cementerios de la ciudad. La elección de Éfeso como sede de dos concilios de la Iglesia en los años 430 y 449 muestra la importancia de su estratégico emplazamiento y de su tradición cristiana. Justiniano, en reconocimiento a ello, coronó la ciudad con una magnífica iglesia dedicada al Evangelista.

Las excavaciones han revelado la riqueza de la Éfeso de finales de la antigüedad, al descubrir numerosas edificaciones construidas o reconstruidas en la época. Los edificios y servicios públicos que habían caracterizado la antigua ciudad fueron conservados y se añadieron otros, como hospitales y asilos para pobres, gracias a la filantropía de la Iglesia. Al mismo tiempo, se modificó gradualmente el aspecto de la ciudad a medida que el cristianismo dejaba su huella –grandes iglesias sustituían los templos, que se permitía que se desmoronasen hechos ruinas– y cambiaba las costumbres. Por ejemplo, los grandes mercados al aire libre fueron sustituidos por hileras de tiendas que flanqueaban las calles principales y los grandes patios de entrenamiento de gimnasia se abandonaron, dejando, sin embargo, que siguiesen funcionando los baños públicos.

Esta prosperidad, vital y floreciente, era típica de las ciudades provincianas del este a fines de la antigüedad, como han revelado excavaciones en muchos otros lugares. En Éfeso, como en todas partes, todo acabó repentinamente a principios del siglo VII. En el año 614, aproximadamente, el área central de la ciudad fue destruida, aparentemente por los persas, y no fue reconstruida nunca.

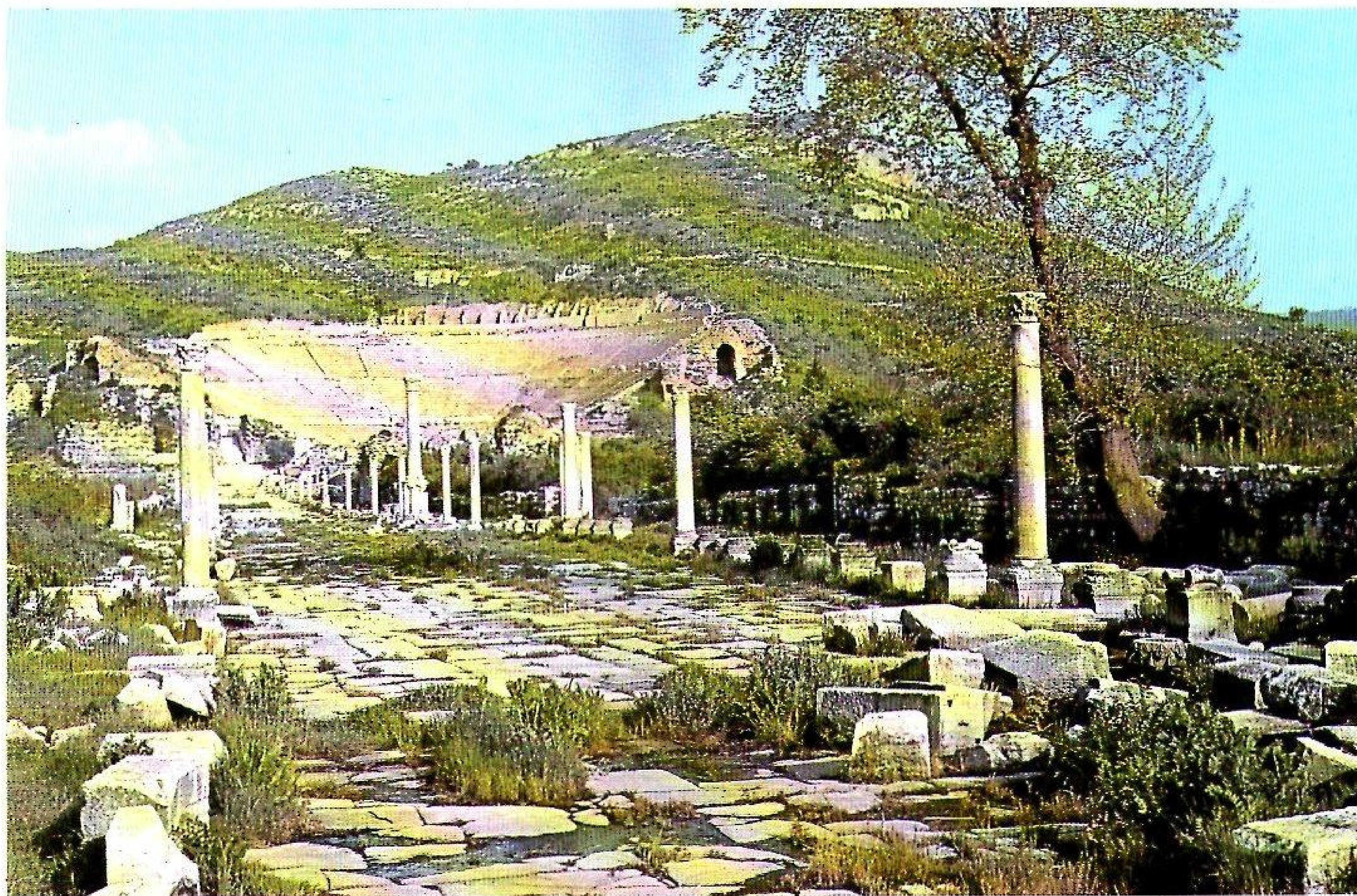




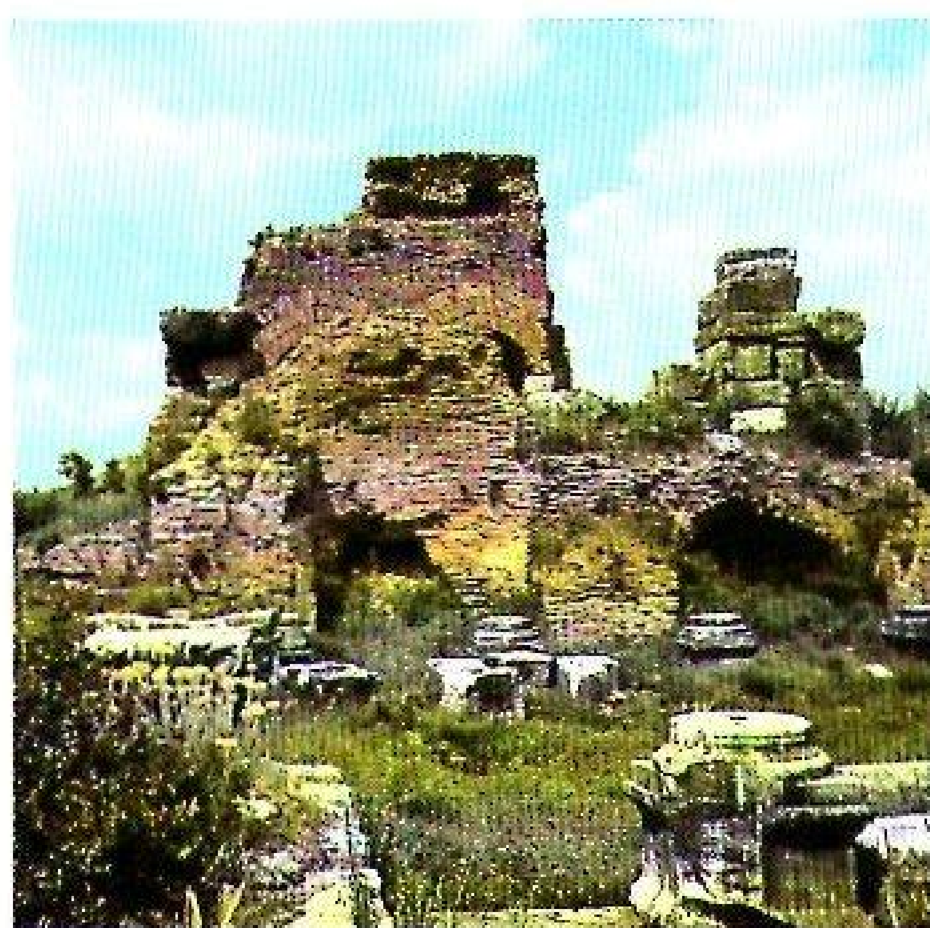



*Arriba:* Emplazamiento de Éfeso. La ciudad romana y de fines de la antigüedad fue construida al pie de dos colinas y entre ellas, mientras el templo de Artemisa e iglesia de San Juan se hallaban una milla al noreste. Nótese que buena parte de la ciudad antigua quedaba fuera de las murallas bizantinas de los siglos VII u VIII.

*Izquierda:* Barrio portuario, mirando hacia el teatro. Algunos de los mayores edificios de finales de la antigüedad se encontraban junto al puerto, ahora convertido en pantano. El teatro fue reconstruido por los gobernadores del siglo V para que se pudiesen representar mimos y pantomimas entonces en boga, y para mítines públicos.

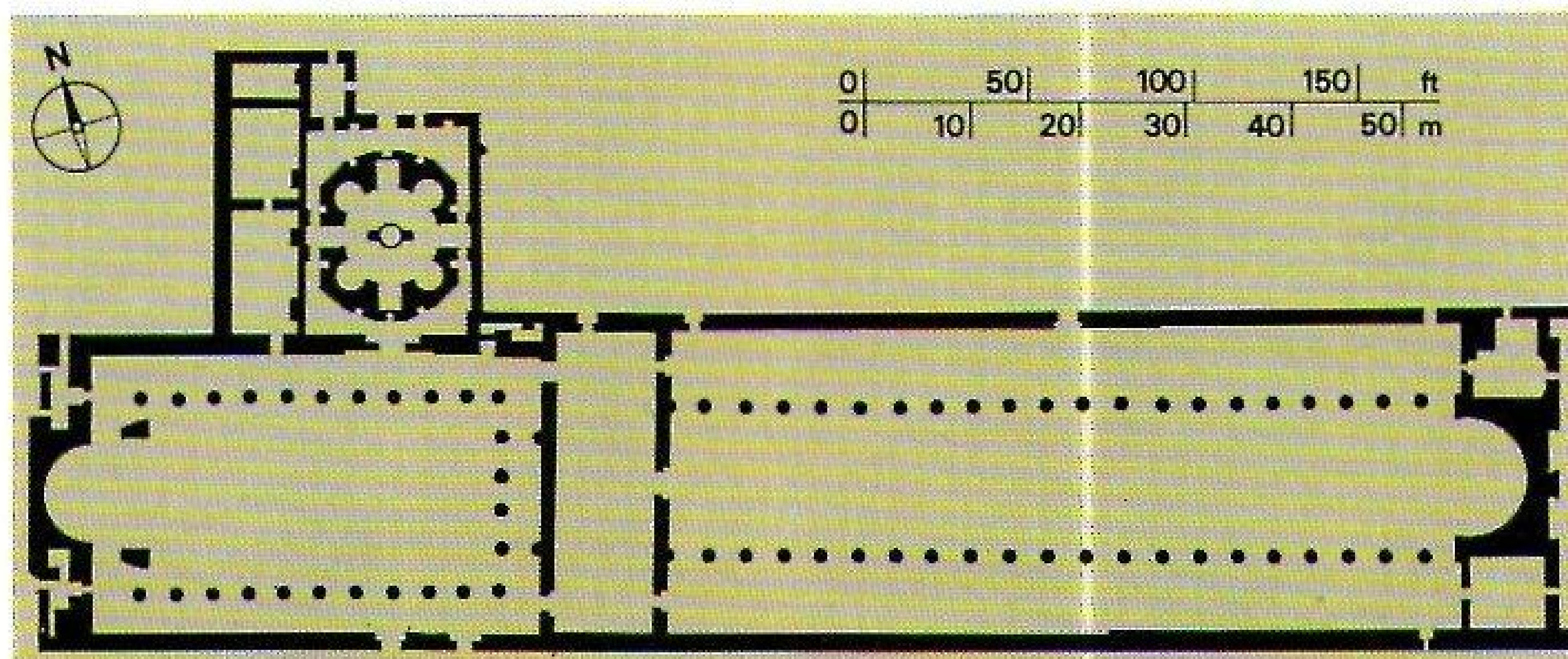


*Arriba:* Avenida que llevaba el nombre del emperador Arcadio. Esta construcción de principios del siglo V es uno de los ejemplos más extraordinarios de la planificación urbana en las provincias. El pavimento de mármol de la calle, llamada Arcadiana, tenía unas 500 yardas, desde la plaza central, junto al teatro, hasta el puerto. Las columnatas, que tenían lámparas para la iluminación nocturna, proporcionaban sombra y protección contra los elementos; detrás se hallaban hileras de tiendas. La columna mayor del fondo es una de las cuatro que sostenían estatuas de los cuatro evangelistas, obra de Justiniano.

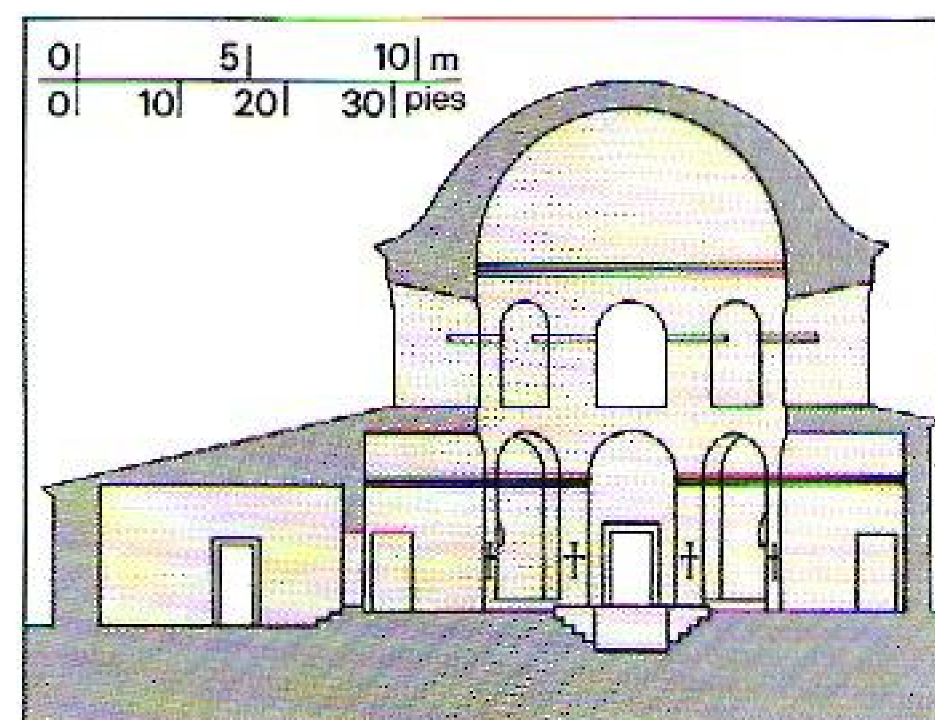




*Centro:* Baños de Constancio II. Los grandes baños cerca del puerto, destruidos por los godos, fueron restaurados a mediados del siglo IV y se les dio el nombre del emperador reinante. Con las nuevas obras se añadió una sala oval a la que se accedía desde la Arcadiana; estaba pavimentada de mármol y profusamente decorada. De acuerdo con el estilo de la época, se añadieron libremente restos antiguos: el friso con cabezas de bueyes y coronas (*centro, derecha*) es clásico.







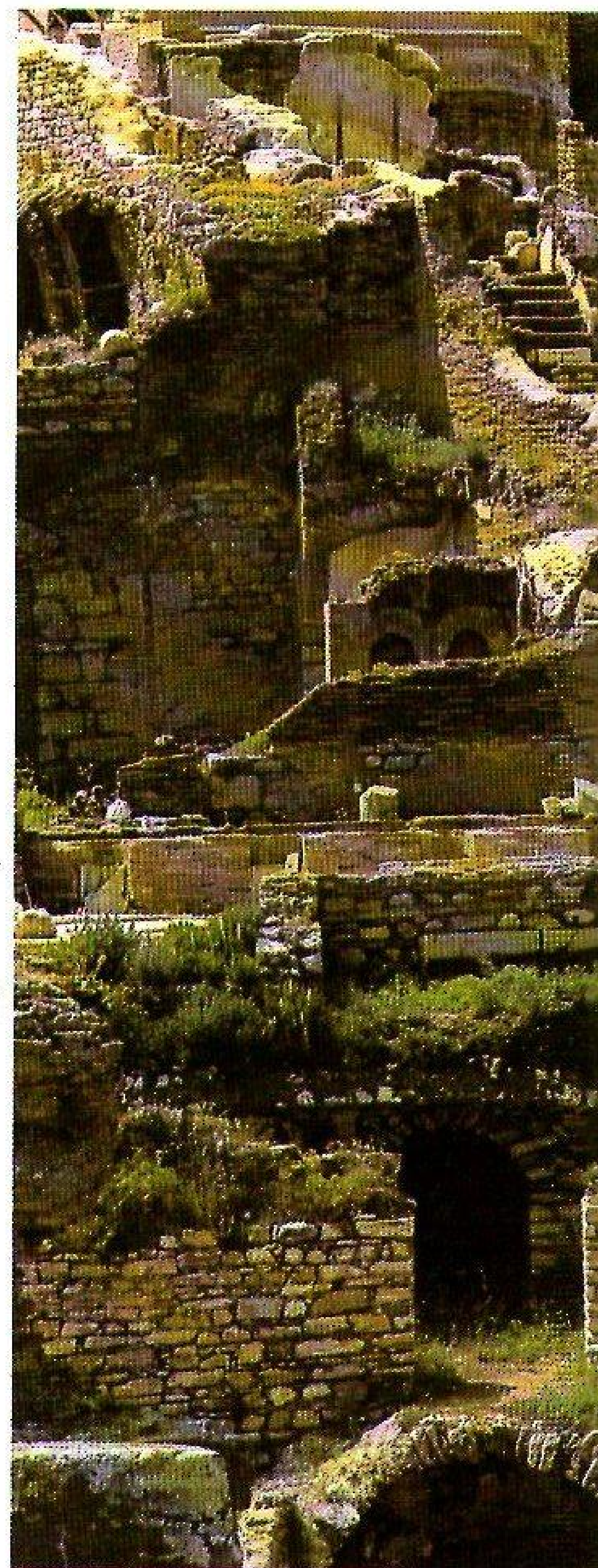

*Arriba e izquierda:* Baptisterio de Santa María: restos y reproducción (según Knoll). Las catedrales de fines de la antigüedad normalmente tenían anexos baptisterios, que eran especialmente importantes en las primeras épocas para acomodar el gran número de conversos. La estructura, tal como se representa aquí, era una adaptación de las termas: una estancia abovedada con un baño excavado en el suelo para la inmersión total que se practicaba en la época. Las grandes cruces en relieve, probablemente tenían la finalidad de ahuyentar los demonios que podían interferir en este punto crucial de la vida de un cristiano.



*Izquierda y página anterior, abajo:* Iglesia de Santa María. La catedral de Éfeso, sede de dos concilios, fue construida a finales del siglo IV en la parte occidental de una enorme basílica (mercado), que había sido convertida en ruinas por los godos. Algo más de la mitad de la antigua estructura, unas 280 yardas de longitud, fue utilizada como iglesia, con su gran atrio de columnas; parte del resto se convirtió en palacio del obispo. La gran iglesia fue destruida posteriormente y reemplazada por una estructura menor, abovedada, en la primera parte de la Edad Media. Ésta, a su vez, dio lugar a una capilla aún más pequeña, edificada entre los ábsides de la primera y segunda iglesias. Para entonces, el resto del edificio estaba en ruinas y se había construido un pequeño baño en el atrio. Plano según Krautheimer.

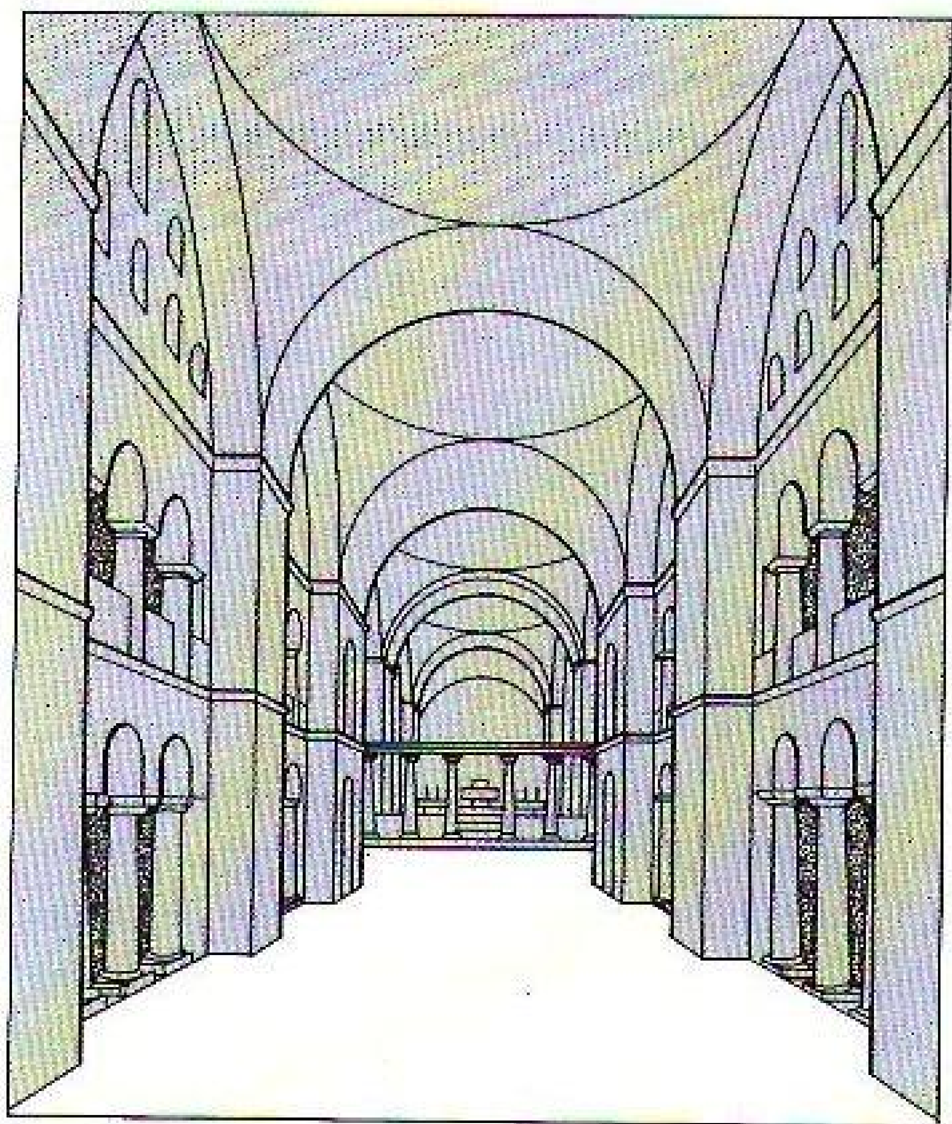
*Abajo:* Iglesia de San Juan. El interior, tal como se conserva y la reproducción (*debajo*), según Hörmann. Uno de los grandes monumentos del reinado de Justiniano, la iglesia fue construida sobre la tumba del Evangelista, conservada sobre el elevado altar. En el plano se ve la basílica cruciforme abovedada de proporciones impresionantes. El interior estaba decorado con mosaicos, en los que se veían escenas del Antiguo y Nuevo Testamentos, el gobernador recibiendo su nombramiento de un arcángel, el emperador ofrendando el botín de guerra y Justiniano y Teodora, coronados por san Juan. Buena parte de la iglesia ha sido restaurada gracias al mecenazgo de un millonario americano al que san Juan se le apareció en sueños.

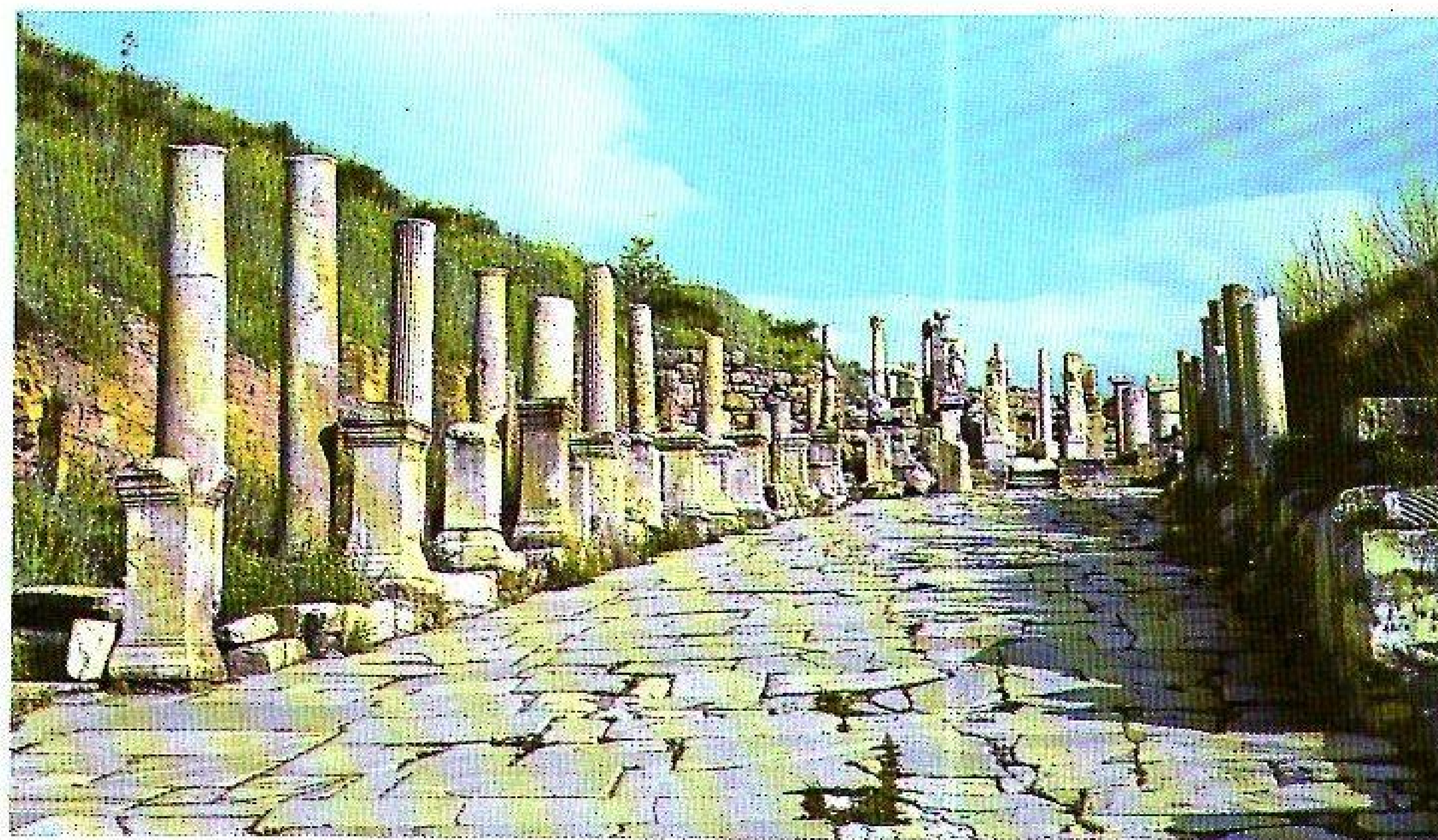
*Derecha:* Un bloque residencial en los Émbolos. Dos bloques de casas en el centro de la ciudad, que están siendo ahora limpiados de los escombros que los han cubierto desde el siglo VII, se hallan tan bien conservados que Éfeso se está convirtiendo en la Pompeya oriental. El bloque contiene apartamentos de dimensiones variadas, construidos escalonadamente en la ladera de una colina, sobre el Émbolos. Se entra por un dédalo de callejuelas laterales y conservan buena parte de su lujosa decoración –suelos de mosaico, paredes con mosaicos y frescos, elegantes patios con peristilos– indicios de un nivel de vida confortable. Las casas fueron constantemente reconstruidas y redecoradas desde los tiempos de Diocleciano hasta los de Justiniano. Fueron destruidas hacia el año 614 y nunca más se habitó en ellas.















*Página anterior, centro:* El Émbolos, centro de Éfeso a fines de la antigüedad. La calle, pavimentada con mármol, que iba desde la plaza del mercado hasta el centro cívico, era el lugar más concurrido de la ciudad. Sus columnatas, flanqueadas por estatuas de emperadores, gobernadores y otros benefactores, daban acceso a tiendas, casas, baños y fuentes y proporcionaban un lugar ideal para quienes rascaban grafitos o grababan tableros de juegos (como el que se ve a la *izquierda*) sobre el pavimento de mármol. En la parte superior de la avenida, un arco de fines de la antigüedad, llevaba una inscripción que invocaba la buena suerte de la ciudad; el antiguo templo de Adriano (*centro*) fue remodelado en tiempos de Diocleciano y decorado con figuras de los Tetrarcas. El espacio de detrás de las columnas, en primer plano, estaba pavimentado con mosaicos. Nótese la extensa reutilización de los materiales: casi ninguna base o columna son iguales.

*Página anterior, abajo:* Vista del Émbolos, mirando hacia la puerta Magnesia.



Fortaleza bizantina. En su origen, el fuerte tenía la finalidad de proteger la iglesia y el obispo quien, como en la mayoría de las ciudades, era la principal autoridad municipal. Pronto se convirtió en el centro de la ciudad medieval, la cual, en tiempos de paz, se extendía fuera de las murallas. La ciudadela interior (*arriba*), fue añadida por los láscaris en el siglo XIII, cuando hubo una explosión de prosperidad y se construyeron numerosas fortificaciones contra la amenaza turca. En primer plano, la mezquita de Isa Bey, del siglo XIV.

*Abajo:* Puerta de entrada construida en la primera mitad de la Edad Media, con la fachada de mármol, buena parte del cual procedía del cercano templo de Artemisa.

